Los hermanos Zemganno

Edmond de Goncourt

Freeditorial

Prefacio

Los éxitos de libros como L'Assommoir y Germinie Lacerteux, que agitan, mueven y acaloran a parte del público, no son, en mi entender, sino lúcidos encuentros de vanguardia; y la gran batalla que decidirá la victoria del realismo, del naturalismo, del estudio tomado del natural en letras, no ha de darse en el terreno elegido por los autores de las novelas susodichas. El día que un escritor de talento renueve la análisis cruel realizada por mi amigo Zola -quizás también por mí-, al pintar las clases ínfimas de la sociedad, y la aplique a la reproducción de hombres y mujeres de elevado rango que respiren ambientes de buena educación y distinción, ese día tan sólo podremos contar entre los difuntos al clasicismo y sus rezagos.

Era ambición de mi hermano y mía escribir la novela realista de la elegancia. El Realismo (sirvámonos de la palabra trivial, la palabra-bandera) no tiene por exclusivo encargo describir lo bajo, repulsivo y mal oliente, no; que también ha venido al mundo para grabar en artísticos caracteres lo lindo y fragante, para fijar aspectos y rasgos de seres refinados y objetos ricos, pero mediante un estudio exacto y riguroso, no convencional y fantaseador de la belleza; estudio análogo al que de la fealdad realizó la nueva escuela durante estos años últimos.

Y diranme: ¿pues, por qué no escribió usted, o intentó siquiera escribir, esa deseada novela? ¡Ah! Hemos empezado por la canalla en razón a que, la mujer y el hombre del pueblo, más próximos a la naturaleza y al estado salvaje, son criaturas sencillas y nada complejas; mientras el parisiense y la parisiense de la sociedad selecta, excesivamente civilizados, y cuya marcada originalidad se compone de matices y medias tintas, de menudencias vaporosas -semejantes a las gentiles y discretas menudencias que prestan carácter de distinción al tocado y adorno de una dama-, exigen años de observación a quien se propone conocerles, calarles y cazarles; y apuesto yo a que el novelista de más alto genio no adivinará nunca a las gentes de salón si se guía por los amigos chismógrafos, que en lugar suyo van a escudriñar el mundo elegante.

Toda investigación relativa al hijo y a la hija de la civilización parisiense, es larga, difícil, laboriosamente diplomática. A la primer visita comprende el observador el interior de un obrero u obrera;

pero en un salón de París... hay que gastar la seda de las butacas para sorprender su espíritu y arrancar una confesión general a sus doradas molduras.

Describir a tales hombres y mujeres y a la atmósfera en que viven, requiere inmenso archivo de observaciones, notas innúmeras, tomadas a fuerza de calarse los quevedos y un caudal de documentos humanos comparable a los rimeros de cuadernos de bolsillo que a la muerte de un pintor representan todos los apuntes que esbozó en su vida. Y -digámoslo muy alto- únicamente con documentos humanos se hacen buenos libros, libros donde se encuentre verdadera humanidad, con firme aplomo planteada.

Después del fallecimiento de mi hermano, abandoné, convencido de que me sería imposible vencer solo, el proyecto de novela situada en el gran mundo, y cuyos elementos delicados y fugaces recogíamos con minuciosa lentitud... Volví a él más tarde... y será la primer novela que publique. ¿Llegará este caso, atendida mi edad? No es probable... y el Prefacio que escribo se encamina a advertir a los escritores jóvenes dónde está el triunfo del realismo, lejos ya del género canallesco, hoy agotado por sus predecesores.

Por lo que respecta a Los hermanos Zemganno, novela que ahora doy a luz, es una tentativa de fusión poético-realista2. Quéjanse los lectores de las recias impresiones que les producen los autores contemporáneos con su realidad brutal: mal saben que el fabricante de realidad sufre harto más que el espectador, quedando a veces afectado de los nervios semanas enteras a consecuencia del penoso y doloroso alumbramiento del libro. Pues bien: este año atravesé yo una de las horas caducas y enfermizas que la vida encierra, hora en que me sentí cobarde ante el trabajo angustioso y torturador de mis libros acostumbrados, y en que, merced al estado de mi alma, la verdad excesivamente verdadera me era antipática... ¡a mí!... Y, por una vez, produje imaginación, enlazando ensueños y memorias.

EDMUNDO DE GONCOURT.

23 de marzo de 1879.

- I -

En despoblado, al pie del poste que erigido en la encrucijada indicaba el portazgo, cruzábanse cuatro caminos. El primero, pasando ante un castillo Luis XIII moderno, donde sonaba la primer campanada de aviso para comer, trepaba describiendo largas eses a la cumbre de abrupta montaña. El segundo, orillado de nogales, convertido a los veinte pasos en mezquina senda vecinal, se perdía entre colinas de laderas plantadas de vid y cimas incultas. El cuarto faldeaba unas canteras de balasto, atestadas de banastas de hierro para escoger la grava y de carretillas con las ruedas rotas. Este camino, donde terminaban los demás, conducía, por un puente muy resonante al atravesarlo los carruajes, a una villita edificada, en forma de anfiteatro sobre vivas peñas, aislada por ancho río que, al torcer su curso entre las plantaciones, bañaba la extremidad de un prado lindante con la encrucijada.

Cruzaban el cielo, todavía luminoso, algunos pájaros, y volando raudamente y exhalando agudos pitíos, chillaban las buenas tardes. Caía frialdad en la sombra de los árboles, y tintas violadas en los surcos de los caminos. Sólo se oía en lontananza el gemir de un eje cansado. Alto silencio se elevaba de la campiña vacía, y, hasta el día siguiente, desierta de vida humana. La propia agua del riachuelo, rizada únicamente en torno de una rama sumergida, dijérase que había perdido su fluida actividad, y la corriente parecía deslizarse reposando.

Desembocaba en aquel punto, por el sendero tortuoso que desciende de la montaña, extravagante carricoche, tirado por blanco jamelgo, armando gran estrépito de ferranchinería con el desvencijado torno. Era un carruaje monumental, que ostentaba sobre su cubierta de cinc, oxidada y comida de orín, ancha lista de pintura color naranja, y tenía en la delantera una especie de reducido pórtico, donde un tronco de hiedra, plantado en remendada marmita, simulaba un arco de trashumante verdura, zarandeado a cada bache. Muy de cerca, seguía al cocherón singular carreta verde, cuya parte superior, protegida por un techado, se abría y redondeaba sobre las dos magnas ruedas, a semejanza del ancho costado de los steamboat, donde se escalonan las camas de los pasajeros.

Ya en la encrucijada, saltó del primer vehículo un vejezuelo de abundante melena gris, de trémulas manos; mientras desenganchaba, una mujer joven se asomó al pórtico guarnecido de hiedra. De medio cuerpo arriba se envolvía en amplio mantón, mientras sus muslos y piernas, que sólo cubría un traje de punto rosa, aparecían como fragmentos de desnudez. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, subían poquito a poco hacia los hombros, con el estremecimiento de quien siente frío, ciñendo el abrigo en torno de la garganta, y a la vez, gravitando sobre una pierna, llevaba con un pie el compás de la cotidiana pantomima. Algún tiempo permaneció así, vuelta atrás e inclinando la cabeza sobre el hombro, difumado su perfil entre la sombra, pero iluminadas las pestañas, con gracioso movimiento columbino, y dirigiendo tiernas frases y amantes palabras a un ser que aún permanecía dentro del coche.

Desenganchado el caballo y quitadas las limoneras, colocaba el viejo con amoroso cuidado un estribo al pie del carruaje y bajaba la mujer, no sin recibir antes en sus brazos a un hermoso rapaz de camisa rabicorta, rapaz más desarrollado y robusto de lo que acostumbran ser los niños durante el período de la lactancia. Entreabriendo el mantón, dio la mujer el pecho a su hijo: al mismo tiempo caminaba a paso tardo y corto, dirigiendo hacia el río las rosadas piernas, en compañía de otra hembra que ya besaba las desnudas carnes del chiquitín, ya se agachaba para recoger dientes de león, que hacen una ensalada muy rica.

Del segundo vehículo habían salido personas y animales. Primero un perro de aguas pelado y lacrimoso, que de puro gusto de verse en tierra, daba por espacio de un momento furiosa caza a su propio rabo. Luego algunos volátiles que, aleteando de bienestar, se posaban sobre el coche. En seguida un adolescente, desnudo el torso bajo la abrochada tuina, que echaba a campo traviesa, sin objeto, al azar. Tras él un gigante tan grueso de pescuezo como de cabeza y que, en lugar de frente lucía un lanoso matorral. Además, un pobre diablo portador de la más lastimosa levita que nunca usó hombre alguno, y sorbiendo en un cucurucho de papel un residuo de tabaco. Por último, cuando ya parecía desocupada la carreta verde, se descolgaba una extraña figura que, merced a rastros de pintura mal borrada, representaba tener la boca rasgada de oreja a oreja. Tamaña boca bostezaba, mientras se desperezaba sosegadamente su dueño...

Y éste, al divisar el río, hundíase en el fondo del coche, y volvía a salir trayendo, a guisa de casquete, unas balanzas de pescar cangrejos.

Mitad corriendo, mitad haciendo la rosca, llegaba a orillas del agua el grotesco personaje, que vestía hopalanda de indefinible color, dentada en sus bordes lo mismo que una sierra. Achaparrábase sobre el río un añoso sauce medio carcomido ya, pulimentado y venoso como un árbol de piedra blanca, y que escondía en su oquedad fresco musgo y montículos de pardo terrón: sauce cuya cabeza, vivaz aún, brotaba renuevos y ramillas muy entretejidas de cabrifollo. Debajo, el pasar y repasar de los pescadores había abierto una a modo de escalinata en la raída hierba. Deslizábase boca abajo el payaso, e inclinado sobre la transparencia del agua -donde lo arcilloso del talud y lo rojizo de las raíces se desvanecían presto en lo azulado de una capa profunda- ahuyentaba su risible imagen a una bandada de peces que desaparecían cual oscuras flechas impelidas por aletas luminosas.

Con su hijo al pecho, contemplaba la madre, al través de las sombras que se prolongaban por cima del río, el descenso del sol en el horizonte, que sobre un punto de la corriente fingía giratoria columna de brasa. Seguían sus ojos las ondillas tan pronto formadas como deshechas, y el azul del cenit y la púrpura del ocaso; consideraba, con hondo y fijo mirar, los rápidos resbalones y el patinaje continuo de las zanquilargas arañas por la sobrehaz espejeante del río... aspirando a trechos, con leves y animales dilataciones de las fosas de la nariz, el perfume de las mentas que crecían en la orilla, traído en alas de la brisa que se alzaba ya.

-¡Eh! ¡Aporreada, a tus hornillas!

Gritábalo la voz de sochantre del Hércules, que, sentado sobre un cajón en mitad del prado, calzando botines heroicamente guarnecidos de pieles, mondaba patatas con infinita delicadeza y cariñoso esmero.

Volvíase la Aporreada hacia los carruajes, seguida de la nodriza y madre, que se asociaba a los preparativos de la cena, silenciosa, sin tocar a cosa alguna, dando órdenes mudas casi lo mismo que suele hacerse en las pantomimas.

Entretanto el viejo de melena gris, después de atar los dos caballos a una empalizada, se ponía una casaca roja de húsar, con sardinetas y vivos de plata, y empuñando una regadera, se dirigía hacia el pueblo.

Ya palidecía el azul del firmamento volviéndose casi incoloro, con algo de amarillo al Oeste, de rojo al Este; y nubes prolongadas, pardas y oscuras, listaban el cenit como franjas de bronce. Del moribundo celaje caía imperceptiblemente la cenicienta gasa que presta al día, vivo aún, incertidumbre en la apariencia de los objetos, y los hace dudosos y vagos, y sumerge formas y contornos de la dormida naturaleza en el desvanecimiento del crepúsculo: triste, dulce e insensible agonía de la luz. Únicamente en la villita del macilento caserío, el reverbero colocado a la entrada del puente brillaba aún con resplandor diurno bajo los vidrios de su linterna; mas ya el testero de la iglesia mayor, de angostas ojivales ventanas, se destacaba violado y tenebroso sobre la lívida plata del poniente. La campiña no parecía sino confuso espacio. Y el río, que primero había adquirido verdores intensos y luego tonos pizarrosos, ya no era sino murmullo sin color, donde la sombra de los árboles arrojaba difusos manchones de tinta china.

Con actividad se preparaba la cena. En el prado, cerca del río, habían colocado la hornilla. Dentro se cocía no sé qué, entre las patatas mondadas por el Hércules. Tres o cuatro veces lanzara el payaso en un caldero varios cangrejos, que al dar contra el cobre, producían un rumor húmedo y crepitante. El viejo de la casaca de húsar volvía con la regadera colmada de vino. Sobre la alfombra en que se realizaban las proezas acrobáticas, disponía la Aporreada platos desportillados, y los individuos de la compañía, sacando de la faltriquera sus cuchillos, se acomodaban alrededor de la alfombra en indolentes posturas.

Triunfaba la noche del muerto día. Un punto de fuego brillaba en una casa, allá al final de la calle mayor del pueblo.

De pronto salía de una plantación el adolescente, desnudo de medio cuerpo arriba, y trayendo envuelto en su tuina un animal que se defendía con fiereza. Al ver el bicho preso, breve júbilo, casi cruel, iluminé el rostro de la mujer que vestía traje de punto: diríase que sus pensamientos retrocedían hacia el pasado, evocando recuerdos.

-¡Tierra! -dijo palmoteando y con voz de contralto, voz engolada, de notas extrañas y un tanto perturbadoras. Y, desplegando felina destreza, sin pincharse, dedicose a emparedar vivo el erizo en una pelota de arcilla, mientras el viejo encendía con ramas secas hoguera enorme y llameante.

La compañía, daba principio a su cena. Bebían los hombres en la regadera, a la redonda. La Aporreada comía de pie, avizorando el hornillo, atendiendo al plato que pasaba. La mujer del traje de punto, después de colocar cerca de sí al niño, en una esquina de la alfombra, cenaba con verle, y sus ojos pretendían hincarse en las amadas carnes de la criatura. Silencioso era el festín, caso frecuente entre gentes hambrientas, cansadas, a quienes distrae, bajo el ramaje y a orillas de un río, el espectáculo propio de una noche estival: vuelos de pájaros nocturnos, saltos de peces, encendimientos de estrellas.

-¡Venga mi sitio! -dijo el payaso empujando sin duelo al hombre de la levita lastimosa, el trombón de la compañía. Sentose a mascar a dos carrillos, mientras, por espacio de un instante, se alzaban en el apagado cielo sonidos que parecían salir de remota campana de cristal, lentos tañidos, angelicales ondas sonoras, música de celeste melancolía, tan íntimamente fundida con el ambiente vespertino, que cuando cesó, diríase que continuaba resonando.

Ya era cacharro la tierra donde se asaba el erizo; rompiola el Hércules de un hachazo, y la alimaña, que soltaba con las púas el pellejo, fue repartida entre los comensales. La mujer del traje de punto cogió un trocito, que chupeteó con golosa lentitud.

Pegado a su madre, el niño había ido poco a poco apartando los platos con manos y pies; y, poseedor exclusivo de la alfombra, se dormía en mitad de ella, panza al aire.

Gozaba todo el mundo la hermosa noche, estridente del canto de las cigarras, estremecida del murmurio de las hojas en la cima de los altos álamos: y al través de la soñolienta y ensoñadora oscuridad, pasaban sobre los rostros hálitos tibios, semejantes a caricias, a contactos que producen cosquilleo. A veces, hasta la volante sombra de un pájaro, proyectada sobre un riachuelo -que corría tristemente lamiendo un matorral de gigantescas ortigas, cuyas hojas a la sazón

parecían de negro papel- causaba a las dos medrosas mujeres leve susto, no desprovisto de encanto.

De pronto la luna, rompiendo por entre los árboles, caía de lleno sobre el niño dormido, y éste, como si le hiciese cosquillas la blanquecina claridad, empezaba a rebullir la gracia de su cuerpo desnudo en indolentes movimientos. Sonreía su semblante a cosas invisibles, y sus dedos se abrían palpando ingenuamente el vacío. Y después, en el despertar del rapazuelo, en su movilidad ya más rápida, se advertía soltura y elasticidad singular, cual si estuviese dotado de huesos flexibles. Veíasele asir con la manecita el rosado pie y llevárselo a la boca como para mamarlo. En verdad que formaban cuadro encantador, digno del pincel de un poeta, la cabecita bombeada donde se envedijaban blondos rizos; los límpidos ojos de órbita profunda y suave; la naricilla chata, como aplastada por el seno de la nodriza; la boca que redondeaba caprichoso mohín; los carrillos regordetes; el vientre de muelles curvas; los carnosos muslos; las torneadas pantorrillas; los rollizos pies; las cucas manos; en suma, las frescas y gordezuelas carnes del angelito, que hacían rollas en la nuca, en los tobillos y muñecas, hoyos en los codos, caderas y mejillas; carnes lácteas, alumbradas y revestidas de pálida transparencia por la luz opalina de la luna.

Mientras la estática madre contemplaba a su hijo más pequeño, el mancebo de la tuina, rodilla en tierra, ejercitábase una y otra vez en recibir y mantener en equilibrio un globo sobre una varilla, sonriendo al mismo tiempo a su hermanito.

En el seno de la gran naturaleza y de la apacible noche, todos por instinto volvían al trabajo diurno, a las tareas del oficio con que habían de ganar el pan del día siguiente. El viejo, dentro del coche, sin soltar su casaca de húsar, hojeaba, a la luz de una candela, papelotes viejos. En un rincón del paisaje, que aún alumbraba la luna, ensayaban la Aporreada y el sacabuche una escena de bofetones: la mujer enseñaba al simplón a que, en vez de recibirlos, los remedase palmoteando.

Por lo que hace al payaso, habíase vuelto a sus balanzas. Y sentado bajo el sauce, cuyo abanico de follaje mezquino y gris parecía la mitad de una enorme y polvorienta araña suspendida sobre su cabeza, dormitaba en fantástica actitud, metidas las suelas en el

agua, inclinado sobre la glauca profundidad, en cuyo fondo dormía el reflejo de una estrella.

- II -

El director de la compañía, el viejo de la casaca de húsar, el signor Tomasso Bescapé, italiano rojo en sus mocedades y enteramente canoso ahora, poseía ojuelos penetrantes -siempre agitados y crispados por una movilidad semejante a un tic-, nariz esponjosa, boca sardónica, barbilla rasurada: en suma, fisonomía de mimo, azotada por luenga cabellera color de rutilante polvo.

Tomás Bescapé había sido en su patria unas miajas cocinero, un poco cantante, otro poco perito en corales y lapislázuli, un tanto tenedor de libros en casa de cierta tendera de rosarios de la Via Condotti, medio cicerone y medio intérprete de embajada... cuando una borrasca de su azarosa vida le lanzó a Oriente, donde, a fuer de políglото y trujamán de toda lengua o dialecto, en pocos días se hizo dragomán de los excursionistas a Palestina, y tras de ensayar infinidad de desconocidas, y excéntricas profesiones, dedicose a berruguero en el Asia Menor. ¡Singular organización la de nuestro italiano, inagotable en recursos y expedientes, apto para toda industria, hábil en todo remiendo de personas y cosas, satisfecho con las metamorfosis y avatares de una vida semejante a los cambios de decoración en los teatros, aceptando a la miseria de los entreactos con el género de truhanesco, regocijo propio de los narradores del siglo XVI, y conservando en los mayores desastres la confianza del norteamericano en el día siguiente: amén de todo esto, gran contemplador de la naturaleza, y muy divertido con los espectáculos gratuitos que esta próvida madre brinda a quien vagabundea pedestremente por las cinco partes del mundo! Después de recorrer durante algunos años los alrededores de la antigua Troya, perezosamente ocupado en buscar verrugas, excrecencias de los nogales de aquel país con que se incrustan muebles muy estimados en Inglaterra, apareció un día hecho inspector del Circo Olímpico de Pera, asumiendo las funciones de contador y las de picador cuando lo reclamaba el buen orden del espectáculo. Allí, mientras percibía gajes bastante módicos, nació en la mente del italiano la idea de un negocio novísimo a la sazón. Por un mejidié compraba al turco que a

la puerta del café fuma su pipa el tapiz donde se acurruca, y pocos días después se lo revendía a un viajero. Como la venta saliese bien y le infundiese confianza, resolvíase a adquirir en los bazares rimeros completos, bastándole verlos por el revés; tal era la práctica que iba adquiriendo y lo seguro que estaba de la pereza de los mercaderes otomanos. En breve, además del depósito que en su casa existía, relacionábase con un corresponsal en Londres y otro en París, donde algunos artistas comenzaban ya a adquirir los inimitables productos, obra de pueblos coloristas: alfombras que entre los mágicos matices de su trama suelen mostrar un mechoncillo de cabellos, colocado de trecho en trecho, para marcar la diaria tarea de la mujer que lenta y amorosamente, en su hogar radiante de sol, ha tejido la tapicería. Casi enriqueció a Bescapé el negocio, y con la riqueza y la cautela que de ella procede, vínole la tentación de ser el amo en alguna parte. Sucedía esto cuando Lestrapade, director del Circo Olímpico, le proponía que se fuese con él, en unión del resto de la compañía, a los confines de Oriente, donde soñaba adquirir gran fortuna. Habló Bescapé a los camaradas, sondeó a los que repugnaban viaje tal, y con su fácil palabra y charla semielocuente, persuadioles a tomarle por director y seguirle a Crimea, donde, según informes positivos, sabía que un circo sería recibido en palmas.

Aunque abandonado por una decena de artistas, no renunció Lestrapade a su arriesgado propósito. Salió una mañana, con bastante numerosa compañía, hacia Moscú; llegó a Viatka, cruzó toda Siberia, anduvo a tiros con los tártaros en el desierto de Gobi, matáronle la mayor parte de su gente, perdió todos los caballos, y milagrosamente arribó a Tien-Tsin, no restándole más compañeros que su hija, su yerno y un payaso. El intrépido director llegaba a Tien-Tsin un día después de haber sido asesinado el cónsul y las Hermanas de la Caridad; pero, ajeno a desalientos y sustos, púsose en camino otra vez, logró verse por fin en Shangai, y reorganizando allí su compañía con marineros y jacas chinas, embarcó haciendo rumbo al Japón.

En cuanto a Tomás Bescapé, comprado que hubo el material necesario, partió en dirección de Sinferopol, donde su circo obtuvo éxito sorprendente. Era el italiano, en el fondo, diplomático sagaz, y a su llegada a Sinferopol tuvo maña para relacionarse con los

oficiales, poniendo el espectáculo bajo su patronato, por decirlo así, y consiguiendo que, ganados por su afabilidad, buena sombra y regocijado humor, se convirtiesen en trompetas de su fama y auxiliares de su empresa: tanto que llegaron a vivir en común y a juntarse de noche para alborotar el barrio de la gitanería, donde, mientras circulaban las bandejas de hierro, groseramente pintadas y atestadas de pasteles, y corría a torrentes el Chompaña del Don, oficiales y director del circo veían amanecer entretenidos con el bailoteo de las gitanas. Durante estas veladas, Tomás Bescapé, que siempre fuera de muy amorosa complexión, prendose (a pesar de frisar en los cincuenta) de una gitanilla, con la pasión vehementísima que infunde el condenado salero de semejantes bailadoras. Sentía la danzarina por el director la repugnancia de mocita a viejo, y al par la antipatía de una romí por un giorgio. Aunque la madre de la gitanilla, Audotia Rudak, era una solemne zurcidora de voluntades, conservaba ciertos escrúpulos respecto a la sangre propia, y no se avino a vender su hija a Tomás -mediante una suma que representaba todo el dinero ganado en el tráfico de los tapices y primer año de circo en Sinferopol- sino en legítimas nupcias. Y el viejo marido consagraba a la joven esposa (que le había recibido con no encubierto horror y le mostraba frialdad permanente) una adoración que parecía engendrada por algún bebedizo: adoración que le lanzó de Crimea torturado de celos seis meses después de la boda, y que luego, cuando ya fue padre, le hizo indiferente a las gracias infantiles de sus hijos, como si la ternura y calor de su corazón perteneciesen por entero a la seductora gitana.

Regresó Bescapé a Italia con su compañía, y de allí en breve a Francia, donde, corriendo los años, fue eliminando poco a poco caballos y picadores, reduciendo el personal a las modestas proporciones que le imponían la merma de las ganancias y la competencia creciente; y, desde hacía dos lustros, representaba sin interrupción nueve meses cada año, pasando el invierno en su país natal, y trabajando durante la estación rigurosa en Lombardía y Toscana.

Era Tomás Bescapé algo más que un saltimbanqui. Atesoraba nociones de cosas varias y peregrinas, instrucción caprichosa y no bebida en libros, sino tomada de boca de tantos individuos de nacionalidad diversa como se complacía en interrogar y hacer

charlar por los caminos, por todas partes. Había considerado muy despacio y de muchas maneras a la humanidad. Poseía además facultades y dotes cómicas: el sentido de la farsa representable. Inventaba escenillas burlescas en extremo divertidas; y sumido siempre, en sus ratos de ocio, en la lectura de una colección de antiguos repertorios de pantomimas italianas, su inteligencia solía sacar de ellas partido notable.

Stepánida (Estefanía en nuestro idioma y Steucha en el suyo natal, por cariñoso diminutivo) era muy joven aún para haber sido madre dos veces, y hermosa con selvática hermosura, llena de altivas insolencias en su porte y andar. Retorcíase su copiosa y vivaz cabellera en indómitos mechones coronando un óvalo afinado y suave, óvalo de miniatura india. En sus ojos lucían negros resplandores eléctricos, y en la tenebrosa tez de su rostro pensativo, un natural matiz rosado bajo los párpados, semejante a leve rastro de borrado colorete: algunas veces ascendía, a su boca seria, extraña e indefinible sonrisa. Lo original de beldad semejante se avenía divinamente con la lentejuela, el similor, el talco, el oriente de las sartas de perlas falsas, la tosca pedrería imitada de las diademas de barracón, los serpenteos de oro y plata en los oropeles de charros colorines.

Unida -por raro caso- a un giorgio, un extranjero, la gitana, dócil al instinto de su raza que desde tiempo inmemorial repugna la asimilación a la familia europea, permanecía hija de las primitivas y vagabundas tribus del Himalaya, los Yatos que, desde las edades prehistóricas, viven, al aire libre, de hurtos y de la destreza de sus manos. Privada del trato de los suyos, confundida su carne con la de un cristiano, en diaria relación con hombres de Francia y de Italia, manteníase aislada, sin embargo, apartándose, en ideas, tendencias y hábitos mentales, del genio íntimo y vida interior de los que respiraban a su lado, retirándose al fondo de sí misma para soñar, sumergiéndose tenazmente en su pasado, conservando con religioso esmero creencias, inclinaciones y aficiones de su misteriosa estirpe. Vivía en singular e incomprensible comunicación con un misterioso soberano de su raza, un rey-sacerdote remoto y desconocido, que, al parecer, se entiende con sus vasallos por medio de voces de la naturaleza; y tributábale adoración secretamente, con culto supersticioso, mezcla confusa de prácticas de todas las religiones,

enviando a su chiquillo a no pocas iglesias a pedir a los sacristanes botellas de agua bendita para rociar con ella el interior del carricoche y los caballos.

Sólo el cuerpo de Estefanía moraba entre la gente occidental y europea de la compañía acrobática; ausente y lejano su pensamiento, sus grandes ojos altaneros y errabundos acababan siempre por convertirse hacia el Oriente, a ejemplo de ciertas flores. Un lazo no más ataba a Estefanía a su patria por adopción forzosa, a sus relaciones impuestas por el acaso: el amor maternal, frenético, animal por decirlo así, que profesaba a su hijo menor, el hermoso Leonelo, cuyo nombre abreviaba ella diciendo Nelo siempre.

Y, aparte de su maternidad, aquella hembra extraña, indiferente a los reveses de la fortuna, inepta para discernir el bien y el mal, incapaz de recordar puntualmente suceso alguno, obtusa en percibir las cosas que existían en torno suyo, como lo son ciertos pueblos de los confines orientales, parecía una mujer que jamás acaba de despertar de un sueño, y que vive en nuestro globo sin llegar a convencerse de su propia existencia en un mundo real y verídico.

El primogénito del director de la compañía, Juan, a quien llamaban Gianni, tenía cuerpo de adolescente, sobre cuya forma juvenil comenzaba a modelarse el diseño del vigor y donde la acción y el esfuerzo señalaban ya la naciente cuadratura de los músculos. En sus brazos giraban casi las redondeces labradas a martillo de los bíceps de atleta; destacábanse sus pectorales, formando la breve saliente plana de los bajorrelieves helénicos; y cada movimiento de su torso indicaba al instante, bajo la piel de los lomos, el modelado de anchas ligaduras nerviosas profundamente insertas. Era alto y de piernas luengas y gallardas; poseía la belleza de la academia masculina, el gracioso y repentino desenvolvimiento de formas densas y esbeltas a la vez, cuyas arcaturas rígidas, semejantes en las pantorrillas a las placas de bronce de una jambera griega, se afinaban en tobillos y corvas con delicada tenuidad. Observábase también en el mancebo la longitud de los tendones, indicio de debilidad en todo el mundo, pero de fortaleza en el gimnasta, pues le permite juntar y recoger, en el escorzado de un músculo contraído, la total resistencia de su longitud.

A la mayor parte de los individuos que se dedican a la profesión de saltimbanquis, les atrae y sujeta la afición a la vida trashumante y vagabunda; pero Juan sentíase prendado, apasionado de su oficio. No lo trocaría por ninguno. Era acróbata con vocación. Nunca le molestaba repetir ejercicio que le pidiesen, y su cuerpo, removido por los aplausos, semejaba no querer pararse jamás. Gozaba infinita fruición al desempeñar satisfactoriamente una habilidad, al mostrarse elegante y correcto; y, a solas y para sí, ensayaba y volvía a ensayar la habilidad, esmerándose en mejorarla, perfeccionarla y prestarle cuanta donosura, magia y presteza caben para triunfar con agilidad y maña de aparentes imposibilidades del mundo físico. Si pregonaba y traía la fama hasta el barracón de su padre alguna habilidad nueva para Juan desconocida, la investigaba con burlesca desesperación, y la perseguía obstinado, hasta cazarla. Su primer pregunta a las gentes del oficio que por los caminos tropezaba, era siempre:

-¿Qué habilidades nuevas corren por París?

Pasaba malas noches, de esas noches de leñador durante las cuales la pesadilla del cansancio repite la labor diurna; noches de empeñada lid con el colchón, en que el cuerpo de Juan continuaba en sueños los violentos ejercicios acrobáticos.

Por lo que toca al hijo segundo, era todavía la criaturita de pecho que su madre, en un impulso de su estrecha e indisoluble maternidad, se empeñara en criar hasta el tercer año; de suerte que le acontecía al rapazuelo apartarse de los chicos con quienes jugaba, mamar, y en seguida volver corriendo junto a sus compañeritos.

Combinación de fuerza e inofensiva dulzura: así podemos definir al Hércules de la compañía, amén del ser más perezoso y avaro de sus movimientos cuando no trabajaba. Veíasele siempre en posición de hombre acogotado, aplastando, al derrumbar el pesado torso, sillas y bancos, que estallaban bajo su mole; tenía su cara algo del extravío bestial de los faunos de Prudhon, y su boca, generalmente entreabierta, descubría dentadura de lobo. Dotado de extraordinario e insaciable apetito, aseguraba que no había logrado hartarse ni una vez sola, lo cual le ponía melancólico, con melancolía de estómago vacío eternamente.

Rapado como un tiñoso, tenía el payaso cabeza medioeval, por el estilo de las que el pintor Leys desenterró para modelo de sus creaciones en el antiguo Brabante austríaco. Sus rasgos fisonómicos parecían bosquejo de humanidad rudimentaria y mísera: ojos como derramados entre párpados sin diseño, nariz similar a una plasta de carne, boca que semejaba la desportilladura de informe cacharro, rostro embrionario y tez sucia y negruzca. Tan ruin ser era malo a lo socarrón, displicente, arnigo de molestar, ratero de cuanto hallaba a mano y de los víveres guardados para el día siguiente. Veinte veces estaría despedido a no ser por la protección de Estefanía, que, en secreto, simpatizaba de un modo extraño con el hombre en quien veía patentes los instintos de rapiña y malignidad de su raza. Gustaba Agapito Cochegru de martirizar a los animales; trataba de lastimar y hacer daño en las pantomimas; y su misma ironía en el tablado parecía resto de furioso rencor por todos los anodinos puntapiés recibidos en el trasero. Era el Alcides la predilecta víctima a quien el payaso torturaba, azuzaba y desesperaba con mil diabólicas invenciones, que herían en lo más sensible la estupidez del hombrón, el cual no se atrevía a vengarse temiendo matar a su perseguidor de un golpe. Con todo, sucedía a veces que se agotaba la paciencia de Rabastens, y de un revés de su mano mortecina limpiaba el polvo al payaso, administrándole regular soplamocos. Rompía entonces Agapito Cochegru en lastimoso llanto, a lágrima viva, horriblemente grotesco con la pueril gesticulación de su desconsolado rostro y lo cómico de los movimientos de imbécil a que le tenía acostumbrado el cuerpo su oficio. Pero en breve se sentaba, pegadito a su adversario, cortando así el vuelo de otro cachete; y ya escudado, descargábale incesantes y malignos codazos en la región intercostal, llamándole cobardón y no desviándose, todo llorosco y moqueador, hasta pasado mucho tiempo.

Era el trombón un pobre diablo, sumido en la miseria de las profesiones ínfimas de arte, miseria tan profunda, que sus más insensatas aspiraciones consistían en que le alcanzase el mezquino salario para media taza de café y una copilla de licor. Tal era el nec plus ultra de sus ambiciosos sueños. Con todo esto, con tener tan pocos monises, con ser su persona cifra y compendio de los descamisados, y hallarse su ropa más tejida de grasa que de fieltro y parecer que andaba sobre entreabiertas mandíbulas de tiburón, por estar divorciadas la caña y la suela de sus zapatos claveteados de

gruesos clavos, era feliz aquel hombre profundamente mísero. Sostenía amistosa relación con un ser querido que le correspondía y le compensaba todo, hasta las maldades del payaso. Vivía en intimidad con la perra de aguas de la compañía, animal que a consecuencia de una enfermedad semejante a las enfermedades del humano cerebro, padecía momentáneas supresiones de la memoria, hasta el punto de tener que renunciar a las graciosas habilidades que ejecutaba en sana salud; y el trombón, a la verdad poco mimado y querido por sus semejantes de ambos sexos, de tal modo se apegara a la pobre perra, malucha ya por costumbre, que cuando la veía con los ojos muy inyectados, se privaba de su bendita taza de café, ahorrada diariamente ochavo tras ochavo, para comprarle una purga. No el purgante, que ni pizca de gracia le hacía a Larifleta, sino el cariño y cuidado con que se lo administraban, agradecía la inválida perra en sus momentos lúcidos, clavando en su bienhechor miradas donde rebosaba cuanta ternura puede lucir en los ojos de una bestia: hasta le daba gracias con risas de reconocimiento, descubriendo toda la dentadura. ¡Risa, sí! La perra se reía. Nadie de la compañía era capaz de ponerlo en duda después de haber presenciado el hecho siguiente. Hallábase una mañana el trombón calentando algo sobre una hornilla colocada en el suelo, en una sartenucha bien conocida de Larifleta; rabo entre piernas y mohina, pero resignada, la perra aguardaba allí; veía cómo retiraban del fuego el líquido humeante, lo echaban en un tazón, lo revolvían aprisa con cuchara de palo, y después, atónita, lo veía subir más arriba de su hocico, ascender, llegar a la boca del trombón, y sepultarse en ella. Al punto mismo de cerciorarse Larifleta de que el menjurje que causaba retortijones entraba en el cuerpo de su amigo y no en el suyo propio, dibujose sobre su perruna faz la más irónica y alegre risa muda que cabe en semblante humano.

A la Aporreada le venía el apodo desde su niñez y juventud, que pasó en un puro golpe. Cuando a los siete años la recogieron pilleando por las calles de París, contestó al presidente de tribunal que la interrogaba: «Señor presidente, papá y mamá se han muerto del cólera... El abuelo me ha metido en el hospicio... Se murió ocho días después que papá y mamá... y por eso me voví a París, donde me perdí, porque... ¡es tan grande!...» Hoy era mujer de veintiocho años, de rostro curtido, brazos lo mismo, y negros hasta por cima del codo, blanqueando en el bíceps ancha cicatriz de vacuna. Vestía

siempre traje de tarlatana rosa, sobre el cual corrían guirnaldas de follaje de trapo, ceñido por un cinturón, que se ensanchaba en el vientre formando un losange que encerraba caracteres cabalísticos impresos en rojo; a continuación del voluminoso seno lucía un talle extraordinariamente delgado, estremecido de vida nerviosa. Rodeaban sus ojos horribles ojeras, y entre este cerco y la curtida piel asustaba casi la blancura de la córnea. El cabello, remangado a la china y adornado con dos margaritas de plata, le caía por la espalda como el áspero crinaje de un casco. La laboriosa musculatura de su cuello dibujaba gruesas cuerdas sobre las hondonadas y surcos de su tabla de pecho, pues era muy flaca, aunque de proeminente seno, cadera y muslo. Tenía la Aporreada boca grande con dentadura blanca y hermosa, nariz a un tiempo respingada y aguda, y, bajo los pómulos, unos huecos que, vistos a cierta luz, descubrían instantáneamente la osatura de una calavera que atravesaba la piel del rostro. El febril resplandor de la mirada, el malsano brillo del cutis, lo descarnado de la facies y garganta, la canallesca maceración de todo el asendereado organismo, narraban las miserias, los sufrimientos, las juergas, los resfriados, insolaciones y dolorosa lasitud de la mujer, así como un pasado de muchacha que a menudo suple la falta de pan con aguardiente.

Sobre el tablado de la farsa veíase a la Aporreada mascullando una florecilla y mortificando perennemente su talle por medio de coléricas tracciones con el dorso de la mano montado sobre las caderas, cual si quisiese levantar y desencajar la cintura del torso; y luego, echándose atrás, con las manos extendidas, juntas y rígidas, retractados los dedos y vueltos los codos, quedábase inmóvil la titiritera, perdida la mirada en el espacio, entreabierta la bocaza, térreas las fosas nasales.

- III -

En el campo de la feria de la villita o aldehuela cuyo señor alcalde autorizaba al director Tomás Bescapé para dar función, los hombres de la compañía limpiaban de hierba, apresuradamente, un vasto circuito, en torno del cual los arrancados terrones hacían un baluarte de marchita verdura, y postes unidos por los ramales de los caballos señalaban el recinto de la pista.

En mitad de esta tierra surcada y apenas igualada, erguíase alto mástil, y de él pendían, formando la techumbre del barracón, triángulos de tela verde unidos y anudados con cordel; un enrejado de arpillera, sujeto al ligero techo y que caía hasta el suelo, componían el muro circular del teatro. Aplicado al mástil, cuyo arranque se perdía en un montoncillo de la arena amarillenta necesaria para las luchas, un sistema de poleas subía y bajaba, al extremo de unas cuerdas, un cuadro de madera erizado de clavos enormes, cuyos dientes servían para morder de noche cinco o seis lamparillas de petróleo: el industrioso italiano les fabricara hábilmente reflectores, con latas viejas de sardinas. De un lado del mástil partía, desde muy alto, un gran alambre que iba a parar en un poste elevado en la empalizada; al otro lado del mástil, casi apoyado en él, alzábase menudo trapecio oscilando en la barra transversal, situada como a ocho pies de altura.

Frente al ingreso campeaba el desdentado organillo, música interior de semejante lugar, faltoso de un pedazo de vidrio y del trozo de estampa que se encuadraba en él. Esperaba allí el organillo por un chicuelo contratado a la puerta, que generalmente daba vueltas al manubrio con una mano sola, mientras con la otra llevaba a la boca la manzana verde, salario habitual de la orquesta del circo.

Bancos hechos de tablones toscos, rápidamente armados por un carpintero local, se escalonaban en gradería. Diferenciábanse los sitios de preferencia de los más ínfimos, en una tira del coco con que se hacen los pañuelos de los inválidos, puesta sobre los angostos tabloncillos muy estirada y sin cubrirlos enteramente: además los cerraba una valla, y sobre ésta lucían pegotes de un papel dorado, que contenía en óvalos paisajes turcos pintados con pintura tornasol sobre fondo azul celeste. Por último, el tío Tomás extendía una tela vieja de zaraza, sacada de no sé dónde, cubierta de alto abajo por colas de pavo real, de tamaño natural; inmenso cortinaje que, cerrado, separaba a los espectadores de los bastidores al aire libre; e intentaba la dirección defenderlos contra la curiosidad de los que quieren ver de balde, juntando los dos vehículos y levantando una barricada de biombos.

Entonces el payaso pegaba a ambos lados de la puerta un cartel, que servía para la temporada toda; anuncio embustero, donde el director

ostentaba el arte a la vez populachero y refinado de sus reclamos, de su literatura y hasta de sus conocimientos en lengua latina.

ANFITEATRO BESCAPÉ

La tienda de campaña, impermeable y construida a todo lujo, ofrece albergue tan seguro como un edificio de piedra.

El anfiteatro se iluminará de noche con un sistema de lámparas de petróleo, en que el gas luminoso se fabrica por sí mismo. PATENTE AMERICANA DE HOLLYDAY.

Los artistas de la compañía, todos de relevante mérito, han sido elegidos, sin reparar en gastos, en los mejores establecimientos de Europa.

Entre ellos figuran:

LA SEÑORA DOÑA ESTEFANÍA BESCAPÉ.

CURRICULI REGINA.

LA SEÑORITA DOÑA HORTENSIA PATACLÍN.

Sílfide del alambre y joya del anfiteatro, cuya figura y actitudes son indescriptibles.

DON LUIS RABASTENS.

ATLETA INCOMPARABLE Y ÚNICO.

Dotado de la fuerza de Hércules, desafía al mundo entero, y desde su más tierna edad ignora lo que es ser derribado por nadie.

DON JUAN BESCAPÉ.

L'INTREPIDO, SENZA RIVALE NEL TRAPEZIO.

El que en sus ejercicios hace adivinar el ideal de la belleza masculina.

DON AGAPITO COCHEGRU.

El que une a la agilidad y soltura de la columna vertebral un carácter alegre y chistoso, y cuyas ocurrencias, impresas en un tomito, serán distribuidas gratis a los espectadores de las localidades de primera.

DON TOMÁS BESCAPÉ.

EL ARTISTA MÍMICO DE AMBOS MUNDOS.

Conocido por sus pantomimas tituladas: QUITARSE UNA MUELA, LA BARBA DE GARGOTÍN, EL SACO ENCANTADO, etc., que ha tenido el honor de representar delante de Su Alteza el Sultán y el Señor Presidente de la República de los Estados Unidos.

El público verá además a

LARIFLETA.

Esta joven perra de aguas, bisnieta del célebre perro MUNITO, y cuyas habilidades revelan una inteligencia superior a toda ponderación, acabará señalando la persona más enamorada de toda la concurrencia.

Las bromas son divertidas, graciosas y de buen tono, y hacen reír sin caer en la vulgaridad ni deslizarse a nada que no puedan presenciar las señoritas. El espectáculo terminará con la deliciosa pantomima.

EL SACO ENCANTADO,

en que tomará parte todo el personal de la compañía.

Ya estaban clavadas las angostas escaleras que subían al tablado; ya Estefanilla se había sentado fuera, ante la mesita, en cuyo cajón recaudaba el dinero, y ya entre el bum, bum del bombo, la sonoridad del sacabuche, los puntapiés del director, disparaba el payaso cubos de dichos extravagantes, y la Aporreada llamaba, a la multitud, aturdida de tanto alboroto, con el zarandeo frenético de su cuerpo, el palmotear sonoro de sus manos, y el estridente Entren, entren, señores, que se empieza la función.

Fuera, el sol resplandecía; y bajo la tienda, donde el aletear de los sueltos cordeles producía contra el techo el rumorcillo de chapoteo

que se nota en los barcos de vela, reinaba dulce oscuridad, una suave descoloración de rostros y objetos, frígida penumbra, sobre la cual, de trecho en trecho, un rayillo de luz, filtrándose por alguna rendija más ancha, lanzaba polvoriento remolino de átomos de oro. Por cima de la tela gris, toda impregnada de claridad, que ceñía el anfiteatro, corrían, como siluetas de chinescas sombras, los perfiles de los transeúntes del exterior. En el centro del gran cortinaje con colas de pavo real, Estefanilla -cuyo pecho y vientre se modelaban en la cerrada tela, plegada sobre su cuerpo al vestirla con múltiples ojos de pluma- miraba hacia la pálida concurrencia, entornando malignamente sus largas pestañas.

La función iba a comenzar, y el Alcides, con la terrible nuca bañada de lleno por la claridad de la puerta, sacaba de debajo del banco que le servía de asiento, las pesas, moviéndose lo mismo que una persona muy dolorida.

- IV -

Gimoteando, refunfuñando y gruñendo, suspendiendo a cada rato sus ejercicios para alentar, rascarse la cabeza muy pensativo o mirarse conmovido las muñecas y subirse los manguitos de cuero que las protegían, el Hércules lanzaba al aire su pesa de a 40, sin entusiasmo. Aun cuando los ejercicios que desempeñaba no parecían muy superiores a su fuerza, ni nada fatigosos para su cuerpo, Rabastens, al mover y jugar la montaña de su recia musculatura, semejaba un Alcides alicaído que trabaja por casualidad, que se rinde al cansancio e implora de cuantos le rodean que le animen y conforten. Apenas cesaba la música, dejaba caer con la pesa el extendido brazo, y hasta que el organillo volvía a sonar, no volvía el brazo a tenderse. Antes de principiar un ejercicio, la voz del Hércules suspiraba pueril y quejumbrosa: «Ea, señores, una palmadita.»

Si por casualidad le arrojaban un calzón desde el tablado, y resultaba una lucha -caso raro, pues la musculatura del formidable atleta intimidaba a las gentes-, el Hércules se adelantaba hacia su adversario con el aire más aburrido del mundo, como dispuesto a pagar dinero para que no le obligasen a moverse sin necesidad.

Luego se daba prisa en forzarle a que hiciese la rana, mostrándose triste, abatido e inconsolable cuando alguna discusión le constreñía a derribarlo otra vez, enviándole a medir el suelo con los hombros de modo que todo el mundo lo viese. Libre ya del enemigo tendido en tierra, y sin siquiera mirarlo, iba muy caído de lomos y columpiando los brazos, a sentarse en su banco de nuevo; y allí, descansando en las manos, la cabeza y los codos en las rodillas, entornaba los ojos para soñar, durante el resto de la presentación, en manjares gargantuescos.

Al Hércules seguía Juan, que se presentaba con el traje clásico del titiritero de provincia: elástico rosa vivo, aro de cobre a la cabeza, pectoral de terciopelo negro, y bordado en él a medio punto un feísimo pensamiento con sus hojas; calzón verde, sobrevesta que bajaba hasta las caderas, bordada como el pectoral y guarnecida de flecos de oro, y botina blanca con fimbria de plata. De un brinco alcanzaba el trapecio y columpiábase en el aire; sus manos, cortando el impulso de su cuerpo, soltaban de pronto la barra y la asían por el lado opuesto.

Giraba así con vertiginosa rapidez en torno del palo, y poco a poco se calmaba el giro, expirando en la dulce languidez de su cuerpo, el cual volteaba y permanecía algunos momentos suspendido horizontalmente en el espacio, con la flotación de un objeto sustentado por el agua.

Tales habilidades, ejecutadas con el esfuerzo del brazo, ostentaban un cadencioso ritmo del trabajo muscular, una suavidad de empuje, una molicie en el desarrollo del movimiento y la elevación, análoga a la progresión insensible por los árboles del animal llamado perezoso, y que recordaba la ascensión a fuerza de puños, lenta, lenta, del inimitable James Ellis.

Apoyados los lomos en la barra, el gimnasta se dejaba escurrir hacia atrás insensiblemente, y -aterrando a la concurrencia por espacio de un segundo- caía, pero sujetándose de modo imprevisto con las corvas de sus replegadas piernas, balanceábase así un ratito cabeza abajo, y se encontraba de pie en el suelo tras un salto mortal.

Con el trapecio, y al extremo del trampolín natural de los brazos, que desarrolla sobrehumanas elasticidades de músculos y nervios,

Juan bordaba los mil ejercicios en que el cuerpo del gimnasta parece adquirir algo de aéreo revoloteador.

Colgábase por un brazo, y su cuerpo subía y bajaba en una de esas ascensiones que se devanan de medio lado, parecida a las que los artistas japoneses prestan a los miembros de los monos en sus originales suspensiones.

El trapecio causaba al mancebo una especie de embriaguez física; jamás pensaba haber trabajado lo preciso, ni suspendía sus ejercicios sino al grito reiterado de «¡Basta, basta!», que exhalaba la multitud, un tanto asustada de la creciente osadía del acróbata.

-Señores, vamos a continuar... por la continuación -decía sentenciosamente el payaso.

Sucedía a Juan la Aporreada. En un segundo llegaba la sílfide a la cima del gran poste, atravesado de trecho en trecho por peldaños de escalera, y al alambre; ahuecábase su faldellín, y sobre su cabeza se agitaba el movible balancín de sus brazos en figura de corona. Adelantábase, pisando de refilón, ya con éste, ya con aquel pie, ahuecados por la planta, palpando el vacío igual que con la curva pala de un remo. Sobre el hilo elástico, que ya se doblaba, ya saltaba otra vez, caminaba haciendo altibajos, y, al parecer, a cada zancajada suya bajaba o subía la altura de un escalón.

Agiles claridades rosadas corrían por las redondeces de sus pantorrillas, sin parar hasta el hueso del tobillo, a través del blanco enrejado de las galgas de sus zapatos, mientras sombras breves y movibles se detenían un punto en la hondura de sus corvas. Pronto regresaba al centro del alambre con rápida fuga de pies, uno tras otro, encorvándose, inclinándose, poniéndose en cuclillas sobre las encogidas piernas. Y entonces, dejándose caer hacia atrás, se tendía a lo largo sobre el invisible alambre, inmóvil y como dormida, la cabeza reclinada en el hombro, colgantes los cabellos y los pies posados el uno encima del otro, remedando el palpitante reposo de dos pájaros reunidos bajo un ala misma. Por algún tiempo, entre la esparcida cabellera y las telas flotantes, balanceábase negligentemente en el espacio un cuerpo femenino, no sostenido, al parecer, en nada. Y de pronto, por medio de una serie de sacudidas de las caderas, después de enderezar a medias dos o tres veces su

torso que recala, la Aporreada, merced a un erguimiento súbito, se encontraba en pie, toda rumorosa por la agitación de las lentejuelas de su falda, casi bonita, a favor de la animación de su ágil donosura y del placer de los aplausos.

-¡Señores, la última ejercicia! -exclamaba el payaso.

Volvía a presentarse la Aporreada, trayendo una mesilla cubierta de platos, botellas, cuchillos y doradas bolas. Y al punto comenzaban los objetos a voltear sobre la cabeza del prestidigitador, siguiéndose, alternando, cruzándose sin tropezarse, saliéndole por entrepiernas, tras de sus espaldas, para tornar siempre a sus diestras manos y escaparse de ellas otra vez. Ya se elevaban hacia el techo, separados y lentos en subir, ya pasando y repasando, en círculo bajo y estrecho, no más arriba de la caheza del equilibrista, parecían, por la velocidad y proximidad de su giro, el aro de una cadena cuyos anillos soldaban eslabones invisibles.

Juan recorría el circo jugando con tres botellas, y, sin detenerse, subíase a la mesa y se hincaba de rodillas, tocando con el vidrio contra la madera, al lanzar las botellas nuevamente, una sonata báquica en extremo divertida. La última botella con que se quedaba la tumbaba, erguía y proyectaba en el aire con sólo el juego de sus bíceps, y ella de suyo venía a ceñirle el cuello al dedo, a modo de sortija.

Tenía sobre todo Juan una manera encantadora, propiamente suya, de lanzarse y restituirse horizontalmente de una mano a otra, con los brazos extendidos, bolas de cobre, que ante su pecho producían la ilusión de una madeja de oro que estuviese devanando.

Era Juan un juglar de primera fuerza; poseían sus manos el tacto envolvente y acariciador, al cual diríase que se adhieren las superficies lisas; tacto que, al parecer, cría ventosas en las puntas de los dedos. Era entretenido y sorprendente espectáculo ver al mancebo coger un plato, y bajo la nerviosa destreza de su inclinado cuerpo y sus sonrisas un tanto extrañas, de mago que sonríe a sus conjuros, notar cómo el plato, en su poder, cruzaba y volvía a cruzar el espacio, siempre próximo a estrellarse y sin caer jamás. ¡Llegaba al extremo de que el tal plato parecía desprendérsele de las manos por instantes, a modo de tapadera de caja que se abre, y cuando ya

sólo tocaba a las yemas de los dedos, venía a adherirse otra vez a la palma, cual si le obligase a ello la acción de una bisagra invisible!

Al cabo, Juan vencía la difficultad de voltear tres objetos de peso distinto, una bola, una botella y un huevo, habilidad que terminaba con recibir el huevo en el culo de la botella.

Por fin y remate, mientras sus manos hacían voltear encendidas teas, y ensaladeras y globos danzaban al extremo de varillas sostenidas en su barba y pecho, entre los relámpagos de la porcelana y las llamaradas de la resina, Juan parecía el eje y centro del movimiento giratorio de tantas máquinas tornabolicheras -según la arcaica y gráfica expresión de Renato Francisco, predicador del Rey.

- V -

Acababa la función con una escena cómica de dos o tres personajes, desempeñada, ya por la Aporreada, ya por el payaso, ya por el Alcides, y compuesta y arreglada por el director, que se reservaba el papel principal y desplegaba más cantidad de imaginación de la que suele derrocharse en semejantes barracones. Invenciones burlescas, argumentos sin pies ni cabeza, entretenidos enredos donde se entreveraban los sonoros bofetones y puntapiés, que disfrutan el privilegio de hacer reír a la gente desde que Dios la crió; cosas narradas de un modo inteligente en lenguaje mímico por medio de muecas graciosamente sarcásticas; disfraces fenomenales, locuras vertiginosas, farsa humorística y estrafalaria en suma, que el director aún sabía amenizar con la destreza y agilidad de su cuerpo viejo.

En sus mocedades había sido Tomás Bescapé un gimnasta notable. Solía referir cómo, en una pantomima discurrida por él, se escapaba de un molino, donde le había sorprendido el marido de la molinera, andando sobre la extremidad de los garrotes que tenían enarbolados los jayanes apostados por el molinero para apalear al cortejo de su mujer. Pero, con la edad, el italiano se veía en el caso de limitarse a pantomimas de gimnasia más modesta, contentándose con hacer alguna cabriola, y pegar, en medio de la zambra general, ya el salto del medroso, ya el del borracho.

Entre las pantomimas brincadas de su cosecha, prefería actualmente un corto entremés, apropiado a sus presentes facultades, y que además solía entusiasmar a la muchedumbre de aldeanos y paletos. Llamábase la tal pantomima El saco encantado.

1.º Un biombo que remata figurando minaretes, representa los alrededores de la ciudad de Constantinopla, por donde se pasea el viejo Bescapé disfrazado de inglesa, con los anteojos azules de rigor, el velo color de hoja seca, un atavío británico muy ridículo.

2.º La inglesa se da de manos a boca con dos eunucos negros.

3.º Pantomima inmoral de los dos eunucos, que camelan a la inglesa, enumerándole todas las ventajas y goces que encontrará en el serrallo del Gran Turco.

4.º Pantomima púdica e indignada de la inglesa, declarando que es una miss muy honrada, resuelta a morir antes que renunciar a su virginidad.

5.º Tentativa de captura de la inglesa. Resistencia heroica por su parte; finalmente, uno de los eunucos toma un saco, y con ayuda del otro eunuco la encaja dentro, y anuda el cordón de la jareta del saco.

6.º Los dos negrazos cargan con la infeliz, que pernea y se defiende como un diablillo.

Y aquí entraba el golpe de efecto. A punto que los raptores van a largarse con su presa, ábrese de repente el fondo del saco, y la inglesa aparece... en camisa, corriendo a todo correr, con grotesco azoramiento y ademanes de vergüenza de lo más risible, siempre perseguida por los dos eunucos negros, tropezando, cayendo patas arriba, entre las carcajadas de los espectadores, y volviendo de nuevo a corretear, más aturdida, más trastornada, más irrisoriamente púdica, con su blanco y sucinto arreo nocturno: lo cual duraba hasta que, pegando un brinco horizontal, desaparecía a través de una claraboya abierta en el biombo.

- VI -

Desde pitusín, desde los tres o cuatro años, Nelo fijaba en los ejercicios de la compañía la curiosidad de sus despiertos ojos y la inquieta alegría de su cuerpo.

Veíasele durante la representación, primero medio oculto entre la falda de la Aporreada, que agarraba de firme, asomando un instante la cabeza, presa aún en la gorra blanca de tres pedazos que usan las criaturas pequeñas, de la cual se escapaban vedijas de pelo rubio; después, asustado por el rebullicio de la muchedumbre, sepultar otra vez cabeza y gorra en la tarlatana salpicada de lentejuelas; luego volver a mostrar un trozo mayor de su personilla, más tiempo y no tan receloso. Bien pronto, con gentil y tímida audacia, con resolución precedida de hechicera incertidumbre, Nelo se atrevía a cruzar el tablado, puesto un dedo en la boca, a pasos que simultáneamente adelantaban y retrocedían, y con la mirada vuelta atrás, buscando sin cesar un asilo, un refugio. Al fin, lanzándose brusca y repentinamente, cogíase a la valla del balcón, se arrimaba y acurrucaba contra un travesaño, y allí, oculto el rostro por el escenario, lo mismo que el brazo y mano en que se sostenía, sus miradas viajaban a hurtadillas por el campo de la feria. En breve, los regocijados porrazos del bombo que, por decirlo así, le resonaban en la espalda, dosificaban su tímida y medrosa inmovilidad con cierta trepidación valerosa; estremecíanse sus bailarines pies, llenábase de sonoridades su hinchada boquita, y su cabeza, ya pendiente fuera del escenario, se inclinaba para mirar con intrépidos ojos el conjunto de caras vueltas hacia él. De improviso, entre el frenesí de la música, el alboroto del final, el mugir de la trompa, el delirio de los gritos y llamadas al público, el chiquitín, excitado por el vértigo y el ruido, se apoderaba de cualquier sombrero de desecho que rodaba por allí, de un chal viejo y olvidado. Y entonces, con este conato de mascarada y disfraz, cual si formase parte de la compañía y tuviese ya obligación de entretener al público, el rapazuelo seguía el grotesco paseo del payaso de un extremo a otro del tablado, midiendo el paso por el suyo, marcando el compás con toda la fuerza de sus piernas inseguras, imitando los bufonescos ademanes, sumergido, en el sombrerón y dejando ver, bajo el abigarrado chal, el faldón de la camisa, que asomaba por la abertura de su pantaloncillo.

- VII -

Terminada la última representación, desmontado el mástil de la tienda y empaquetados aprisa sus tres pedazos, con las telas, cordajes y accesorios, en el toldo inmenso, alejábase al punto de las murallas del pueblo, al trote del viejo rocín blanco, la Caravana.

Es la Caravana una casa que, desde que amanece hasta que anochece, pasea por caminos y senderos la existencia de sus inquilinos; casa que a las once se detiene al pie de un manantial, ostentando la revuelta paja de sus cestos abiertos sobre la imperial y los calcetines puestos a secar sobre las ruedas; casa que de noche se desengancha e ilumina la negra sombra de los despoblados páramos con la claridad de su ventanillo; casa rodante donde nace, vive y muere el titiritero; donde entran la partera y el enterrador; movible hogar de tablas, del cual se prendan sus habitantes, con el amor del marino por su barco.

Por cuanto hay en el mundo no se mudarían las gentes de la Caravana; de tal manera comprendían que allí, y sólo allí, se disfruta el dulce zarandeo de las dormilonas siestas meridianas, la tentación y facilidad para subir las cuestas «que le llaman a uno» a ciertas horas del día, y la sorpresa de despertar la mañana siguiente en lugares entrevistos por vez primera a la luz crepuscular de la víspera. Pues qué, si pica el sol, ¿no le basta a cualquiera una carroza, la orilla de una pradera, la linde de un bosque? Y si llueve, ¿no tiene el zaguán, del otro lado del torno, una hornilla para los guisos, y no puede el cuarto de la Aporreada servir de comedor a toda la compañía? El vehículo, dentro de su tamaño y su altura de marino camarote, encerraba hasta dos y tres estancias. Primero, en pos de la reducida galería exterior, una habitación, en cuyo centro, sujeta al piso, había una mesa grande, y sobre ésta ponían de noche el colchón que servía de cama a la volatinera. Por la puerta del fondo se entraba en el segundo cuarto, morada del director, donde dormía toda la familia, excepto Juan, que con los demás varones de la compañía habitaba en la carreta verde. Y el marido hiciera de un cuarto dos, colocando biombos medio replegados de día, que de noche formaban cerrada alcoba al lecho conyugal. Éste era de caoba y poseía tres colchones.

Con su maderamen, que se pintaba todos los años, los visillos blancos de sus angostos ventanillos, las aleluyas de Epinal pegadas en los biombos, narrando por medio de la ingenua barbarie del dibujo rancias leyendas, y el grullo de Nelo en un rincón, el mezquino cuartuco del matrimonio alegraba la vista, a manera de limpia caja, llena de la dulce y aromática fragancia del colchón henchido por Estefanilla de tomillo cortado en flor.

Encima del mesocrático lecho de caoba, pendía de un clavo un trapo brillante: la saya que usaba la gitana en su mocedad, cuando bailaba en Crimea; un faldellín, que tenía cosido un adorno de retazos de paño grana, recortados en figura de sangrientos corazones.

- VIII -

Estefanía Rudak había sido para su hijo mayor buena madre; pero no tierna, sino fría de entrañas; ni conmovida ni venturosa cuando lo tenía cerca de sí; madre, en suma, cuyos cuidados parecían cumplimiento de un deber, y nada más. Pagaba Juan la pena de haber sido concebido en los primeros meses de matrimonio, cuando señoreaba enteramente el pensamiento de la novia un mancebo de su raza; cuando en labios de la esposa del viejo Tomás Bescapé hervía esta canción popular de su tierra:

¡Viejo y bárbaro marido,

degüéllame! ¡abrásame!

¡Te aborrezco!

¡Te desprecio!

¡Amo a otro,

muero amándole!

Sucedió, pues, que toda la violenta y salvaje maternidad contenida en las entrañas de la gitana, y que no lograra desahogo, se había concentrado en Nelo, venido al mundo doce años después que su hermano; en el último hijo, al cual Estefanía no besaba ni acariciaba,

pero a quien estrechaba contra su pecho en frenético transporte, apretándole hasta sofocarle. Juan, que bajo un exterior frío encubría condición muy amorosa, sufría con tan desigual reparto de cariño, pero sin que el ver preferido a Nelo le infundiese celos contra su hermano menor. Hallaba natural predilección semejante. Reconocía que él no era hermoso, ni de carácter jovial. Hablaba poco. Su mocedad no creaba en torno suyo atmósfera de alegría; nada tenía en sí capaz de lisonjear el orgullo materno. Hasta las manifestaciones de su ternura filial eran torpes e inoportunas. Su hermanillo, al contrario, poseía la belleza atractiva, la seducción del mimo cariñoso, y resultaba uno de esos seres que tienen gracia y ángel, que hacen brillar de envidia los ojos de todas las mamás, y a quienes los transeúntes besarían de buena gana. Diríase que la carita de Nelo irradiaba luz matutina. Siempre inventando monerías y travesuras, diciendo cosas chistosas, preguntando otras que provocaban a risa, derramando donaires y adorables chiquilladas, metiendo una bulla gentil, moviéndose con gracia diabólica, eran, en resumen, de esas criaturas seductoras, que encarnan la alegría de la vida, y con el reír de sus rosados labios y el rayo de sus negros ojos, lograba a menudo que la errante compañía olvidase las malas entradas y las frugales cenas.

Mimado por todos, el niño no se encontraba a gusto sino en compañía de la única persona que le regañaba a veces; y siendo de suyo tan locuaz y turbulento, veíasele muy formalcito horas enteras al lado del taciturno Juan, como si le cautivase su silencio.

- IX -

La educación acrobática de Nelo comenzó a los cuatro y medio o cinco años. Al principio se limitaron a enseñarle gimnásticos desarrollos, extensiones de brazos, replegaduras de piernas; en suma, a agitar los músculos y nervios de sus miembros infantiles; iniciación que a la vez probaba y economizaba las fuerzas nacientes del mocoso. Pero simultáneamente antes que soldase el esqueleto y los huesos perdiesen la flexibilidad de los más tiernos años, fueron sometidas las piernas de Nelo a desviaciones graduadas, y en algunos meses se logró que el niño verificase la gran abertura. Acostumbraban también al minúsculo acróbata a cogerse un pie con

la mano, subirlo a la altura de la cabeza, y, más adelante, a sentarse y levantarse sin mudar de postura, a la pata coja. Por último, apoyando Juan la cariñosa diestra en el estómago del niño, ya puesto en pie, le habituaba poquito a poco a inclinar hacia atrás torso y cabeza, dispuesto a cogerlo en brazos si daba la vuelta de campana. Y cuando ya los lomos de Nelo estaban avezados al desplome, me lo ponían a dos pies de distancia de una pared, contra la cual tenía que apoyarse con ambas manos de plano, y la parte superior de su cuerpo bajar invertida, un poquito más bajo cada mañana, hasta que, completamente doblado en dos, el dorso de las manos fuese a juntarse con los talones. Y así, poco a poco, sucesivamente, sin prisa ni violencia, animándole por medio de confites, de halagüeñas palabras y adulaciones dirigidas a la vanidad del gimnasta recién destetado, llegaba a descoyuntarse el cuerpo del niño. Además, y siempre al pie de una pared, lo cual, para el principiante, equivalía al amparo que prestan los brazos tendidos hacia el niño cuando se suelta a andar, hacíanle que caminase sobre las manos para fortalecer las muñecas y acostumbrar la columna vertebral a las investigaciones y a los alardes de vigor del equilibrio. Hacia la edad de siete años, Nelo dominaba el salto de la carpa, salto en que un chico, tumbado de espaldas y sin servirse de las manos, se endereza, movido por el resorte de un impulso de la región lumbar.

Luego estudiaba los saltos que se verifican apoyando las palmas en el suelo: salto adelante, en que el niño, adelantando las manos, se yergue lentamente, volteando el cuerpo sobre los pies, que tocan con las palmas; salto del mono, en que la criatura echa las manos atrás, levantándose con el mismo movimiento en sentido contrario; salto del árabe, brinco de costado que se asemeja a la rueda.

Acompañaba a Nelo en tales ejercicios y pruebas el círculo protector formado siempre en torno de sus miembros por los brazos fraternales, el contacto de las palmas de Juan que le afirmaba y sostenía, dando a la incierta vacilación de su cuerpo el aire de la ensayada habilidad. Y más adelante, cuando Nelo comenzaba a poseer alguna seguridad y firmeza, un cinturón, al cual se afianzaba una soga, le enlazaba a Juan, que iba aflojando a medida que el trabajo del hermanillo se acercaba a salir bien del todo.

Ya se atrevía Nelo con el salto mortal, que principiaba a ejecutar lanzándose desde un punto elevado, cuya altura disminuían gradualmente hasta que lograse realizarlo en una superficie plana.

Por lo demás, no era el hijo de la gitana de contextura rígida, antes heredaba de su padre y hermano aptitud singular para el salto acostumbrado, el salto con impulso o a pies juntillas, alcanzando desde los siete u ocho años una altura a que otros colegas suyos, más crecidos, no podían llegar. Y el viejo Bescapé, haciendo alarde de sus conocimientos enciclopédicos, adquiridos aquí y acullá, dijo un día a Estefanilla, viendo saltar a Nelo:

-¿Reparaste esto, mujer? (y le enseñaba los talones y la longitud del calcañar del niño), Pues con esto, el rapaz ha de saltar algún día lo mismo que un mono.

- X -

Al despertar Nelo cierta mañana vio colocadas sobre una silla cosas... ¡cosas deseadas sin esperanzas de obtenerlas con que soñaba desde hacía meses durante toda la engañadora noche! Frotose los ojos un momento no creyéndose despabilado; luego, de repente, saltó del colchón, y comenzó a cerciorarse, con dedos trémulos de placer, de la realidad de tales objetos, gayos de color, cuyas lentejuelas removía la emoción de su tacto. Había un traje de punto hecho a medida de su cuerpecillo, unos gregüescos azul celeste, todos constelados de estrellitas de plata, un par de botines minúsculos, guarnecidos de piel. El niño palpaba, daba vueltas a elástico, gregüescos y botines, y los besaba uno tras otra. De improviso tornaba en brazos su amable disfraz, y chillando de júbilo iba a despertar a su madre para que le pusiese las «cosas bonitas». Estefanilla, desde la cama, pero casi fuera de ella, le vestía despacio, con las pausas, las detenciones, el satisfecho contemplar de las madres que prueban a su cariñito un traje nuevo, y bajo la novedad del traje descubren un niño nuevo también, para quererle un poco más. Ya disfrazado Nelo, hacía la más linda miniatura de Hércules de feria que cabe imaginarse. Venía la Aporreada, y divertíase en ahuecarle con una tenacilla, en los rubios cabellos que iban oscureciéndose ya, dos cuernecitos que daban al travieso aspecto de

diablillo. Vestido así el titiritero, con su elástico un tanto holgado, que hacía dos arrugas en costados y corvas, quedábase inmóvil, bajando los ojos, admirando su propia y gentil apostura, feliz y no sin ganitas de llorar, muy temeroso de echar a perder, si se movía, su atavío flamante.

- XI -

Las primeras veces que el saltimbanqui chiquito tomaba parte en los ejercicios de la compañía, luciendo su elástico, gregüescos y botines, era realmente curioso ver lanzarse al rapazuelo de un salto en la pista, y pararse en firme repentinamente, con súbito acceso de timidez, con miedo pueril, un tanto cómico, infundido al principiante por el público que le miraba. Entonces se le veía practicar insensiblemente la retirada hacia Juan, refugiándose contra él, muy cortado, corriendo por sus hombros estremecimientos leves, rascándose el cogote con la mano vuelta para disimular la turbación. Luego, la criatura de luenga melena, de gráciles miembros, naturalmente y como si las actitudes de las estatuas antiguas, se derivasen de la gimnasia, se cruzaba de brazos, y adelantando una pierna sobre otra, descansando en el dedo grueso del pie, con el talón en el aire, parecía en su inmovilidad la estatuita del Reposo en algún Museo.

Mas sólo un instante duraban en Nelo este sosiego y esta tranquilidad. En breve se unía a los ejercicios de los demás acróbatas, y como si trabajase formalmente, venía de continuo a limpiarse las manos en el pañuelo puesto sobre la valla; intentaba tenerse horizontalmente, agarrándose a uno de los travesaños del trapecio de su hermano, rodando casi en seguida en la montañuela de arena del mástil, hundiéndose a medias en ella; dábase a pasear sobre las palmas de las manos, a las series de saltos acostumbrados, a las torsiones en que el cuerpo parece erguirse lenta y difícilmente sobre un espinazo partido. Estos entremeses de la representación, menudas habilidades que no siempre resultaban, ejecutábalas Nelo una y otra vez con petulancia, animación y regocijo, con placer de chiquillo que juega, con risueños ojos humecidos de emoción, con saludos graciosos de sus redondeados bracitos, al sonar de los aplausos, todo lo cual era sumamente divertido; y apenas realizado

el ejercicio, una expresión determinada, resuelta, audaz, casi heroica, se pintaba en su lindo semblante. Aún no bien terminado su trabajo, volvía a todo correr hacia Juan, buscando por premio la juguetona caricia de los dedos del mayor a la cabellera del chico; y a veces Juan, alzándole sobre la palma, cabeza abajo, sostenía el cuerpecillo oscilante y la columna vertebral, blanda aún, vueltos y en equilibrio por espacio de un segundo.

- XII -

Corrían los años, y perennemente recorrían a Francia las hembras y varones de la compañía, entrando sólo en lugares habitados para dar sus representaciones, y volviendo en seguida a acampar bajo el pabellón de los cielos, alrdedor de sus carricoches.

Un día se encontraban en Flandes, al pie de alguna negra colina formada por las escorias y cenizas de la hulla, en algún paisaje de planicie, con dormidos riachuelos, con perspectivas que cortan por doquier altas y humeantes chimeneas de ladrillo. Otro día, en Alsacia, entre los escombros de un castillo vetusto, asaltado y reconquistado por la naturaleza; castillo que ostentaba muros de hiedra y silvestres alelís y flores de las que sólo florecen en las ruinas. Otro se hallaba en Normandía, bajo la gran pomarada, no lejos de un mohoso techo de granja, al borde de un arroyo que canta entre el alto césped de un pradito. Otro en Bretaña, sobre el pedregoso playazo, entre las grises rocas, con el infinito negror del Océano ante los ojos. Otro en Lorena, en la linde de un bosque, sobre un antiguo horno de carbón, oyendo sonar en torno el hacha de los leñadores en las lejanas costas, y sentados a poca distancia de la gruta de donde sale, en la noche de Navidad, la caza grande, dirigida por el montero de jubón de fuego. Otro en Turena, a orillas del Loira, a lo largo de una rampa, contra la cual se escalonaban alegres casitas cercadas de viñedos y jardines con espalderas, donde maduran las frutas más hermosas del mundo. Otro en el Delfinado, metidos entre pinares contra una serrería medio oculta por la espuma del salto de agua y de las claras cascaduelas por donde suben las truchas. Otro en Auvernia, sobre abismos y precipicios, bajo árboles descabezados por el huracán, entre el mugir de los aquilones y el graznido de los buitres. Otro en Provenza, en el

ángulo de un muro resquebrajado por el brote de enorme adelfa y surcado por los correteos de los lagartos, teniendo encima la sombra estrellada de una parra inmensa, y en el horizonte una rojiza montaña, donde se alzaba una quinta de mármol.

Ya se encontrabala compañía acostada en un camino hondo de Berry; ya detenida bajo un crucero en Anjou; ya cogiendo castañas en un soto del Limousin; ya cazando serpezuelas, comestibles en un páramo de Gascuña; ya empujando los carricoches por un sendero montuoso del Franco-Condado; ya faldeando un gave de los Pirineos; ya caminando, en tiempo de vendimias, entre los blancos bueyes, coronados de pámpanos de Languedoc.

Con este sempiterno viajar en todas las estaciones, a través de tanta comarca diferente, érales dado a los titiriteros ver siempre ante sí libertad y espacio, vivir siempre bajo la pura lumbre del sol, respirar siempre aire libre, aire que acaba de besar los henos y los brezos; y a sus ojos embriagarse mañana y tarde en el espectáculo nuevo de auroras y crepúsculos; y a sus oídos penetrarse del rumor confuso de la tierra, de las suspironas armonías de las bóvedas de las selvas, de las aflautadas modulaciones de la brisa en el ondulante cañaveral; y a su ser fundirse con acre goce en la tormenta, el huracán, la tempestad, las cóleras y combates de la atmósfera; y podían comer en los matorrales, y apagar la sed en los manantiales frescos, y reposar en las altas hierbas, mientras cantaban sobre su cabeza los pájaros; y hundir el rostro en la florescencia y el balsámico aroma de las plantas silvestres, escaldadas por el fuego de medio día; y solazarse en prender un momento, en la cerrada mano, al libre animal de la llanura o de la selva; y estarse, según frase de Chateaubriand, boquiabiertos ante las azuladas lejanías; y divertirse en ver, al sol estival, las liebres de pie en los surcos; y conversar con la tristeza de un bosque en otoño, hollando, al cruzarlo, las secas hojas; y procurarse el muelle entorpecimiento de soñar a solas, la sorda y latente embriaguez del hombre primitivo, en perenne y amoroso comercio con la naturaleza; y en fin, satisfacer por todos los sentidos y poros de su organismo, digámoslo así, lo que Liszt llama el sentimiento bohemio.

- XIII -

Había días en que Estefanilla, aunque su hijo era crecido ya, lo tomaba de improviso en brazos, estrechándole contra su pecho, y a modo de fiera que arrebata su cachorro, corría hacia la soledad, se hundía entre la maleza de un bosque, y al verse ya cercada por completo de una valla de ramaje y tupidas hojas que se cerraban, soltábalo en la hierba, anhelosa y sin aliento. Entonces, lejos del mundo, a favor del natural escondrijo, jadeando todavía, arrodillábase al lado del tendido Nelo, con ambas manos puestas en tierra y el cuerpo amorosamente recogido, como en postura maternal de bestia acurrucada; y quieta así, envolvía a su hijo en una extraña mirada que turbaba a la criatura, deseosa de comprenderla e incapaz de lograrlo. Después se exhalaba de la boca de la madre, inclinada sobre la frente de su niño pequeño, una especie de lenta y murmuradora letanía:

¡Pobre adoradito!

¡Pobre queridito!

¡Pobre corazoncito!

Entre la calma y el silencio susurrante, resonaban mucho tiempo los dulces apelativos, formando como triste melopea en que lloraba un destrozado corazón. Y... vuelta a la palabra pobre, el vocablo que las madres y las enamoradas, en la mísera Bohemia -siempre temblando ante el porvenir de las criaturas que adoran- unen constantemente a la caricia del diminutivo.

- XIV -

Mucho, mucho tiempo hacía que la madre, la joven madre de Nelo iba desmejorándose. ¿Qué mal padecía? ¡Se ignoraba! Quizás fuese su dolencia la de la planta trasplantada a un territorio y bajo un cielo que la condena a no envejecer. Por otra parte, la hija de Bohemia sólo se quejaba de frío, un frío en los huesos del que no podía librarse, y que hasta en verano, y bajo todos los mantones en que se envolvía, le causaba rápidos estremecimientos nerviosos.

Vanamente la Aporreada le preparaba zumos de hierbas recogidas al borde de los caminos, asegurando que habían de calentarla; vanamente, en cada punto donde trabajaba la compañía, intentaba su marido llevarla a casa del médico: todo lo rehusaba con sorda cólera y enojo, y seguía tomando parte en las generales tareas, más pálida y con los ojos más grandes.

Llegó, sin embargo, ocasión en que le faltaron fuerzas para sentarse a su mesilla del tablado y acabar de hacer la cobranza. Otro día ya no se movió de la cama, afirmando que se levantaría al siguiente. Y ni el siguiente ni los sucesivos volvió a levantarse nunca. Quiso entonces el marido pararse en un mesón, cuidar a la enferma; pero ésta se opuso diciendo que no con la cabeza, imperiosamente, mientras con la uña del pulgar trazaba sobre el testero del carricoche, frente al sitio en que su cabeza descansaba en la almohada, un vasto cuadrado: el diseño de una claraboya.

Desde aquel momento los ojos de la enferma, que viajaba tendida en su lecho, se distrajeron contemplando los países que atravesaba el carruaje.

Taciturna, muda, ni una palabra dirigía al pobre viejo de su marido: él se pasaba el día entero al pie de la cama, sentado sobre una maleta antigua -que fuera de un prelado romano, y donde solía guardar sus pantomimas italianas-; triste con tristeza análoga al idiotismo. Ni hablaba más la enferma con otras personas, que hasta no conseguían hacerle apartar la vista del ventanillo. Sólo la presencia del hijo menor, durante los contados minutos en que lograban reducir al niño bullicioso y egoísta a sentarse quietecito en un taburete, arrancaba a Estefanía de su contemplación eterna. Mientras él estaba presente, la madre, sin tenderle los labios ni las manos, fijaba en el niño una mirada encendida, devoradora.

Discurrían cuanto pudiera ser grato a la enferma. Le lavaban casi de dos en dos días los visillos de las ventanas, para que los tuviese saltando de limpios; cogíanle por bosques y prados las agrestes flores predilectas, y se las ponían a la cabecera en un jarrón; la compañía, a escote, le había regalado un hermoso edredón cubierto de seda roja, de blando abrigo, y ésta fue la única cosa por la cual dio gracias, con asomos de selvática satisfacción en el marmóreo semblante.

Y seguía el vehículo corriendo tierras, con la mujer más débil cada día, siendo preciso subirle y acercarle al vidrio la cabeza, que se le desplomaba al fondo de los almohadones.

Tan mal se encontró una tarde, que el viejo Bescapé hizo desenganchar; y la compañía acampaba ya al raso, cuando la viajera, sintiendo que cesaba de trasladarse su inmóvil cuerpo, pronunciaba una palabra en su idioma natal, la lengua bohemia, diciendo por medio de un monosílabo, sibilante como un latigazo: -¡Adelante!- Y repetía la palabra a cada minuto, hasta que volvieron a enganchar.

Por espacio de varios días, que no fueron pocos, la mirada a un tiempo vaga y fija de la gitana, tenazmente vuelta hacia el testero del coche, se adhirió, salvando la abertura del ventanillo, a la naturaleza fugitiva que se quedaba atrás, perdiéndose en lontananza, confundiéndose y desapareciendo, como a saltos, en los baches de los malos campos.

Los ojos ya velados de la moribunda no acertaban a desviarse de las llanuras infinitas, los profundos bosques, las asoleadas laderas, el verde de los árboles y la corriente azul de los ríos; no, no podían sus ojos apartarse de la pura lumbre que manda a la tierra el firmamento; luz que resplandece al aire libre..., pues era la gitana mujer que en cierta ocasión, llamada a declarar ante la justicia, volvió las espaldas al Cristo, y adelantándose hacia la claridad de una abierta ventana que en el tribunal había, dijo: -Entre el cielo y la tierra prometo descubrir mi corazón y declarar verdad-. Y esta luz del cielo y de la tierra la reclamaba en su agonía, hasta la última hora de su existir.

Una mañana, en Brie, cerca de una iglesucha cuyas naves laterales estaban en reconstrucción, detúvose la Caravana. Tenía el carruaje frente a sí, a manera de telón de fondo, el papel dorado del coro antiguo que aún permanecía en pie y brillaba al sol naciente; y encima de las cabezas de los albañiles, tostadas y salpicadas de yeso, y sobre residuos de viejos ataúdes, saltaba por los andamios, bañado en la matutina atmósfera, un cura larguirucho, con sombrero redondo rodeado de gasa, interminable y negra sotana, raída en los bolsillos, cara sucia, barba de ocho días de fecha, nariz puntiaguda y claros ojos perspicaces.

Fue, sí, aquella mañana cuando, al arrancar otra vez el coche, la mirada de Estefanía se apartó repentinamente del ventanillo, y se clavó largo rato, mitad hosca, mitad conmovida, en la faz infantil de su hijo pequeño. Y sin añadir palabra, beso ni caricia, asió la manita de Nelo, púsola en la del mayor, y sus dedos, ya fríos, estrecharon las de ambos hermanos con presión que no pudo aflojar la muerte.

- XV -

La confianza, la adhesión, la fe que suelen inspirar a los niños sus hermanas o hermanos mayores; la entrega del corazón por medio de una admiración ingenua hacia un ser de su misma sangre, que es ya para ellos la criatura ideal y típica, a cuya imagen y semejanza procuran, amorosa y ocultamente, formarse y amoldarse; tal era el modo de sentir de Nelo respecto a Juan; pero con mayor dosis aún de pasión, entusiasmo y fanatismo que los demás hermanos pequeños que andan por el mundo. Sólo daba por bien hecho lo que el mayor hiciese, y por creíble y verdadero lo que dijera; y cuando hablaba el grande, escuchábale el chiquitín señalando en el sobrecejo las dos protuberancias que marcan en las frentes juveniles la atención y el trabajo reflexivo. «Lo dice Juan», era su estribillo; y al pronunciarlo, imaginábase que la palabra del mayor también equivalía, para los demás, a palabra de Evangelio. Verdaderamente, la fe de Nelo en Juan era absoluta. Cierto día que un muchacho titiritero de un barracón próximo, más crecido y fuerte que Nelo, logró vencerle, díjole Juan: «Mira: mañana coges esta bala de plomo, la guardas en la mano, te vas derecho a éste, le pegas así un puñetazo en mitad de la cara, y ha de caer». Al día siguiente, Nelo metía la bala en el hueco de la mano, descargaba la puñada y daba con su perseguidor en tierra. Lo mismo que al chicuelo le hubiera soltado la puñada a Rabastens, el Hércules, si su hermano se lo indica. En toda ocasión procedía lo mismo. Sucedió que una vez Juan, estando de humor de chanza, cosa rara en él, se entretuvo en acusar a Nelo de haber desherrado a Larifleta; y aunque casi enteramente seguro de que los perros no andan herrados, el pequeño, al ver la seriedad del mayor, tras de sincerarse mucho tiempo, fue a examinar las patas de la perra, buscando las señales de

los clavos. Y como se riesen de su credulidad, Nelo, sin interrumpir el examen, repetía tenazmente: «Juan lo dice».

¡Ay del que le tocase a su Juanillo! Cierto día volvió Nelo a casa hecho un mar de lágrimas, y acertando el hermano a preguntarle la causa de tanta pena, respondió sollozando que había oído hablar mal de él; e insistiendo Juan para que repitiese las picardías, al atravesar su boquita los epítetos injuriosos para su hermano, apoderábanse del niño convulsiones de cólera.

Al volver de fuera, las primeras palabras de Nelo eran infaliblemente: ¿Está Juan? Parecía como si el hermanillo no pudíese vivir lejos del mayor. En el anfiteatro, siempre andaba enredado en las piernas de Juan, entrometiéndose en cuanto trabajaba, y a cada instante Juan tenía que apartarle y rechazarle suavemente con la mano. El resto del tiempo, cuando estaban juntos, Nelo, sin interrupción, clavaba los ojos en Juan, con la mirada larga, preguntona, que demuestra la admiración y simpatía de los niños; sumido en una de esas contemplaciones que momentáneamente calman la turbulencia de los primeros años. Si, no estando Juan presente, veía Nelo algo que le gustaba o sorprendía, el niño, ávido de partirlo todo con su hermano, no podía menos de exclamar, dirigiéndose a la persona que encontraba más cerca: «Estoy deseando contárselo a Juan».

Tanto imperaba el mayor en el pensamiento del menor, que éste, aún en sueños, nada hacía enteramente solo; en perpetua relación con su hermano, asociábalo a sus actos, todos dobles.

A la muerte de Estefanía, fundióse más íntimamente, día y noche, la vida gemela de ambos hermanos; y uno de los placeres nuevos y grandes de Nelo vino a ser, ahora que Juan dormía en la Caravana, irse por la mañana a su cama y disfrutar a su lado, entre las tiernas alegrías del despertar, el momentito que suelen acostarse al calor de las mamás los muchachos ya crecidos.

A mediodía y por la noche, cuando la compañía se paraba, Juan enseñaba a leer a Nelo en los librejos de pantomimas de su padre; a veces le metía en la mano el violín, y el niño, espoleado por la sangre bohemia que en sus venas corría, se lanzaba a rascar las

cuerdas, a fuer de aficionado, que tuvo por academia o conservatorio los páramos y las explanadas de los bosques.

- XVI -

Tomás Bescapé, que desde el fallecimiento de Estefanía había caído en singular chochera -sentadito sobre el cofre de las pantomimas, cabe el lecho donde en vida durmió su mujer-, una mañana negose tercamente a levantarse, y desde entonces pasó su existencia en el tálamo conyugal, dichoso tal vez al respirar entre las huellas que un cuerpo amado deja en unas mantas, y la porción de vida, de pasado sutil, que allí renace al húmedo calor de otra vida. No tenía más distracción el pobre viejo alelado sino contemplar su caprichoso traje de húsar, extendido sobre las sábanas, y pedir todos los días que le pusiesen unos galones de plata nuevecitos.

- XVII -

El estado de su padre obligó a Juan a asumir la dirección de la compañía. Sólo que un director tan joven carecía de autoridad sobre hombres que seguían considerándole como a chiquillo. Mientras vivía la madre y la cabeza del padre regía bien, entre los dos lograban manejar a tan díscola gente, aplacando y trocando en concordia las envidias, antipatías y odios de sus naturalezas hostiles. La mujer, con su tipo exótico, sus pocas palabras, la tranquilidad imperiosa de su voz grave, y su mirada profunda, ejercía una especie de misterioso dominio, y cuando mandaba una cosa, nadie se atrevía a replicar. Si no bastaba Estefanía, intervenía su marido con diplomacia de italiano viejo. Merced al íntimo conocimiento que tenía de su gente, a la maña con que lisonjeaba y fomentaba la sorda inquina de su interlocutor, diciéndole a cada instante mio caro, y entreverando la charla con remotas promesas, pintando muy próximos encantadores horizontes, y añadiendo algunas payasadas de su repertorio, el tío Bescapé lograba cuanto quería, entretenía a los más exigentes, calmaba a todo el mundo. En esto no se parecía Juan a su padre. No sabía prometer; si encontraba resistencia a su voluntad, enojábase, mandaba al diablo a quien

fuese, y renunciaba sin demora a su pretensión. También le faltaba paciencia para arreglos y reconciliaciones, y no se tomaba el trabajo de intervenir entre el payaso y el Hércules, dejando así que los rencores se emponzoñasen, trocándose en declarada guerra. Le aburrían ciertas menudencias del oficio, y no terciaba, como su padre, en anuncios y pregones, careciendo del admirable don de lenguas de Bescapé el viejo, aquel don que le permitía, en los rincones de trasconejadas provincias, echar su pregón en el dialecto local: habilidad que le valiera muy buenas entradas en el Mediodía, con gran desesperación de sus colegas franceses, que nada tienen de políglotas.

Tampoco valía Juan para administrador, y la Aporreada, a quien encomendaba la dirección material de la compañía, carecía del orden e ingenio de su madre.

Por último, aunque era Juan buen camarada, y servicial para todo el universo, la gente entre que vivía no le profesaba adhesión, y andaba descontenta, figurándose que Juan tenía entre ceja y ceja algo, algún proyecto oculto; y al presentir que el joven director no había de eternizarse en su puesto, entrábanle mal disimulados impulsos de abandonarle.

- XVIII -

Las manos de Juan -hasta cuando descansaba- se agitaban sin cesar, tanteaban, recorrian el espacio. Involuntariamente, casi sin darse cuenta de ello, agarraban cuantos objetos tenían a su alcance, y los colocaban patas arriba, esquinados, de canto, sobre algún punto de su superficie en que razonablemente no podían sustentarse, esforzándose sin fruto en que permaneciesen así, derechos, un abrir y cerrar de ojos: y siempre aquellas dichosas manos trabajando maquinalmente en subvertir la ley de gravedad, en oponerse a las condiciones de equilibrio, en dar tormento a los cachivaches para que perdiesen la inveterada costumbre de descansar sobre la base o los pies.

Solía pasarse las horas muertas volviendo y revolviendo en todas direcciones un mueble, una mesa, una silla, con tan porfiada y curiosa interrogación, que su hermano, al fin, le preguntaba:

-Di, Juanillo, ¿qué le quieres tú a ese mueble?

-Estoy buscando.

-¿Buscando qué?

-¡Ah! Velay. -Y Juan añadía: -¡Vaya al diablo, que no he de dar con ello!

-Pero, ¿con qué? ¿Me lo dices? Anda. ¿Me lo dices? -repetía Nelo, con la plañidera prolongación final de los niños curiosos.

-Cuando seas mayorcito... No puedes entender por ahora... Si también para ti busco yo, hermanucho!

Un día, al hablar así, brincó Juan sobre una mesilla cuadrada, que acababa de colocar en su posición natural, y gritó a su hermano:

-Atención, hermanuchillo... ¿Ves un hacha en aquel rincón? Cógela... Así... Bueno... Pues a pegar con toda tu fuerza en esta pata... o en la de la derecha. -Y rompíase la pata, y Juan quedaba de pie sobre la mesa paticoja. -Ahora la otra, la de la izquierda. -Cortada la pata segunda, seguía Juan sosteniéndose, mediante un milagro de equilibrio, en la mesa faltosa de las dos patas de delante. -¡Ah, ah, ah, ah! -exclamaba Juan con la entonación propia de los titiriteros: -¡Ahora es ella! ¡Hermanucho, fastídiame la pata número tres!

-¿La número tres? -repetía Nelo un tanto dudoso.

-Que sí, que la tres, pero despacito..., sin sacudir fuerte hasta el último golpe... Con ése me la mandas a los infiernos. -Diciendo así, mientras se desprendia la tercer pata, Juan se acogía a la esquina de la mesa, encima del único pie firme ya.

Caía el tercer palo, y Nelo veía sostenida horizontalmente, en una pata sola, la mesilla, mordida por las puntas de los dedos gordos de su hermano, cuyo cuerpo iba y venía, tanto hacia afuera como hacia

dentro de la mesa, dibujando en el vacío el asa torneada de un jarrón.

-Sáltame acá, aprisita -gritaba Juan a Nelo. Mas ya mesa y equilibrista rodaban a tierra.

A veces, ante cualquier objeto, era tan grande la inmovilidad del hermano mayor, encogido, acurrucado, hincada una rodilla en el suelo y apoyadas en la otra ambas manos unidas; era tan grande, decíamos, su inmovilidad, que el pequeño, penetrado de respeto hacia su grave contemplación, acercábase a él sin atreverse a hablarle, no indicando su presencia sino con un roce de su cuerpo, análogo al cariñoso refregón de doméstico animal. Juan, sin volverse, le posaba la mano suavemente en la cabeza, y alzándolo con blandura del suelo, lo sentaba a su lado, sin interrumpir la meditación, apoyando la palma en la cabellera del niño; hasta que, echándose hacia atrás con su hermano en brazos, exclamaba

-¡No, no puede ser!

Y revolcándose entonces por la hierba agarrado a Nelo, como un perrazo a un gozquecillo, Juan, en involuntaria efusión, decía muy alto, hablando con el niño, sin pretender que le comprendiera:

-¡Ay, hermanillo! Inventar..., pero uno mismo, en persona..., una habilidad nueva, nuevecita, propia, nuestra... Plantificarla en París en los anuncios, con el nombre de los hermanos...

De repente, interrumpiéndose, como si quisiera hacer perder a Nelo el recuerdo de lo dicho, le agarraba, le hacía girar en una serie de furiosos brincos, y en medio del remolino interminable, sentía el niño sobre su cuerpo el contacto de manos fraternales y paternales a la vez.

- XIX -

Proseguía el interesante viaje de la Caravana a través de Francia, bajo la dirección del hijo, pero sin el buen resultado y el fruto que bajo la del viejo italiano. Reducidas las funciones a las pesas del Hércules, al baile en el alambre de la Aporreada, al trapecio y

equilibrios de Juan, a los saltos de Nelillo, ya les faltaba el atractivo de las divertidas pantomimas que coronaban la representación y solazaban al público de los lugares donde no hay teatro, sustituyendo a los cómicos. Por otro lado, la gente de la compañía, al hacerse vieja, había perdido la animación, el fuego sacro del oficio. El payaso escatimaba sus chistes; el Hércules, comiendo menos, se manifestaba más tardo y perezoso que nunca; el sacabuche, atacado de un asma que lo dividía, no soplaba ya en el instrumento sino por amor de Dios; y la farsa languidecía, y el bombo dormitaba, y el metal del barracón despedía acatarrados cuacs. Sólo la Aporreada seguía consagrándose en absoluto al oficio, desplegando malhumorada abnegación y una especie de rabia contra la perra suerte de los dos hermanos.

Pasaban años, moría el viejo Tomás Bescapé, y el negocio rayaba en menos que mediano, y el manejo de la gente en imposible.. Cipriano Muguet, el asmático trombón, se había vuelto un consumado borrachín desde el fallecimiento de Larifleta. El payaso, a cada instante más avieso con sus camaradas, daba mil disgustos a Juan, devastando mimbrales, cortando perales y espineras al borde de los caminos que recorría la caravana. (Entretenía sus ocios el payaso tejiendo cestos y esculpiendo bastones y pipas: obras artísticas, donde asomaban como reminiscencias de mañas aprendidas en presidio, y que Agapito vendía en los entreactos de los ejercicios, guardándose el dinero.) Fresca estaba aún la desagradable aventura de Juan con el dueño de la Abedulera, hidalgo aficionado a gimnasia y ejercicios corporales, que tres días había otorgado a los saltimbanquis hospitalidad en su castillo. ¿Qué cara pondría al notar, después de su marcha, cómo el payaso le había descortezado sus abedules más hermosos para hacer tabaqueras? A la lucha que sostenía la natural honradez del joven director con su repugnancia a despedir a un viejo camarada, que le había conocido en pañales, y a los sinsabores de todas clases que diariamente le causaba la titiritería, se unió un caso muy perjudicial al prestigio del anfiteatro Bescapé y a los ingresos de la caja. Una de las ganancias más seguras de los saltimbanquis, sobre todo últimamente, se debía al Alcides. Cuando el atleta de barracón llegaba a un pueblo o aldea, solían entrarle al jayán de la localidad ganas de medirse con él, y cruzarse apuestas entre el circo y el jayán, a quién sería derribado. Era generalmente un molinero el jayán, y la apuesta importaba cien,

doscientas o trescientas pesetas, poniendo el dinero del adversario del Hércules ya el adversario mismo, ya sus compatriotas, a escote, interesada su vanidad local en la victoria. Y siempre ganaba el Hércules, no por ser más fuerte que cuantos con él lucharan, sino por estar avezado a la lucha y conocer todo recurso y secreto del oficio. Sucedió, pues, que un día el invencible Rabastens fue derribado de espaldas por un molinero del Bresa, hombre, según el parecer general, de menos resistencia que el Alcides. En medio del asombro de la compañía, su humillación indignada, su turbación extrema, alzose la voz canallesca y burlona del payaso soltándole al Hércules, que se levantaba aturdido: «Que si no le gustase tanto una cochina hembra, que si la noche antes de la lucha... » Inmenso bofetón no permitió al payaso concluir, tumbándole.

Y tenía razón el payaso. Enamorado hasta entonces de la comida no más, el Hércules se había prendado a deshora de una Deyanira que llevaba consigo y a quien consagraba buena parte de sus fuerzas. Lo triste de la aventura para la compañía y para él fue que la derrota le suprimió toda conciencia de su pujanza; que luchó dos o tres veces más, dejándose vencer, y que desde entonces, desesperado, hundido en la melancólica certeza de que un sortilegio le robara el muscular vigor, no fue posible reducirle a habérselas ni aún con un mequetrefe de soldadillo.

- XX -

Siendo Nelo muy pequeñito, lo asociaba Juan a algunas habilidades suyas con objeto de entretener al niño, animarle y desarrollarle el gusto y la emulación del oficio. Andando el tiempo, notó en su hermano menor tan ardiente deseo de tomar parte en cuanto él ejecutaba, que poco a poco fue metiéndole en casi todos sus ejercicios, y ya últimamente, desde que Nelo era un joven, el mayor perdiera por completo la costumbre de trabajar solo, y se encontraría fuera de su centro si no enlazase fraternalmente sus trabajos y los de Nelillo. Cuando Juan realizaba habilidades de volteo, montaba a Nelo en sus hombros, y esta superposición de los dos volteadores, que no formaban más que uno, producía en el voltear de las bolas inesperados y extraños juegos, dobles, contrapuestos y alternados. Nelo en el trapecio repetía cuanto

hiciese Juan, girando en la órbita del mayor, ya confundido con su velocidad, ya ligado desde lejos a la lentitud de su moribunda flotación. En los ejercicios nuevos que el mayor había estudiado para exhibir y poner en escena al gimnastilla, Juan, tendido de espaldas, hacía girar a Nelo, cogiéndolo, despidiéndolo y volviéndolo a recibir con los pies, pies que a la sazón parecían dotados de la facultad prehensil, del tacto digital de manos verdaderas. Y multiplicaban las habilidades, comunes y distribuidas entre ambos, enlazando sus fuerzas, su soltura y agilidad; habilidades en que un solo segundo de desavenencia en sus cuerpos o de mala inteligencia de su contacto, podía ocasionar a uno de ellos, y quizás a entrambos, contratiempo gravísimo. Pero estaban los dos hermanos en tan buena inteligencia física, que la armonía y relación de la voluntad con los flexores, extensores y sus aponeurosis para la producción de un movimiento en un cuerpo, semejaba única y sola para los de entrambos.

De esta recóndita y secreta comunicación entre los miembros de los dos gimnastas cuando ejecutaban una habilidad difícil; de este contacto de caricias filiales y paternales; de estas interrogaciones de músculo a músculo; de estas respuestas de un nervio que dice a otro nervio: «¡Go! ¡Anda!»; de esta inquietud y solicitud perpetua de ambas sensitividades; de este abandono reiterado y mutuo de la vida; de esta fusión incesante de dos carnes que afrontan y vencen un mismo peligro, se originaba una confianza moral que fortalecía los lazos formados por el instinto entre Juan y Nelo, desarrollando más y más la natural propensión que a quererse tenían los dos hermanos.

- XXI -

Daba el anfiteatro Bescapé con poca fortuna, algunas representaciones en Chalons del Marne, y una tarde, cuando Juan terminaba sus ejercicios, oyó que un espectador le llamaba.

Conociole: un colega con quien solía sucederle tropezar varias veces en el año, durante la vuelta por Francia que realizaban los dos. Era el tal un hombre chico, rechoncho, nudoso como un árbol; tenía por apodo el Recosido y había empezado a ejercer de saltimbanqui sin

barracón ni música, haciendo subir a diez personas, en mitad de la plaza pública, a una carreta que él erguía con las espaldas. Cuando logró éxito, sustituyó a la carreta un breack de lance, encerrado en un circuito de tapices viejos y pasados que recogía en los toneles de los curtidores. Por último, había sucedido al breack un carro antiguo, dorado, con el cual levantaba hoy en peso a la gente. Y susurrábase que el afortunado hombrecillo, casado ya con una prestidigitadora, ganaba buen dinero entre su carro y las vueltas de naipes de su mujer, y se daba la gran vida en las posadas, comiéndose las aves y bebiendo los vinos embotellados y lacrados.

Empezó el Recosido a contar a Juan que, por haber llegado tarde y estar ya muy adelantado el día, no le fuera posible establecer su barracón; quejose de la escasez de espectadores que a la función asistían; deploró el cochino tiempo que hiciera todo el verano; doliose de que la profesión, a estas alturas, se encontraba miserable; y, a favor de sus lamentaciones, encajó este inciso:

-A propósito, muchacho... Por ahí se corre que quieres deshacerte de tu tinaja... -Y como Juan no respondiese afirmando ni negando, añadió: -Corriente, mañana te vienes, ¿eh? Te espero en el Sombrero colorado... ¡Puede que se chalanee alguna cosilla!

- XXII -

Encontró Juan al Recosido sentado a la mesa, en la posada del Sombrero colorado. A derecha e izquierda tenía sendos pares de botellas vacías, y ya asaltaba la número cinco. En su ancha faz (que ostentaba rosetas purpúreas cerca de las orejas, y cejas que parecían pedazos de piel de conejo blanco, y más picaduras de viruelas que agujeros una criba) lucían, fundidas por el comienzo de la insolación, la jovialidad del gracioso de baja estofa y la sagacidad de la mirada del labriego normando.

-¡Hola!... ¡Gracias a Dios! Siéntate, hombre, toma un vasito... ¿Conque el tío Bescapé está abonando las coles? Pues mira tú que le tenía yo ley al dianche del viejo... Que sí, que de buena gana asistiría a su ceremonial... ¡Cuidadito si cazaba largo, hombre! ¡Y qué bien..., qué bien que sabía el juego del engañabobos! Chiquillo, atiende que

te lo digo yo, yo mesmo, el Recosido: tenías tú un papa... de mistó. Y que se ha cerrado la fábrica... Que ya no se costruyen más por el estilo, ea... Bebe, cochino... ¿Y cuánto pides por todo tu mamotreto?

-Recosido, tres mil pesetas.

-¿Tres mil pesetas... no pintadas? ¿Pesetas de verdad? ¿Tienes gana de guasita? ¿Si pensarás que soy millonario? ¡Como en igual de la carreta me eché un carricoche dorado y todo!... Ea, mejor enterado estás tú que yo; los tiempos son fatales... No hay sino aguantarse y tomar las cosas como vienen... y coger la dinera según la dan... Lo que es yo, no he de rabiar por si tengo o no tengo... A vivir, chico, y a conformarse... Mira tú, hasta mil doscientas pesetas pensaba correrme; y creí que me darías las gracias de rodillas, ¿sabes? Bebe, cochino.

-No, Recosido: tres mil pesetas; tomarlo o dejarlo.

-Rediós, ¿qué estás diciendo, hombre?

-Usted sabe demasiado, Recosido, que son dos caballos, dos carruajes, la tienda de campaña y lo demás.

-¡Están bonitos los caballos! Uno se ha vuelto pergamino; otro suda por la cola... La Caravana suena a hierro viejo, como el malecón de la Herrería... Hoy en día la casa... equis... fabrica de esos coches nuevecitos, ¿estás?, y con pintura de mujeres en cueros, hechas por los mejores pintores de París..., y salen a mil quinientas pesetas! ¡Si piensas que vale algo tu cajón de pícaros!... ¿Pues y la tienda, la tienda construida a todo lujo? Hablando en cristiano, chico, te diré que no sé cómo le queda todavía tela alreor de los agujeros... ¡Bebe, marrano!

-Oiga usted, Recosido; si a usted no le conviene el negocio, me entenderé con la Cabra montés.

-¡La Cabra montés! ¿Esa que maridó con un platizambo que le dicen el Zurdero? ¿Esa condenada trapalona que anduvo enseñando por ahí la mujer con cabeza de cerdo... y era una osa que le afeitaban la superficie enterita todas las mañanas? ¿Conque andas en tratos con la Cabra montés? Pues chiquillo, abre el ojo... Está empapeladita, ¿te

enteras? ¡Inocente! Papel sellado y alguaciles a todas horas... ¡Bebe, marrano!

-Si eso es verdad, Recosido, me atendré al tío Pizarro.

Diciendo esto, levantóse Juan.

-El tío Pizarro... ¿Ese que..., que cometió un gatuperio? ¡Cáspita! No salgas conque aquí se despelleja a los compañeros: es que a mí me conoce todo Dios, y saben tos y cada uno que no hay ni tanto así que echarme en cara. Demasiado te consta a ti... ¡Bueno eres tú para que pase ni una rata sin que te enteres!... Cabalmente eres mozo que oye crecer las hierbas. Atiende, chico, he visto trabajar al chaval... ¡Demonio de lagartija, cómo adelanta! El cuerpo aquel suyo es hecho de mimbre..., no parece sino que tiene un fandango en cada pierna... Ese mocoso hará carrera sobre las palmas de las manos... ¡Bebe, cochino!

-Gracias, no tengo sed. Conque, por último: ¿no le acomoda a usted el asunto en las tres mil?

-Hombre, contigo no valen tretas... Ni por bien ni por mal te dejas coger... Ea, concluyamos de una vez, caramba... Te doy dos mil.

-No, Recosido. Bien seguro está usted de que lo que le vendo vale más de tres mil... Oiga usted: se lo dejaré en dos mil quinientas pesetas, a condición de que me pagará usted al contado, y me contratará a mi gente.

-¿Que te la contrate? ¡Hombre, eso es tanto como pedirle a uno que se refriegue el trasero contra una ortiga! ¿Qué hago yo, bendito Dios, de esos guiñapos? El sacabuche se ha quedado sin fuelle..., el Hércules dudo que sirva para mozo de cordel..., el mico de las muecas, el depositario de sal y pimienta, Cochegru, no entretiene ya ni a los perros..., la funámbula está más traída y llevada que un par de tenazas viejas..., y la muy pellejona anda tan maltrecha, que dan ganas de apodarla doña Pereza de enterrarse.

-¡Vaya, Recosido, que ya sé yo que usted la quiso robar!

-¡Ah, hi-de-tal, que con esas tracitas de no romper un plato tiene aún más trastienda que su padre! ¡No, y no haya miedo que se arruine

por gastar conversación! ¡Nada, chaval, está visto que sabes más que yo!... ¡Ea, salgan a luz los monises!

Y el Recosido so desciñó un cinto como los que usan los tratantes en ganado.

-¡Toma, aquí están tus dos mil doscientas!

-Dos mil quinientas dijimos, Recosido, y además contratarme a mi gente.

-Bueno; hay que decir amén a cuanto, se le antoja a este Bescapé de los diablos.

-Ya me pagará usted, Recosido, cuando se verifique la entrega...; y venga usted pronto a hacerse cargo de todo, porque me voy.

-¿Tan de prisa? Pocas bromas; no se te ocurra organizar compañía nueva.

-No; esta vida se ha concluido ya.

-¿Mudas de oficio? ¿Vas a hacer un viaje a Jauja?

-Ya lo sabrá usted andando el tiempo.

-Trato hecho, ¿verdad, tú? Pues adelántate..., yo te cojo en seguida..., necesito que se me cuele por el gaznate esta señora número seis para completar mi calado.

- XXIII -

Juan, al regresar, encontró de centinela a la puerta del barracón a la Aporreada. Desde días atrás notaba en ella conatos de hablarle, y que al ir a verificarlo se le quedaban las palabras cuajadas en la boca.

Al fin ha vuelto usted, señorito Juan... Hoy ha estado usted fuera mucho rato... Detúvose, y añadió confusa y turbada:

-Ea, salga ya de una vez... He oído que ahora gustan las mujeres salvajes..., que se gana dinero con eso... Al averiguarlo, me enteré de cómo se zampa uno la quisicosa..., y ande usted, que no es ninguna hazaña el comerse las gallinas crudas... No soy soberbia, y por usted me las comeré, vaya si me las comeré...; y también cigarros.

Mirola Juan. Ruborizose la Aporreada, y por la obscuridad de su curtida tez cruzó el secreto de un tierno sentimiento inspirado por el joven director y sepultado en el fondo del alma. La pobre chica, buscando con amorosa devoción el modo de hacer navegar viento en popa la empresa de los Bescapés, acallaba su orgullo de primer bailarina en la cuerda floja y se prestaba con abnegación sublime a bajar el último escalón del oficio, tragando gallinas crudas.

-Gracias, pobrecilla Aporreada mía -dijo Juan, dándola un beso, y con los ojos humedecidos:- ¡tú sí que quieres a los dos hermanos, mujer! Sólo que ahora... ya los artilugios están vendidos; mira, ahí viene justamente el Recosido a tomar posesión... No es sino mudar de director, ¿sabes? Pero si cualquier día necesitas unas pesetillas y disponen de algún amarillo los Bescapés, acuérdate de que hay correo... Ea, no afligirse... Mete mis trebejos y los de mi hermano en el cofre de madera, y prontito, que nos largamos hoy mismo, de seguida... Con esto, me voy a entregar las llaves de la tienda al Recosido.

Al cabo de una hora volvió Juan, cargó en hombros el cofre y dijo a Nelo, asombrado de tan repentina marcha:

-¡Eh, tú, hermanillo! Agarra la caja del violín, y andandito al tren de París.

Después de repartir apretones de manos a los antiguos compañeros, ambos se alejaron, y a la vez, por movimiento simultáneo, se volvieron a los veinte pasos hacia la Caravana, como huérfanos que acaban de vender la casa paterna, y antes de dejarla para siempre pronuncian con los ojos largo adiós a los muros en que ellos tuvieron cuna y otros oyeron sonar su última hora.

- XXIV -

En el vagón, decía el hermano mayor al menor:

-Hermanillo, ¿verdad que ya no te resultaba entretenido eso de siempre recorrer las provincias y descornarse en las ferias?

-Yo -contestó el pequeño con sencillez-, si tú te quedases, bien, me quedaba...; te vas, pues te acompaño...; si te largases a las Indias, a las Indias iría...; y como soy, que aunque pensase que no estabas en tu juicio, haría dos cuartos de lo mismo.

-Ya lo sé -repuso el mayor-; por eso sobraban explicaciones... Con todo, atiende. Nuestros asuntos no andaban muy que digamos: sin embargo, no por eso me determiné a vender. Es que me bulle en la cabeza un proyecto para los dos...

Y tecleando un instante con mano distraída sobre las banquetas de palo del coche de tercera, añadió Juan:

-Esta noche estamos en París..., mañana intentaré que nos contraten en el Circo..., y allí... ya veremos.

Dicho esto, encerrose Juan en la nube de humo de su pipa, hasta llegar a la capital de Francia; y Nelo, divertido como un niño por la variación, todo hueco al prometerse que haría su estreno en el Circo, rebosando felicidad inquieta, expansiva y locuaz, daba tormento a la soñolencia de ciertos obesos y pletóricos compañeros de viaje, vestidos de blusa, con asomarse siempre a la portezuela, con bajadas y subidas a cada estación.

- XXV -

Desde el andén, los hermanos se dirigieron a un hotelillo en la calle de los Dos Escudos, donde recordaba Juan haber parado algunos días, cuando era chiquito, con su padre. Por una escalera con pasamanos de madera hiciéronle subir al quinto piso, y le introdujeron en un cuartito de techo tan bajo y desigual, que, cuando Juan quiso mudarse la camisa, tuvo que buscar en la habitación, parte donde pudiese levantar los brazos.

Al punto salieron, comieron en el primer bodegón que encontraron, hicieron rumbo a la calle de Montesquieu y feriaron sendos gabanes y pantalones, Asimismo adquirieron botinas de goznes y gorras.

Hecho esto, tomaron un simón, que los llevó al Circo, donde compraron localidades de primera, y con el instinto propio de quien frecuenta barracones de saltimbanquis, situáronse a la entrada, al lado izquierdo. Llegaron cuando aún estaba el gas a media villa, y el gran florón de arena amarilla, dibujado en el centro de la negra palestra, aún no desflorado al roce del tacón del picador; y fue para ellos un estudio muy curioso el del detalle y minuciosa preparación de un espectáculo hípico y acrobático montado tan en grande.

Iba llegando la gente; llenábanse las gradas poco a poco.

En breve, un picador, habiendo reconocido a gentes del oficio en ciertos pormenores que denuncian a los gimnastas, aunque vistan de calle -el equilibrio rítmico de los movimientos, la flotación ondulosa del torso bajo un gabán sin chaleco, el cruce de los brazos uno sobre otro con los codos apoyados en las palmas-, dirigió la palabra a los dos hermanos y les puso al corriente de la hora a que estaría visible el director del Circo.

Comenzaba la función.

Miraba Juan fijamente, sin decir palabra. En cambio, Nelo, a cada ejercicio, lanzaba exclamaciones, pronunciaba frases como la siguiente:

-¡Pues si esto lo hacemos nosotros! ¿Esto lo sabrías hacer tú? ¡Esto lo ejecutamos al cabo de quince días!

Salieron y regresaron a su fonda, costándoles algún trabajo encontrarla; y así que se desnudaron, Juan, para no atender a su hermano, que hablaba desde la cama, alegó cansancio y sepultó la cara en la pared.

- XXVI -

Al despertarse Nelo al otro día, sorprendió a su hermano fumando la pipa, de codos en la abierta ventana del cuartuco, tan absorto, que ni se volvió al ruido que hacía Nelo vistiéndose.

Un tanto picada su curiosidad, Nelo empezó a atisbar, por cima del hombro de su hermano, lo que así podía interesarle en la pared frontera. Era una muralla que comenzaba en color de estiércol y remataba en color de sebo: separábala un patio de unos quince pies, y sobre la totalilad de su superficie, de cinco pisos de alto, asomaba un montón de apéndices y objetos suspendidos en el tenebroso agujero para buscar luz y claridad diurna. Este aparato principiaba más arriba de un almacén, cerrado con formidables barras de hierro, como tienda de barrio de judería, y en una galería de podrido maderamen, donde se veía, entre desportilladas bacinillas, un ramo de flores puesto en una lechera de metal blanco. Sobre el techo mohoso y verdoso de la galería estaba construida con tablas y enverjado vetustos, cogiendo todo el anchor del patio, inmensa jaula de conejos, y entre cielo y tierra se destacaban sobre fondo rojo los blancos y asustados bichos. Más arriba, ventanas de todas hechuras y edades, abiertas como al azar, sujetaban entre las mallas de redes de gruesa cuerda, jardinetes de flores amarillas que vegetaban en cajones de tablón. Y -todavía más alto- pendía del muro un gran cesto de mimbres de los que sirven para calentar ropa de baño; cesto que el propietario había transformado en jaula donde revoloteaba una pega. Finalmente, en la cúspide, al lado de un ventanillo, cerca de una canal, estaba puesto a secar, a caballo de un bramante, un traje de chaconada con lunares color rosa.

Después de tal revista, los ojos de Nelo se convertían atónitos hacia los de su hermano, notando que éste no veía cosa alguna de cuantas miraba.

-¿En qué piensas, Juan?

-¡En marcharnos a Londres!

-¿Y el Circo?

-Calma, muchacho... Todo se andará, y el Circo también... -replicó Juan midiendo a pasos agitados el chiribitil-. Lo que has visto en el Circo no te produjo el mismo efecto que a mí, no señor... Pues se trata de que lo que hacemos nosotros, esos ingleses lo hacen de un modo distinto... y mejor hecho. ¡Diantre de ingleses! ¡Vaya un trabajito precioso para estudiado donde lo inventaron, allí mismo!... Esas gentes reúnen velocidad y fuerza...; se me figura que nosotros nos dislocamos demasiado, derrochamos trabajo para adquirir soltura, y con ese achaque perdemos rapidez en las contracciones musculares... Mira tú que es notable esto: ayer parecía como si de repente me descubriesen los secretos de nuestro oficio, y lo que nos conviene a los dos... ¡Qué simplón! Lo de ayer era lo de papá y lo nuestro reunido, ¿sabes? Sí, enredos en que el gimnasta parece actor a veces... Cuando tú animes ese negocio con tus gracias, hermanillo mío... Porque, al fin y al cabo, alguna vez hemos de salir de cabriolas emperejiladas...

Observando un mohín de tristeza en el rostro de su hermano, añadió:

-Y tú ¿qué dices?

-Que siempre tienes razón, mayorazgo -respondió suspirando Nelo.

Miró Juan a su hermano con tierna y callada emoción, que se reveló en el imperceptible temblor de sus dedos, entretenidos en cargar otra pipa.

- XXVII -

Es Inglaterra el país europeo que ha ideado asociar el ingenio a la materialidad brutal de un ejercicio de fuerza. Allende la Mancha han transformado la gimnasia en pantomima, trocando un juego sandio de nervios y músculos en algo divertido, melancólico, hasta trágico en ocasiones; allí, por medio de la soltura, agilidad y destreza corporal, se dedican a hacer reír, temblar o soñar como en las escenas teatrales. Sí; fue en la Gran Bretaña donde creadores desconocidos -de quienes apenas quedan algunos nombres del siglo XVIII desparramados por las hojas marginales del Circo de Astley-

obtuvieron el hallazgo de un género nuevo de comedia satírica. Equivalía a la renovación de la farsa italiana, en que el payaso, el bobo rústico, el gimnasta actor, encarnaba juntamente a Pierrot y Arlequín redivivos, proyectando entre cielo y tierra la ironía de ambos tipos, la mueca del blanco enharinado, extendida y como paseada sobre toda la musculatura de su burlona academia.

¡Hecho digno de nota! Acontece en la patria de Hamlet que el genio nacional sella esta creación, completamente inglesa, con la estampilla de su carácter de flema y negro tedio, modelando su alegría, si cabe la frase, con el elemento cómico del esplín.

- XXVIII -

El año que llegaron los dos hermanos a Londres, existía en Victoria Street un lugar conocido por las Ruinas. Era un inmenso terreno donde la comisión de Mejoras metropolitanas había mandado demoler tres o cuatro centenares de casas; espacio desierto, salpicado de hundimientos, que perfilaban sobre el cielo lienzos de muralla vieja, en pie todavía, al lado de cimientos de casas nuevas, cuya construcción estaba paralizada; tierra de basurero y escombros, pedazo de abandonada capital, donde sobre un suelo de yeso, conchas de ostras y cascos de botellas, comenzaba a apuntar una hierba miserable: en suma, una especie de Huerto de San Lázaro. Años hacía que las Ruinas eran conventículo y gimnasio al aire libre para todos los acróbatas, gimnastas, trapecistas de volante o fijo, payasos, volteadores, funámbulos, equilibristas sin colocación, la gente, en suma, que nació en el serrín o quiere vivir en él: allí, en una palabra, residía la escuela de donde, andando el tiempo, salieron Franck Berington, Costello, Jemmy Lee, Bill Georges, Joe Wehl, Alhambra Joe. De noche, sobre todo, ofrecían las Ruinas curioso espectáculo. En la oscuridad del derribo, entre los sombríos lienzos de murallas, de siluetas un tanto temerosas, a través del vuelo giratorio de los podridos fragmentos de papel pintado que el viento arrebataba, entre la huida de piaras de asustados ratones, a tanta distancia cuanto se prolongaba la neblinosa y tenebrosa extensión, descubríanse vagamente, a la luz de cuatro cabos de vela hincalos en tierra, y por cima del temblequeteo de una pálida

claridad, sombras de cuerpos humanos que se paseaban o volteaban en la negrura del firmamento.

Al principio Juan y Nelo miraron cómo trabajaban los demás; luego, al cabo de una semana, trajeron sus chismes y sus candelicas; y una vez sujeto el trapecillo a los largueros de una puerta grande, cogida en una casa, que ya no era sino fachada, pusiéronse a trabajar, entre la admiración de los ingleses.

Tenían los dos franceses por vecino de ejercicios a un hombre luengo y flaco, de piernas como palitroques, tísico, que se ejercitaba en serpear por entre los palos de una silla: era el irlandés dislocado, conocido por Lombriz de tierra, que con las piernas plegadas hacia atrás, sirviéndole de corbata, se hacía una pelota, rodaba, rompía un hueso de melocotón con el trasero. Averiguaron de éste que allí los directores no contrataban directamente, y que el monopolio de toda contrata para los Tres Reinos está exclusivamente en manos de dos hombres residentes en Londres: el señor Maynard, domiciliado en York Road Lambeth, y el señor Roberto, que vivía en Compton Street. Advirtió también Lombriz de tierra a los hermanos que los tales caballeros acostumbraban quedarse con el 15 por 100 de comisión sobre las contratas que hacían.

Fuéronse una mañana Juan y Nelo a casa del señor Roberto, subiendo una escalera en cuyos peldaños amas de cría despeinadas y despechugadas daban de mamar a sus críos, fumando al mismo tiempo, con la cabeza recostada en la muralla, largas pipas corvas.

Aguardaron su vez los dos hermanos en una especie de antesala, cuyos muros guarnecían de alto a bajo marcos chicos de madera sin pintar, colocados a tope, y que encerraban fotografías de todas las celebridades de circo, gimnasio y café cantante de Europa.

De las fotografías pasaron a considerar las gentes que salían del gabinete de las contratas, oyéndolas nombrar a sus compañeros de espera. Allí Hassán el Árabe; allí el tío Zamezú, con su sombrero de fieltro de anchas alas y su abrigo color de uva de corinto, el color favorito de los actores viejos, allí Sandy, que aún tenía en el bolsillo los restos de las pepitas de oro que le habían arrojado en San Francisco y Melbourne; Sandy, con su casara forrada de piel de foca y su chaleco escarlata; allí el elegante Berington y su levita de

terciopelo negro, con cadena de oro que empezaba en el ojal y remataba en el bolsillo del costado, y sombrero tirolés ladeado con pluma de pavo real; allí también desconocidos, cuyo rostro se hundía en grasientas bufandas, y con ellos mujeres envueltas en chales de alfombra, semejantes a lo que las verduleras ambulantes pasean sobre sus carros de hortaliza.

Penetraron, por fin, en el gabinete de Roberto, que era hombre chiquito, de tez curtida como pellejo de rinoceronte, y gastaba aretes de oro.

Apenas hubo chapurreado Juan dos o tres palabras de inglés interrumpiole diciendo:

-Muy bien; justamente me hacen falta un par de buenos gimnastas para Springthorp, en Hull. Pero no conozco a ustedes. ¿Dónde estuvieron contratados?

Esta pregunta recelaban los hermanos, y Juan se turbó un instante; entonces, de oscuro rincón del gabinete salió una voz, que advirtieron ser la de Lombriz de tierra, diciendo a Roberto:

-Yo les conozco... Salen del Circo de la Emperatriz.

-Entonces me convienen ustedes... La contrata será para seis noches, contando desde el próximo sábado... Ganarán ustedes cinco libras.

- XXIX -

Después de las seis noches de Hull, en que lograron éxito completo, pasaron los dos hermanos por doce noches a Greenock en Escocia, haciendo de estrellas; y como estrellas también (que así se dice en Inglaterra) los ajustó un café cantante de Plymouth. Terminado el ajuste de Plymouth, invirtieron dieciocho meses, siempre metidos en el tren o en el vapor, dando funciones en casi todos los pueblos importantes de los tres Reinos. Llegó, sin embargo, un día en que su fama de trapecistas les permitió rehusar las contratas, que les ocasionaban excesivos gastos de viaje. Juan se proponía que su hermano y él viviesen de lo que ganaban, queriendo ahorrar el dinero de la venta del carricoche, conservándolo para un caso

imprevisto, uno de esos contratiempos que ocurren a menudo en su profesión.

Tan dura vida, las fatigas de tan incesantes y continuos traslados, tenían la ventaja de permitir a los dos hermanos estudiar, por medio de rápidas adhesiones que duraban días, por la serie de permanencias en compañías diferentes, el trabajo de casi todos los gimnastas cómicos de Inglaterra. Su ajuste de trapecistas consintió a Juan y Nelo asimilarse la singularidad, la originalidad, la guasa gimnástica de todo payaso a cuyo lado pasaron una o dos semanas; en una palabra, de penetrarse del genius íntimo y propio del arte, en sus diversas manifestaciones y en individuos diferentes. Los dos hermanos, ejercitándose secretamente, investigando, preparando invencioncillas jocosas, eran payasos ya -payasos que tenían de antemano los trajes guardados en la maleta-; payasos dispuestos a hacer su aparición en el ring, así que casualmente la ocasión se les presentase.

- XXX -

No se hizo esperar la ocasión. Un día, en Carlisle, Newsome, director de una compañía de que momentáneamente formaban parte los dos hermanos, después de un rozamiento que surgió entre él y Francks, el ilustre y socarrón payaso Francks, se encontró repentinamente abandonado por su primer payaso y socio. Hallábase Newsome en el mayor aprieto cuando le propuso Juan que hiciese una prueba con él y con su hermano. En breve aparecieron ambos en la pista, a la cabeza del batallón payasesco, vestidos con trajes caprichosos al par que bonitos, y Nelo dirigió al público, en excelente inglés por más señas, la frase sacramental de los payasos:

-Here we are again -all of a lum!- How are You?

Luego dio principio a una serie de escenas delicadamente bufas, entreveradas con habilidades, con posiones académicas, con músicas extrañas, que mezclaban y confundían en rápidos cuadros, siempre nuevos, los torsos y les violines de ambos hermanos: escenas en que la distinción original del elemento cómico, la gracia elegante de la

fuerza, el juvenil encanto de la clásica belleza de Nelo, y hasta el gozo infantil y risueño que mostraba al estrenarse, arrancaban a los espectadores frenéticos aplausos.

- XXXI -

Siniestra se ha vuelto la gracia del payaso inglés durante estos últimos años, y a veces le hace a uno correr por la columna vertebral lo que el siglo pasado llamaba la muerte chiquita. Ya no es la ironía sarcástica del pierrot de cabeza de yeso, que sólo abre un ojo y se ríe no más que con un lado de la boca; hasta ha desechado el elemento fantástico hofmanesco y lo sobrenatural burgués que por un instante sirvió de vehículo a sus invenciones y creaciones. Hoy se muestra aterradora. Sorprende cuantas ansiosas emociones, cuantos estremecimientos nacen de las cosas contemporáneas; cuanto hay en ellas de trágico, dramático y taciturnamente desgarrador, bajo apariencias incoloras y grises, y lo ofrece al público en forma acrobática. Brinda y sirve al espectador el espanto: el espanto construido con observaciones minuciosamente crueles, apuntitos feroces, asimilacioncillas implacables de fealdades y flaquezas de la vida humana, aumentadas y exageradas por el humorismo de caricaturistas terribles, formulado en medio del caprichoso espectáculo, con sabor de fantástica pesadilla, que causa un tanto de la angustiosa impresión producida por la lectura del Corazón revelador, del americano Poe.

Diríase que es la representación de alguna diabólica realidad, iluminada por caprichoso y maligno rayo de luna. Y desde algún tiempo acá, en la pista de los circos y en los teatros y las salas de conciertos de la Gran Bretaña, todo se vuelve intermedios en que las cabriolas y brincos no tratan de entretener la vista, sino que se esmeran en derramar inquietud, asombro, emociones medrosas y sorpresas casi dolorosas; enfermizos y extraños meneos de cuerpo y músculos, en que giran y se mezclan pugilatos sardónicos, horripilantes cuadros domésticos, lúgubres extravagancias, visiones de casa de Orates, de Saladero, de anfiteatro anatómico, de presidio y depósito de cadáveres. ¿Y qué decoración suele usar con más frecuencia semejante gimnasia? Un paredón, un paredón de extramuros, alumbrado por luz dudosa; un paredón que parece

untado de crímenes, y sobre cuya arista cabalgan, vestidos de frac negro, estos modernos fantasmas nocturnos, descolgándose por él y sacando unas piernas que se alargan y se alargan... como las que ven en sueños los fumadores de opio del remoto Oriente; y entonces, con la proyección de sus risibles y dislocadas sombras sobre el blanco paredón, semejante a paño de linterna mágica hecho de un sudario, principian las monomaníacas habilidades, la idiota gesticulación, la agitada mímica de un patio de dementes.

A tan pavorosa bufonada y a todas las demás, añade algo de mortuoriamente funambulesco, algo de danza macabra ejecutada por ágiles enterradores que se solazan a su modo, el negro y raído frac, reciente librea del payaso inglés.

- XXXII -

En nada se parecía a la de los novísimos payasos ingleses la pantomima gimnástica de los dos hermanos. Había en ésta reminiscencias de la risueña comedia italiana, unida a algo de ensoñador que revelaba el sonido de los violines, al rascarlos ambos hijos de Estefanía. Ejecutaban en el instrumento, ya cosas ingenuas que enternecían, ya cosas dulcemente cómicas que hacían sonreír, ya cosas levemente lunáticas que hacían meditar: y sazonaba todo el conjunto la gracia picaresca y pueril de Nelo, con encanto peculiar e inexplicable. Además, introducían en sus ejercicios cierto elemento ilusorio, pero no triste, sombrío y color de cementerio, sino lindo, coquetón, ingenioso, a manera de cuento de asombros que de cuando en cuando se burla de la credulidad del lector. Y siempre, y sin interrupción, cosas imprevistas, inesperadas, imaginaciones, caprichos; y a medida que pasaba el tiempo, en los miembros esbeltos de Nelo parecía despertarse vida fantástica.

Sin saber cómo ni por qué, el espectáculo plástico de los dos hermanos evocaba en la mente del espectador ideas y recuerdos de una creación irónica, bañada en claroscuro, especie de deliquio sakespeariano; como si dijéramos, el Sueño de una noche de verano, ejecutado por acróbatas poetas.

- XXXIII -

Contratara a la pareja Newsome, a razón de diez libras esterlinas por semana; y los hermanos, afiliados ya a la compañía, vivían en bastante buena armonía con hombres y mujeres. Los varones eran excelentes camaradas, no sin cierta dosis de finchazón británica. Las hembras, todas muy honradas, madres de familia todas, parecían mansas como corderos; sólo algún día que otro por culpa de unos tragos de gin o de soplar el viento nordeste, las que se querían mal se ponían a lidiar a puñadas. No eran riñas de francesas, en que más abundan los insultos y desgarrones de la ropa que la efusión de sangre, sino legítimos combates de boxeadora, y la vencida solía guardar quince días de cama.

En rigor, ambos hermanos casi habían vuelto a su vida trashumante de Francia, realizada hoy al través de los tres reinos: sólo que en mejores condiciones y en país que sabe estimar los ejercicios corporales. En Inglaterra (donde sucede ser en los pueblos gran acontecimiento la llegada de un circo y cerrarse las tiendas como en día festivo al recorrer las calles la compañía con sus caballos, sus fieras enjauladas y sus curiosidades todas), fue recibida en palmas la graciosa payasería de Juan y Nelo, y comenzó a influir en las ganancias de la empresa. De tiempo en tiempo, a fin de lisonjear y sujetar a los dos artistas, daba Newsome a beneficio de ambos una de esas funciones en que los beneficiados van de casa en casa colocando billetes: función que solía producirles cinco o seis libras. Y el nombre de los dos payasos, nombre de combate adoptado allá, brillaba en primera línea sobre los anuncios, impresos con la tinta más roja que se conoce en la Gran Bretaña.

- XXXIV -

A despecho de la buena acogida que los ingleses hacían a sus ejercicios, y del albor de celebridad que empezaba a rodear los nombres de los hermanos, Nelo, a fuer de francés y mozo, se aburría en Inglaterra. Su temperamento latino, con ascendencias en las regiones de sol, se hastiaba de las nieblas británicas, del gris celaje, de los ahumados edificios, de la atmósfera de carbón de piedra que todo lo engrasa, hasta el extremo de conocerse a primera vista las

monedas de plata que, aún encerradas en monetarios, moraron algún tiempo en el país de la hulla triste y ennegrecedora. Se cansaba de la calefacción, de la cocina, de las bebidas, de los domingos, de las mujeres y hombres de los tres reinos. Y sin estar lo que se llama enfermo, contraía Nelo el hábito de tosiquear; y semejante tosecilla, que nada tenía de alarmante, despertaba en Juan el recuerdo de que su madre había muerto hética.

Sin parecérsele de un modo sorprendente a primera vista, Nelo era el vivo retrato de su madre. Tenía mucho de su conformación física, y vestigios del ser femenino de la gitana se advertían en toda la delicada virilidad del payaso. Tal vez alguien se admire de que, sin ser los rostros absolutamente iguales, Nelo -con su blanca tez, sus ojos de fino negror, su boca chica y lozana, su bigote rubio como el cáñamo, la dulzura risueña y un tanto burlona de su fisonomía- recordase el semblante materno por la afinación de una línea, la curvatura de un contorno, el no sé qué fisionómico de una mirada, una sonrisa, un desdeñoso mohín, mil pequeñeces, en suma, que en ocasiones, en algunas posturas de la cabeza, a cierta luz, mostraban en él a Estefanía, más rediviva aún que si el hijo fuese imagen fiel y exacta de la bohemia. Y durante las largas horas que los dos hermanos pasaban en el tren, entre compañeros que hablaban distinto idioma, bajo el influjo de la somnolencia meditabunda que se engendra del tedio y pesadez del viaje, sucedíale a Juan mirar a Nelo para gozar, por espacio de algunos instantes, la ilusión de recobrar a su madre, de verla otra vez.

Un día que toda la compañía de Newsome salió de Dorchester para pasar a Newcastle, iba Juan sentado en el vagón frente a Nelo, el cual, dormía con la cabeza caída hacia atrás, escorzada la nariz, abierta la boca, tosiendo de cuando en cuando, sin que la tos le despertase. Anochecía, y, al faltar la luz, llenábanse de sombra las órbitas de Nelo, y las tinieblas se le metían en el enflaquecido rostro por el hueco de las fosas nasales y el agujero de la boca. Juan, que clavaba los ojos en su hermano, creyó ver, en momentánea visión, la cabeza de su madre sobre la almohada de la Caravana.

Despertó bruscamente a Nelo.

-¿Estás malo?

-¡No, caramba!-dijo Nelo estremeciéndose levemente, cual si tuviera frío-. ¡No, y no!

-Sí y sí... Oye, hermanillo... Mira, no tengo suerte yo... Dos años llevo gastados en balde buscando el modo de levantarme sobre una muñeca sola... Brady, el profesor de gimnasia de Nueva York, nunca pudo pasar de las siete ascensiones...; yo ya sabes que llego a las nueve... Pero no entiendo de qué puede servirte a ti toda esa historia..., y lo mismo digo de la suspensión en el vacío, con los brazos completamente extendidos, que no les sale bien más que a los naturales de Cuba... Pues es el caso que estos días se me figuraba a mí que había dado en el hito, que había acertado con una cosilla de recibo, que vale la pena..., pero al final, ¡mí gozo en un pozo! La casa me resulta impracticable, imposible... Hermanillo, atiende; lo que yo quería era... añadir a lo que hoy hacemos, ¿sabes tú?, a esto mismo, una habilidad, pero de las verdaderas, de las que entran poquitas en libra... Bien pensado, ¿eh? Entrar así en el Circo de París...

-¿Por qué no esperamos un poco?

-¿Por qué? Porque te aburres, y toses... ¡Y no me da la gana de que tosas! Vamos a tomar las de Villadiego... Nos estrenaremos allá con menos aparato...; pero día vendrá..., y malo si no viene..., en que nos desquitemos... Concédeme todavía un mes o unas seis semanas. Es cuanto te pido.

- XXXV -

La contrata de un prestidigitador francés para la compañía de Newsome distrajo un tanto el fastidio que engendraba en Nelo la atmósfera inglesa. Era el prestidigitador mancebo de maneras en extremo distinguidas, y acerca de él se propalaban extraños rumores; decíase que no le era dado regresar a Francia, por ser un hijo de familia ilustre, que a fin de suministrar dinero a cierta dama a quien amaba ciegamente, cayera en la tentación de jugar con trampas. Entre ambos expatriados se trabó una amistad íntima y melancólica, pero dulce, a que se asociaba la actual compañera del hidalgo deshonrado, infeliz paloma cuyo papel era dejarse escamotear por el prestidigitador, y que en semejante oficio, con

aquella vida de obscuridad en las honduras de los bolsillos, había perdido su amorosa gracia, su animación y movimiento, y siempre inmóvil, sin arrullar ni sacudir el plumaje, semejaba un pájaro de madera.

Cuando la salud de Nelo parecía restablecerse con la llegada del estío; cuando ya iba acostumbrándose y conformándose y casi alegrándose de residir en Inglaterra, sucedió que el director general de los Dos Circos de París, al dar su vuelta anual por Inglaterra a fin de reclutar nuevos ingenios desconocidos en Francia, viese trabajar a los dos hermanos en Manchester, y los contratase para la temporada próxima del Circo de Invierno, que principiaba a fines de octubre.

- XXXVI -

Hallábanse ambos hermanos en el despacho del director de los Dos Circos, sito en la calle de Crussol; vasto salón, bajo de techo, con inmensa mesa que cubre un tapete verde, con sillones de caoba, de la arcaica forma característica del primer Imperio, muros entapizados de papel triste, donde unos alfileres sujetan anuncios viejos, de las primeras representaciones de ejercicios que alcanzaron celebridad, mezclados con alguna fresca y chillona cromolitografía de Cheret.

El director leía a los hermanos el contrato que iban a formalizar.

«Entre los abajo firmados..... se ha convenido y contratado lo siguiente:

1.º Los señores Juan y Nelo declaran afiliarse a la compañía de la sociedad de los Dos Circos, en clase de payasos, para que se utilicen sus servicios según las aptitudes que discierna en ellos el director gerente, y según dicho señor estime conveniente, no sólo en las funciones de los Dos Circos en París, sino en las representaciones que se puedan organizar así en Francia como en el extranjero; en todo teatro, jardín, sitios público o privado, sean cual fuere, y cualquiera que sea el número de funciones diarias.

2.º Los señores Juan y Nelo, por consiguiente, se obligan a ir con la compañía completa o con parte de ella adonde y como juzgue oportuno el director gerente trasladarla, sea a Francia o al extranjero; y hasta a viajar ellos solos, si se les exige, y esto a la primera intimación, sin que puedan reclamar aumento de sueldo, ni otra indemnización distinta de los gastos de transporte, el cual se verificará del modo y forma que el director gerente señale.

3.º Los señores Juan y Nelo se comprometen a cuidar de los pormenores del servicio, y a hacer lo de costumbre en las compañías ecuestres; allanamiento del picadero y preparación de la pista, así como vestir el uniforme que se les dé, para asistir en toda función importante al servicio del picadero.

4.º Los señores Juan y Nelo se comprometen, aparte de las condiciones arriba estipuladas, a llenar todas las noches un número.

5.º Los señores Juan y Nelo, para el servicio de ensayos, se obligan a asistir al sitio y hora que se les señale, todas cuantas veces se les pase aviso, sea verbalmente, sea por medio del cuadro que indica el programa y orden de ejercicios de cada día. Se comprometen además a estar en el picadero lo menos media hora antes de comenzar cada representación, aunque sus nombres no figuren en el programa de ésta, y además a trabajar en reemplazo o refuerzo cuantas veces se les ordene.

6.º El director gerente se reserva el derecho exclusivo de regular los trabajos de los señores Juan y Nelo, introduciendo cuantas modificaciones, adiciones o supresiones juzgue convenientes.

7.º Los señores Juan y Nelo no podrán exhibirse en ningún sitio público o privado, sino donde trabaje la compañía de los Dos Circos, so pena de multa de un mes de sueldo por cada infracción.

8.º Los señores Juan y Nelo declaran hallarse enterados de los distintos reglamentes de los Dos Circos, y se someten a cuanto prescriben, considerando legales las multas que en virtud de dichos reglamentos se les impongan.

9.º En caso de clausura, o de suspensión de espectáculo por razón de fuerza mayor, incendio, calamidad pública, orden de la autoridad

superior, trastornos graves, o cualquier otra causa, sea de la índole que fuere, prevista o imprevista, en cualquier país donde se encuentre la compañía total o parcial, aunque la suspensión dure un día no más, cesará de correr el sueldo de los señores Juan y Nelo desde el momento de la clausura. Si ésta se prolongase más de un mes, los señores Juan y Nelo tendrán la facultad de romper la presente contrata, que podrán rescindir notificando su propósito al director gerente.

10.º Todas las prendas de vestuario necesarias para presentarse ante el público serán de cuenta de la dirección de los Dos Circos. Estas prendas no podrán ser modificadas ni rechazadas por ningún concepto.

11.º La presente contrata es válida por un año, y el director gerente se reserva la facultad de rescindirla al cabo de seis meses.

12.º El director gerente se compromete a abonar a los señores Juan y Nelo la suma de dos mil cuatrocientas pesetas mensuales, cuyo pago se hará por quincenas.

13.º El director gerente no será responsable en ningún caso de los percances que puedan ocurrir durante sus ejercicios a los señores Juan y Nelo.»

Al punto en que los dos hermanos se disponían a echar sus firmas bajo el Por duplicado y de buena fe, el director dijo a Juan:

-¿Se empeñan ustedes en seguir figurando en los anuncios con el nombre de los payasos Juan y Nelo?

-Sí, señor -contestó resueltamente Juan.

-Me permitirá usted que le advierta que es un disparate. Cuando los que ni sueñan en ser hermanos juzgan ventajoso presentarse ante el público como tales, ustedes que lo son de veras...

-Día vendrá en que declaremos nuestra fraternidad en el anuncio; pero este día no ha llegado aún... y yo...

-¿Qué dice usted?

Como Juan se callara, el director repuso:

-En fin, allá ustedes; pero les aviso, por su propio interés y el de su estreno, que hacen ustedes mal; muy mal.

Y el director, precediéndoles y sirviéndoles de guía, llevó a los dos hermanos por el patio que une la administración de la calle de Crussol al Circo de Invierno, la entrada especial de los artistas. Penetraron en los almacenes, atestados de gigantescos armarios, en cuyo techo, a considerable altura, se balanceaban inverosímiles objetos, verbigracia, gigantones bajo cuyas faldas de seda color rosa podían esconderse veinte chiquillos. Al través de una puerta entreabierta, columbraron a dos muchachos y una mocita, que vistiendo gabán por cima de sus trajes de punto, guardaban el equilibrio sobre unas bolas, mientras a su lado, muy próximo, un tigre real, rugiente de salud y fuerza, excitado por la proximidad de la carne fresca y el incesante zarandeo de las bolas en torno suyo, se erguía en vilo, de tiempo en tiempo, contra los barrotes que cerraban su jaula, exhalando un hálito que parecía sibilante chorro de vapor. Atravesaron las cuadras resonantes del patear de los caballos, soñolientas y oscuras, y salieron al Circo, iluminado en mitad del día por la claridad escuálida propia de lugares construidos para ser luminosos tan sólo de noche, y donde bajo una luz, turbia como el rayo de sol al cruzar el agua, y a la vez fríamente azul como el pasadizo de una nevera, cinco o seis hombres de gorra y blusa, sentados alrededor de una mesa en la desierta pista, ensayaban una pantomima que adquiría singular carácter por la trivial realidad de los actores, por su jovialidad sin ecos, en medio de la fantasmagórica penumbra del gran recinto solitario.

- XXXVII -

El estreno de los dos hermanos, sin anuncios ni reclamos, sin el trompeteo de cajón en la prensa periódica, sin nada de lo que suele estimular la curiosidad parisiense para que se fije en el artista cuando éste se presenta al público, pasó inadvertido. Al pronto, ni siquiera lograron distinguirse entre los demás payasos del circo. No obstante, fueron corriendo días, y la destreza con que desempeñaban sus ejercicios; la aristocracia, la gracia exquisita, el

encanto de cualquier menudencia que ejecutase Nelo; lo fino e imprevisto de sus donaires, en suma, la originalidad propia de ambos hermanos en su género, originalidad vagamente percibida por los espectadores, llamaron la atención, sin que, por eso aprendiesen los distraídos parisienses el nombre de ambos acróbatas.

Al hablar de Juan y Nelo, solían decir:

-Esos dos, esos que tienen nombre italiano.

Disfrutaban una especie de anónima celebridad; ni más, ni menos. Y sin embargo, eran autores y actores de poemitas gimnásticos de novísima invención. Narremos el libreto de una de aquellas caprichosas creaciones, que todavía recuerda el Circo.

- XXXVIII -

Dormía Juan tendido en el suelo, a favor de la penumbra que derrama en el Circo el gas a media llave. De pronto, surgía Nelo envuelto en azul vapor, figurando en tan poética escena uno de esos duendecillos maléficos, uno de esos traviesos espíritus, moradores de los países montañosos y lacustres. Vestía de colores de humo, tenebrosos, que reverberaban sombríamente como los metales ocultos en las entrañas de la tierra, como el nácar negro, dormido en los profundidades oceánicas, y que, en el ambiente sin luz, agitan en sus alas las mariposas nocturnas.

A paso rápido y volante, sin hacer ruido, acercábase el duende al durmiente y empezaba a revolotear (digámoslo así) en torno suyo, por cima de su cuerpo, remedando con los balanceos, los leves roces, los giros de su sombría y flotante silueta, el descenso volteador de un mal sueño, que sale por la puerta de ébano a oprimir a un hombre dormido. Juan se movía y agitaba; se revolvía a impulsos de la obsesión, y el duende seguía mortificándole, echándole el aliento en la nuca, cosquilleándole en la cara con el enlutado crespón de las alitas que llevaba en codos y talones, gravitándole un momento sobre el epigastrio con el peso leve de su cuerpo sostenido en las

muñecas, acurrucado en fantástica postura, hecho material imagen de la pesadilla.

Despertábase Juan y recorría con ojeada investigadora el circuito; pero ya había desaparecido el duende, ocultándose tras el cepo de árbol donde reposaba el durmiente su cabeza.

Volvía Juan a amodorrarse, y al punto se aparecía otra vez, sentado de un brinco sobre el cepo, el muequero duendecillo: desceñíase un violín y el arco, y esgrimiéndolo contra las cuerdas arrancaba de tiempo en tiempo sonidos discordes, inclinándose sobre el rostro del dormido y estudiando sus contracciones con inefable gozo y malignas risitas ultraterrestres. De improviso la música se convertía en cencerrada, en el guirigay que, bajo la helada de las noches invernales, arman veinte gatos maullando y refunfuñando alrededor de una gata, sobre la cúspide de alguna desfondada barrica.

Mas ya Juan se lanzaba en seguimiento del músico, y comenzaba en la pista una carrera sorprendente: el ágil y malicioso espíritu burlaba la mano de Juan, ya próxima a asirle, saltando atrás de modo que se le escurría por cima de la cabeza, o aplanándose de suerte que se le deslizaba de entre las piernas: en suma, practicando todas las mañas y astucias del fugitivo. Cuando parecía que Juan iba a pillarlo de vez, desaparecía el duende formando una rueda, y por espacio de un minuto sólo se veía pasar y repasar la blanca suela de su calzado, acabando de desvanecer y marear los sentidos. Y así que Juan y el público trataban de averiguar qué había sido del diablejo, se le divisaba sentado con gran sosiego allá en la bóveda, a donde trepara con maravillosa agilidad; sentado, sí, burlón e inmóvil.

Otra vez Juan se arrojaba a perseguir al duendecillo. Renovábase en el aire la corrida antes terrestre. Un doble sistema de trapecios, que iba de extremo a extremo del circo, sujeto en las revueltas con cuerdas flojas y colgantes, oscilaba ya. Soltando el duende el primer trapecio, se lanzaba al vacío, proyectando en él muy a su gusto el lento y perezoso desarrollo de su cuerpo taciturno, donde la claridad nocturna de las lucernas bajo las cuales cruzaba, hacía rielar un minuto tonos de azufre y calcinada púrpura: y terminada su aérea evolución, alcanzaba el segundo trapecio, con gentil movimiento de ascensión volante por medio de las manos. Dábale caza Juan; el duende corría varias veces alrededor del circo, y

cuando llevaba delantera, se paraba un segundo sobre algún trapecio para arrancar a su violín rechinamiento irónico. Al fin le pillaba Juan, y ambos, soltando el trapecio, se dejaban caer abrazados, en un salto hondo: género de caída a que nadie se había atrevido sino ellos.

Sobre el terreno de la pista se trababa entre Juan y el duende una lucha cuerpo a cuerpo, en que el aparente esfuerzo y vigor desplegado para desasirse o derribar al adversario no era en realidad sino nudos, enlaces y desates graciosos, combate en que el duende, al lucir con elegantes y ondulosas posturas su desarrollo muscular, realizaba las actitudes que buscan los pintores cuando pretenden representar la pelea física de los seres sobrenaturales con el hombre.

Al fin caía por tierra el duende y allí se quedaba atónito, presa de la humillación profunda que hace al vencido esclavo del vencedor. Entonces, Juan, a su vez, se desceñía el violín, y le arrancaba mágicos sones, blandos y tiernos, donde se filtraba la bondad de un alma humana en horas de perdón y clemencia. A medida que Juan tocaba, iba el duende enderezándose poco a poco y acercándose a la música, con embeleso que ostensiblemente se le apoderaba de los miembros, revelándose en la actitud.

Levantábase el duende de súbito, y como si su cuerpo se hallase bajo el influjo de un exorcismo capaz de libertar a los energúmenos del espíritu infernal -pero sin ofrecer a la vista nada feo ni repulsivo-, se le veía retorcerse, contraerse, desfigurarse. Presentaba turgencias y depresiones terroríficas, imposibles para la anatomía humana. En sus carnes inmóviles se hundían los lomos, se acentuaban los omóplatos, el espinazo parecía trasladarse de la espalda al pecho y se arqueaba formando un buche de ave zancuda, procedente de algún desconocido planeta; y en los miembros del duende se notaban esas repentinas corrientes de vida muscular, que en momentos dados hinchan la piel lacia y fofa de las culebras. El público advertía y entendía bien que el áptero revoloteo, el rastrear de oruga, propio de los animales malditos en las fabulosas leyendas, el elemento bestial, en suma, se evaporaba, salía conjurado del cuerpo del duende, y éste, con rápida sucesión de académicas posturas, ostentaba en sus gentiles formas, ya libres y dueñas de sí,

gloriosa armonía de movimientos y actitudes humanas, semejantes a las de las estatuas del clasicismo.

Y asiendo su violín, cuando ya el gas brillaba en todo su esplendor anunciando al público que las visiones y los turbios ensueños nocturnos eran pasados y el sol lucía nuevamente, el duende, acompañando a Juan, tocaba en su instrumento, cuyo acre hechizo se disipara, un trozo semejante a la sinfonía murmuradora de fresca mañana estival, algo análogo al surtir y corretear melodioso de manantialillos entre raíces de añosos árboles, unido con la charla suave, apagada por el pedal celeste, de las florecillas húmedas de rocío conversando con el rayo de sol, que calma la sed en sus húmedos labios.

- XXXIX -

Eran franceses de verdad, franceses netos, ambos hijos de Tomás Bescapé y Estefanía Rudak. Tenían francés el temperamento, el modo de pensar, y hasta el patriotismo. De su oriundez extranjera y ascendencia bohemia, sólo les restaba una curiosa circunstancia. En las naciones civilizadas, el ensueño poético, el don y facultad de idealización amorosa y tierna, ese humus difuso y flotante que anda rodando por el fluido cerebro de las literaturas, no existe sino en lo más alto, y salvo contadas excepciones, es privilegio y herencia de las clases superiores y educadas. Pues los dos hermanos, con ser legos, habían heredado la condición ensoñadora, contemplativa y, para decirlo de una vez, literaria, propia de las clases inferiores en los pueblos que aún permanecen incultos, en esta Europa donde tanto pululan hoy las maestros de escuela; y a menudo Nelo y Juan, gentes plebeyas, sentían brotar de su alma el lírico éxtasis, que enseña al más miserable e ignaro cíngaro a bordar las variaciones que su violín dirige a las copas de los árboles, a los astros de la noche, a las mañanas argentinas, a las doradas siestas.

Versados ambos en el magnético idioma de la Naturaleza, idioma con que habla mudamente, día y noche, a las organizaciones refinadas, a los entendimientos selectos, Juan y Nelo eran, sin embargo, muy diferentes entre sí.

En el mayor, las aptitudes reflectoras y la tendencia a la meditación, propia de su organismo sobreexcitado por singular actividad cerebral, se consagraban enteramente, dentro de su profesión de vigor y destreza física, a la invención abstracta de concepciones gimnásticas, por lo común irrealizables; a la creación de sueños acrobáticos, payasescos, en la práctica imposibles; a la génesis de milagros, por decirlo así, impuestos a los nervios y músculos de un cuerpo humano. Hasta en la realización material de sus ejercicios, Juan concedía mucha parte a la reflexión y a la inteligencia. Su máxima favorita era que para limar un ejercicio se requiere un cuarto de hora de trabajo... y tres cuartos de hora de meditación.

El pequeño, ignorante por gusto y pereza, y cuya instrucción primaria se reducía a la charla incesante, sin ilación ni método, de su padre Bescapé, mientras subían al paso las cuestas detrás de la caravana; el pequeño, que era más holgazán intelectualmente que Juan, y columpiaba más la fantasía en el azul espacio -en una palabra, más gitano vagabundo por montes y valles y por ende más poeta-; el pequeño vivía en una especie de soñolencia venturosa, risueña, sensual en cierto modo, que interrumpían de repente ideas burlonas, chispazos de tierno júbilo, locas excentricidades. Y estas aptitudes hacían de Nelo el natural corrector, el bordador, el artífice de las filigranas, el adornista y decorador de las creaciones practicables de su hermano.

- XL -

Entre los dos hermanos y los gimnastas y amazonas del circo se trabaron presto amistosas relaciones, comercio que rebosaba afectuoso compañerismo. En este género de profesiones, suele el riesgo mortal de los ejercicios acallar las envidias consuetudinarias en el mundo teatral, y sobre todo en la escena lírica: el peligro une a los artistas, expuestos a matarse cada noche, con un género de fraternidad militar que casi raya en la afectuosa e íntima convivencia, mano a mano, de los soldados en campaña. Fuerza es añadir que si en alguno pudiesen quedar rastros de las envidias y malquerencias de la vida de titiriteros, resabios del miserable ayer, todo lo dulcifica la holgura, la consideración, el conato de gloria de su existencia actual.

Por otra parte, ¿cómo no habían de agradar los dos hermanos a las gentes del circo? Atesoraba el mayor serias cualidades, que hacían de él un compañero franco y servicial, y además, atraía su grave rostro, un poco triste, iluminado por sonrisa dulce y bondadosa. El pequeño, desde el primer instante, los había engatusado a todos con su viveza y buena sombra, su festiva charla de pilluelo, su prurito de hacer rabiar a las gentes en forma cariñosa, y el bullicio, animación y estrépito con que los distraía en horas de desaliento y fastidio; con la seducción indefinible que ejerce un ser lindo, amable y lleno de vida sobre las personas abrumadas de cuidados, y con el hechizo, capaz de desarrugar el más fruncido ceño, que desde la niñez poseía.

- XLI -

Entusiastas ambos por su profesión, los dos hermanos gozaban en las noches del circo, del de verano sobre todo. Encontrábanse a gusto en la vasta cuadra forrada de madera de encina, con calados herrajes y box coronadas de gruesas piñas de cobre; de ligera y metálica arquitectura, reflejada por el gas de las doradas lucernas en los dos altos espejos del testero, y que parecía prolongarse hasta lo infinito; en la cuadra estrepitosa del ruido de las cadenillas que sujetaban a sesenta caballos, toda llena de los altivos relámpagos de sus ojos, que surgían de entre las removidas mantas a cuadros pardos y amarillentos. Hasta el ver por los rincones, amontonados, objetos familiares y amigos, grandes escalas pintadas de blanco, X para bailar en la cuerda floja, oriflamas, banderolas, aros de papel rizado, el cochecillo rojo que sirve para recoger al cuadrúpedo que trota con dos patas no más, el trineo en forma de cigarrón, los múltiples accesorios del variado espectáculo, que se columbran al través de puertas de almacén mal cerradas, en su oscuridad y su reverberación de calidoscopio divertía a los hermanos, y con renovado placer los veían todas las noches, como veían el gran pilón de piedra, donde el agua caía gota a gota con cadencioso pschit, y el reloj cuyas horas dormían en la caja de palo colgada sobre la puerta.

Entre golpear de cascos y relinchos, encontraban los dos hermanos en semejante lugar la vida, animación y distracción de los bastidores de un teatro. Aquí, bajo el marquillo negro sin cristal, que encierra

escrito en una hoja de papel de cartas el programa de la representación, un gentleman rider, con la mano apoyada en la valla de la cuadra y sujetando contra sus espaldas un stick, se inclina hacia un grupo de mujeres -muy empaquetadas, al cuello toquillas de seda azul que se esparcen sobre los hombros- y departe con ellas. Allí dos chiquillas despeinadas, el pelo remangado por moñas de cintas color cereza, y cuyos abrigos, de hechura de túnica hebrea, dejan ver, al entreabrirse, fragmentos de traje de punto. A su lado un hombre con chaleco grana pinta el casco de un caballo. Hacia el fondo, cuatro o cinco payasos, formando círculo y serios como difuntos, se entretienen, saludándose, en cubrirse la cabeza uno tras otro con un chapeo negro, el cual recorre, deteniéndose un segundo en cada una, todas las pelucas con tupé, sin que para echárselo necesiten más que un meneíllo rápido, una proyección del cuello. Algo más allá, una vieja, contemporánea de Franconi padre, hace su visita cotidiana a los caballos, hablándoles, halagándoles con la mano seca y rugosa, mientras a su lado un gimnasta en miniatura, de un lustro de edad, muerde una naranja que le han arrojado. En la revuelta del pasillo interior, una amazona, terminado su trabajo, se envuelve en un pañolón escocés y encaja sus zapatos de raso blanco dentro de babuchas turcas, mientras en la contraria revuelta, entre jóvenes picadores de planchadas tirillas y ensortijado pelo con raya al medio, el picador payaso, de rojo peluquín y nariz teñida de colorete, chapurrea alemán con los mozos de cuadra, flacos, de caras esculpidas en boj y ojos incoloros como el agua. Por último, cerca ya del gran vano, contra la cortina que por momentos cruzan los aplausos del público, hay quien se dedica a montar, sobre ensillados perros, monos a cuyas orejas van sujetos tricornios de guardias civiles.

Sobre estos rápidos cuadros, sobre el continuo vaivén del gentío inundado de gas, sobre este reino del talco, oropel, relumbrones y pintarrajeados rostros, juega la luz con extraña y encantadora coquetería. Momentos hay en que, por la camisa encañonada de un equilibrista, culebrea una cascada de lentejuelas que remeda fuegos artificiales. Bajo el tejido de elástica seda, piernas se ven cuyas turgencias y depresiones adquieren la blancura y el tono violáceo de una rosa que el sol hiere por un lado no más. En la faz de un payaso, bañada de claridad, la harina que lo empolva produce la tersura, la regularidad y casi el agudo corte de un rostro de piedra.

A cada instante interrumpe los grupos, los diálogos, los preparativos de habilidades, los coloquios hípicos o amorosos, la salida o el impetuoso regreso de un caballo, tendida la crin. Y siempre, sin un minuto de interrupción, en el pasillo donde se junta el personal del circo, especie de vomitorio por cuya boca se derrama y esparce en la pista cuanto guarda en sus almacenes y depósitos el teatro ecuestre y payasesco, prosigue el ir y venir de los practicables, de los inmensos tablados que figuran la superficie helada de un lago, de carros, coches, mobiliario de pantomimas, jaulas de animales feroces, brincos de payasos, cabriolas de amazonas aplaudidas, osos de tardo andar que parece que cucharean, ciervos asustados, garañones terribles, rebaños de perros de aguas de vibrante cola, saltarines kanguros, manadas de gesticuladores cuadrumanos, dúos de juguetones elefantes nuevos: toda la animalidad que la humana destreza asocia a sus ejercicios.

- XLII -

En la cuadra, y entre los bastidores del circo, Nelo experimentaba una sensación muy particular.

Desde que acababa de arreglarse con el blanquete una faz de estatua donde sólo vivía la animación de la pupila entre párpados como enrojecidos por frío riguroso; desde que se encasquetaba la piramidal peluca y se echaba a cuestas los trajes discurridos por él mismo, sobre cuya seda, de color bajo, gustaba de aplicar con engañoso realce, ya colosal araña, ya un mochuelo de áureos ojos, ya una bandada de calvos murciélagos, con otras bestezuelas hijas de la Noche y del Ensueño, que no dibujaban sobre la tela más que negras sombras y siluetas macabras; desde entonces, digo, así que el gran espejo de la cuadra le devolvía dos o tres veces su otro yo nocturno, una vida nueva, distinta de la que vivía por las mañanas, una vida fantástica, le corría en cierto modo por las venas a Nelo. No llegaba hasta sentirse metamorfoseado, transformado en hombre estatua del país sublunar cuya librea vestía; tanto como eso, no; pero realmente, en su interior se producían anormales fenómenos. El payaso enharinado, de visionario traje, sentía en sí cierta seriedad, que, hasta cuando trabajaba en farsas sainetescas, imprimía a la representación carácter ensoñador, análogo a una expansión de

alegría suspendida e interrumpida repentinamente por un no sé qué indefinible. Su voz no sonaba con el mismo eco que acostumbraba sonar en la vida ordinaria; timbrábase un tantico con la nota grave que en un lento hablar posee la voz de la emoción humana. Sus ademanes adquirían, sin pretenderlo él, tinte funambulesco, y hasta cuando no estaba en escena, y para los actos más vulgares y sencillos, sentía curvársele los miembros formando arabescos estrafalarios. Más aún: al hallarse solo, sentíase impulsado a gesticular como los alucinados y sonámbulos, realizando esas acciones que la fisiología llama movimientos simbólicos, ademanes no enteramente dependientes de la voluntad. De súbito, sin causa ni objeto, entreteníase en proyectar sobre la pared, alumbrada por un quinqué del desierto corredor, la sombra chinesca de los dedos de su contraída mano; y se divertía mucho rato con verlos danzar, vueltos garras, sobre el muro, todo ello sin motivo, para solazarse únicamente, cual si su cuerpo obedeciese al impulso de corrientes magnéticas irregulares y fuerzas capricantes de la naturaleza.

Luego, poquito a poco, en un estado de vaguedad y exaltación reunidas, lo mismo que si en torno suyo se borrase levemente la realidad o se adormeciese su pensamiento diurno, llegaba a no quedar en la cabeza del payaso, ya semejante a aquella cabeza hueca de donde una mano va sacando las ideas con cucharilla, otra cosa más que el reflejo de su blanco rostro, que los espejos copiaban, las figuras de monstruos que veía sobre su traje, amén del murmurio, que en los oídos le zumbaba, de la música diabólica de su violín.

Y este estado indefinible, de heterogéneas y fugaces sensaciones, era para Nelo muy dulce; y pegado a su hermano, que permanecía siempre cabizbajo y siempre arañando el suelo con un palitroque, Nelo se estaba cruzado de brazos, reclinada en la pared la cabeza, la fisonomía como estáticamente dilatada, con pálida sonrisa de arlequín sobre el rostro blanco, inmóvil, como si pidiese de favor que no le interrumpiesen el dulce, risueño y peregrino embuste de su existencia en el circo.

- XLIII -

-No, éste no es el busilis tras del que andamos...; aguárdate, atiende...; cuando llegues a eso, te levanto de un puntapié con el traspuntín...; parece que lo estoy viendo... Hará un efecto maravilloso.

Así buscaba el meditabundo payaso original desenlace para un ejercicio nuevo que él y su socio tenían que ejecutar.

Pronunciadas las frases que transcribo, el orador cayó en mutismo profundo. Ambos compañeros se quedaron silenciosos, absortos, sepultados en sus cavilaciones, que por turno sacudían rascándose frenéticamente las cabezas, inclinadas sobre los bocks de cerveza, vacíos ya.

Estaban en el cafetín donde se reúnen los artistas al salir del circo; café sin carácter, con recuadros blancos, estrechos listones dorados, angostos espejos, cual suelen ostentar los cafés del bulevar del Temple. En el hueco de una ventana había mostaceros, latas de sardinillas, una tartera chica de hígado gordo, procedente de salchichería, quesos de nata, Gruyer y Roquefort, y sobre el estante más alto, poncheras rodeadas de un hacinamiento de limones. Por el café adelante iba y venía un sumillercito en cierne, muy mono, luciendo chaqueta de terciopelo granate y gran mandil con babero que le protegía el vientre. Una servilleta, pasada por la cinta del mandil, le caía por detrás como un blanco paño.

Lentamente iban empujando la puerta y entrando los payasos todos, que, aun vestidos de burgueses, andaban despacio, como resbalando, inclinando todo un lado del cuerpo sobre la pierna que avanza, y llevando las manos colgantes y abiertas ante los muslos. Nelo cerraba la marcha, alzando el pie a la altura del ojo y bajándolo con imperativo movimiento de la mano: siempre ligero, alado y bromista.

Dos de los Payasos ingleses subían la escalerilla de la sala de billar; otros dos, a cuyo lado tomaban asiento Nelo y Juan, pedían un juego de dominó.

Un payaso viejo, sin nacionalidad conocida, alto, seco, huesudo, recogía de sobre las mesas todos los periódicos e iba a sentarse allá lejos, desviado de los demás.

Enredábase entre los dos ingleses la partida de dominó, sin que se oyese más que el enfadoso ruido del hueso contra el mármol, ni se cruzase palabra, broma ni risa, ni cosa alguna que acompañase y animase el juego. Diríase que jugaban la partida dos autómatas. Miraba Juan las espirales de humo de su pipa subir ensanchándose hacia el techo, y Nelo, que al principio se dedicara a dar festivos consejos a su vecino, con el sano propósito de que perdiese, y a quien habían alejado ya del juego amistosas puñadas, fumaba papelitos, mirando los grabados de una Ilustración.

Entre estas mesas bien avenidas, llenas todas de gente que se conocía y trataba, payasos, picadores, trabajadores terrestres y trabajadores aéreos, no resonaba la menor conversación, ni siquiera había apartes en los rincones.

Y es que el gimnasta, y sobre todo el payaso, que vive de entretener al público con las jocosidades de su cuerpo, privadamente se manifiesta triste: tristeza propia del actor cómico. Por añadidura, el payaso, sea inglés o francés, posee un género de taciturnidad especial. ¿Es el cansancio de los ejercicios, es el cotidiano peligro de muerte que afronta, lo que así le vuelve sombrío y callado? No: la razón es otra. Cuando cesa la fiebre del trabajo; cuando el acróbata descansa; cuando se para a reflexionar, ocúrrele a cada instante el temor de que le robe de súbito la vigorosa destreza con que gana la vida, una enfermedad, una reuma, un nada que descomponga la máquina de su organismo. Y piensa a menudo, y se le convierte en idea fija, que la juventud de sus nervios y músculos ha de acabarse, y mucho antes de morir, su cuerpo caduco se negará al ejercicio de la profesión. Por último, hay entre los acróbatas no pocos atropellados, gentes que durante su carrera sufrieron dos o tres caídas, que alguna tal vez les obligó a guardar cama un año entero; y estos hombres, bajo apariencias de completo restablecimiento, siguen realmente atropellados, como ellos dicen, y para realizar sus habilidades necesitan desplegar un esfuerzo que los acongoja y mata...

En este tienipo entró en el café un payaso, contratado para desempeñar el papel de mono en cierta comedia de magia del bulevar, y sacando del bolsillo cucuruchitos de papel rosa, los repartió entre sus colegas, anunciándoles con regocijo y cierto orgullo que por la mañana había sido padrino de un bateo. Vino luego a sentarse cerca de Juan, y preguntole:

-¿Se puede saber en qué estamos?

-¿En qué estamos? -repitió Juan-. Sigo con la suspensión horizontal hacia adelante... La suspensión horizontal hacia atrás es una futesa, porque tiene uno mil recursos para sostener el brazo, hay el cojín que forman el infra-espinoso y el supra-espinoso; dos músculos, ya sabes... Pero cuando es hacia delante la suspensión, ¡buenas noches!... no hay ni esto: no tiene uno sino el vacío a que agarrarse... El caso es que ando trabajando hace bastantes meses... y me asusto cuando pienso en los que me faltan todavía... Así es nuestro oficio; a cada momento tiene uno que dejar las cosas por el gasto de tiempo que requieren... y por lo poco que se había de fijar en ellas el público... Quédese para otro la empresa.

Callábase Juan, y en derredor suyo todos le imitaban.

Tocaba a su fin la partida de dominó, y el payaso alto y huesudo, gran lector de periódicos, descansaba la cabeza en un lecho de hojas impresas, adoptando una de las posturas meditabundas y llenas de recogimiento que le habían valido el sobrenombre de El pensador.

De pronto, medio incorporándose, como bajo el impulso de espontánea inspiración, no provocada por ninguna alusión de los demás payasos, El pensador articulaba pausadamente estas frases:

-¡Valiente miseria, señores, valiente miseria y remiseria son nuestros circos de Europa! Que me den a mí los circos americanos... El Circo flotante establecido sobre el Misisipí, con anfiteatro en que caben diez mil personas, y cuadra para cien caballos, y dormitorios para artistas, criados y tripulación... Y siempre precedido de su Ave del paraíso, un vaporcito mosca en que va el agente aposentador, encargado de preparar forraje para los caballos, puestos de abordaje, estacadas, vestíbulos... y de poner los anuncios con quince días de anticipación... Pues ¿qué me dicen ustedes del Circo ambulante, de

la gran feria ambulante, un cirquito con sus doce carros dorados, sus templos de las Musas, Juno y Hércules, sus tres orquestas, su órgano de vapor...?; ¡órgano de vapor, sí, señores, de vapor!... Y, por último, con su procesión acrobática, que en cada pueblo se desarrolla cubriendo una extensión de tres kilómetros..., mientras sobre los carros, gimnastas mecánicos y gimnastas de carne y hueso realizan los más arriesgados ejercicios... ¡Valiente miseria, miseria y remiseria son nuestros circos de Europa! -repetía El pensador, tomando la puerta y acabando su perorata en el bulevar.

- XLIV -

Buscaba Juan el famoso ejercicio que le traía sorbido el seso desde su más tierna edad -el ejercicio que había de grabar en los modernos fastos olímpicos el nombre de los dos hermanos, al lado del de Leotard, rey del trapecio, y Leroy, el de la bola-, con la contención de cerebro del matemático que despeja una incógnita, del químico que busca una materia colorante, del músico que crea una melodía, del mecánico que investiga nuevas propiedades del hierro, la madera o la piedra. A semejanza de esta clase de hombres, poseídos de una idea fija, tenía distracciones, absorciones, ausencias de la realidad, y al andar por la calle, escapábansele inconscientemente palabras en alta voz, de esas que hacen a los transeúntes volverse y contemplar, picados de curiosidad, a un señor que se aleja con las manos atrás, baja la cabeza y encorvado el espinazo.

Ya no existía en su vida, concentrada en el cerebro, ni noción del tiempo, ni percepción del calor y el frío, de las insignificantes y tenues impresiones que en el cuerpo en estado de vigilia producen los objetos exteriores y el medio ambiente. La existencia animal y sus actos y funciones parecían cumplirse en él por virtud de un artificio mecánico, con cuerda para algún tiempo, sin que la individualidad tomase en ello parte alguna. Era lento en entender lo que se le decía, como si oyese las palabras pronunciadas en voz baja y venidas desde muy lejos, o más bien como si se encontrase ausente de su propio ser, y tuviese que regresar para dar respuesta. Y así se pasaba los días enteros, entre gente, hasta entre sus camaradas, embelesado, hundido, anegado en sus vaguedades, con los ojos entornados, parpadeando y sintiendo a veces en los oídos el

imperceptible murmurio del oleaje que conservan eternamente, sobre las consolas, las vastas conchas del océano.

El cerebro de Juan, en actividad perpetua, andaba a caza de algo tenido hasta entonces por imposible, que él lograse hacer practicable. ¡Sí!, un trastorno de las leyes naturales que él, humilde payaso, fuese el primero en realizar, con asombro y pasmo de todo el mundo. Y el imposible que tentaba su ambición había de ser, gran, cosa casi sobrehumana, pues le infundían desprecio las dificultades vulgares, bajas y conocidas, y desdeñaba todo ejercicio en que, a fuer de equilibrista y gimnasta consumado, le fuese asequible llegar al summum del equilibrio y la destreza; y en medio de la labor imaginativa de su meollo, apartaba los ojos, con altanero enfado, de las sillas, bolas y trapecios.

Mil veces creyó Juan tocar a la meta de su ambición; mil veces pensó entrever realizada la idea que germinaba repentinamente; mil veces gozó el breve júbilo del hallazgo y la dulce fiebre que le acompaña, y siempre, al levantarse, al intentar poner por obra lo discurrido, hubo de desistir ante imprevistos obstáculos, ante dificultades que no precavió la cálida, pronta e ilusoria concepción mental: dificultades que la aniquilaban de un solo golpe, arrojándola a la fosa común donde yacen tantos planes magníficos, muertos al nacer.

Y todavía con mayor frecuencia, en pos de secretos ensayos, de refundiciones y mejoras que casi ponían la invención a dos dedos del resultado feliz; cuando Juan, que se lo tenía todo muy calladito por cierto género de coquetería, iba ya a resolverse a contar a Nelo su descubrimiento, con pelos y señales; cuando entre el arreglo de las últimas combinaciones veía el circo lleno de bote en bote, aplaudiendo su extraordinario ejercicio, cual ve el autor, al terminar una comedia, el público que ha de asistir al estreno..., una nada, uno de esos infinitamente pequeños, el grano de arena incógnito que para y detiene la maquinaria nueva de una fábrica enterita, le obligaba a renunciar al cumplimiento del sueño acariciado semanas enteras, que no era sino sueño y ludibrio de la mentirosa noche.

Entonces caía Juan, por espacio de muchos días, en la tristeza profunda y mortal del inventor, cuando acaba de enterrar la invención que engendrara con amor años enteros: tristeza que no

necesitaba confiar a Nelo para que su hermano menor comprendiese de dónde nacía.

- XLV -

Paraban los dos hermanos en la calle de las Acacias, en las Ternas, pobre extremidad de París que se confunde y pierde en la campiña de los suburbios. Habían subarrendado a un carpintero próximo a dar en quiebra. Ocupaba éste una habitacioncilla, cuya planta baja se componía de cocina y trascuarto, y el piso principal de dos dormitorios y un gabinete; en su alquiler también iba comprendido un barracón de tablones, que le servía de taller, y que los acróbatas convirtieron en gimnasio. Separado el patio de la calle por una alta empalizada con claraboya que unía las dos construcciones, era común para los dos hermanos y para un rejista que casi siempre trabajaba al aire libre, pero tenía su almacén y cama en la buhardilla del barracón. Este rejista, vejete de ojos verdosos y tristes, como los de un sapo melancólico, reducido, por decirlo así, al estado de busto sin piernas, era en su género verdadero artista, y resucitaba y reconstruía las aéreas arquitecturas del siglo XVIII. El viejo y patituerto obrero de las Ternas enseñaba a los transeúntes, expuesto en mitad del patio, a guisa de muestra de su habilidad, un admirable templete verde, con cornisa, pilastras y capiteles calados; una maravilla de recorta, que en el frontis decía:

Lamour, rejista al estilo antiguo.

Pabellón de música ejecutado conforme a los modelos más famosos, en especial la SALA DE FRESCURA del Pequeño Trianón.

Lindo trabajo de reja propio para adornar un parque moderno. Se cede por lo que ha costado.

El terreno, muy escabroso y movido, contenía también casitas enterradas por los rincones, donde se ejercían industrias raras; y hacia el fondo, tras el límite casi borrado de un seto, continuamente devastado por manadas de gansos, alzábase una casa de vacas, donde, encima del establo, bajo una ventana con blancos visillos, se leía el siguiente rótulo:

Este cuarto se alquila para un enfermo.

El rejista, satisfecho de que los nuevos inquilinos no le suscitasen la menor dificultad a causa de su templete, que atrancaba casi todo el patio común, vivía en excelente armonía con los payasos, y al llegar el verano, les permitía formar en el pabellón una especie de cortinaje de verdura para tocar allí el violín, sin ser vistos, al abrigo de los curiosos que pasaban por la calle. Iba él en persona a recoger, en casa de un horticultor que vivía cerca, de una zanja donde éste arrojaba los desechos, una admirable colección de esas plantas vivaces, de risueñas y grandes flores, de esas infortunadas malvas piramidales, despreciadas hoy, pero que tan lindamente se enlazaban a los enverjados de los jardines en las pinturas a la aguada del siglo pasado.

Allí, pues, en aquel pabellón, era donde en verano y otoño, durante los hermosos días de cielo azul, viendo pasar al ras del techo y de los muros rayos de sol y bandadas de gorriones, y tras la columnata florecida de flores color lila, amarillo y rosa, tocaban los dos hermanos. En rigor, más que tocar, hablábanse con el sonido de sus violines; conversación en que dialogaban dos almas. ¡Cuántas impresiones varias, fugitivas y múltiples, hijas de la hora y del instante, que derraman en lo interior de un ser humano esas sucesiones de luz y sombra que produce en las olas la alternativa del sol radiante o las nubes en el cielo, se referían los dos hermanos por medio de musicales sonidos! En su plática sin ilación se distinguían -mientras uno de los violines descansaba, cediendo su turno al otro- los ensueños del mayor, rimados con grata molicie, y las ironías del pequeño, rimadas también, pero sardónicas y mofadoras. Y se sucedían, bajo el arco de entrambos, vagas amarguras, expresadas por una ejecución lenta y quejosa, risas que restallaban en un cubo de notas estridentes, impaciencias que brotaban con estruendo colérico, ternuras que eran como el murmurio del agua sobre el musgo, y verbosidad que charloteaba en florituras exuberantes. Y al cabo de una hora de diálogo musical, los dos hijos de Estefanía, atacados repentinamente de la manía bohemia, poníanse a tocar a un mismo tiempo, con una furia y unos bríos, con tanta originalidad enérgica, que poblaban el ambiente del patio de música sonora y nerviosa, hacían enmudecer el martillo del rejista, e inclinarse hacia

el patio, entre lloroso y risueño, el demacrado semblante de la tísica que languidecía en el cuartito sobre el establo.

- XLVI -

Juan, gran lector de libros viejos en los escaparates de los malecones, y que no sin asombro de sus compañeros solía llegar al circo con algún librote debajo del brazo, acostumbraba llevar al pabellón de música un rancio volumen, grueso tomo en 4.º, encuadernado en pergamino, con las esquinas raídas, los escudos lacerados en tiempo de la revolución, y donde la mano y el lápiz de un chicuelo contemporáneo nuestro había puesto pipas en las bocas de las figuras del siglo XVI. De este libro -que tenía al dorso el rótulo: «Tres diálogos sobre el ejercicio de saltar y voltear, por Arcángelo Tuccaro, 1599» y donde constaba que el rey Carlos IX era aficionado a todo linaje de brincos y en ellos mostraba suma destreza y disposición maravillosa-, leía Juan a su hermano las páginas de anticuada letra que trataban de los saltarines petauristas, así llamados por referencia al nombre griego del salto semivolante que dan las gallinas al recogerse al travesaño de su gallinero; de la saltarina Empusa, que por medio de su mágica habilidad parecía revestir todos los aspectos y formas; de la gallarda mocedad que el noble arte saltatorio requiere en sus adeptos; con otras páginas más relativas a los saltos eferístico, orquéstico y cubístico-; este último por más señas, tenido mucho tiempo en opinión de fruto de diabólico pacto.

Luego se ponían los dos a estudiar los grabados en cuanto a las líneas geométricas del volteo del cuerpo en el aire, y Juan hacía ejecutar a Nelo, conforme a las indicaciones y círculos concéntricos del libro, con rigurosa exactitud, el resbale del medio cuello, el resbale acostado, y una multitud de arcaicas habilidades: entreteníanse así los dos hermanos en ascender por su oficio arriba, en ejercerlo, por espacio de una hora, lo mismo que se ejercería hace más de doscientos años.

- XLVII -

No solamente se querían los dos hermanos, sino que se sentían ligados por lazos misteriosos, por ataduras psíquicas, por átomos adhesivos y naturalmente gemelos -aun cuando la edad de ambos era diversa, y diametralmente opuestos sus caracteres-. Pero sus primeros movimientos instintivos eran exactamente idénticos. Experimentaban simpatías o antipatías igualmente repentinas, y si iban a algún sitio, al salir de él se llevaban impresión totalmente análoga de las personas que en él hubiesen visto y tratado. No sólo los individuos, sino los objetos inanimados, que sin razón fundada atraen o repelen, les decían las mismas cosas al uno que al otro. Y, por último, las ideas, esas creaciones del cerebro que nacer no se cabe cuándo ni por qué, y suelen asombrarnos con su aparición: las ideas, en que ni los seres unidos por el amor coinciden, eran comunes y simultáneas en los dos hermanos, que a menudo se volvían el uno hacía el otro para decirse una misma cosa, sin poder explicarse la rara casualidad de ver brotar a un tiempo mismo de dos bocas idéntica frase. Moralmente enganchados así, los Bescapé necesitaban confundir su vida diurna y nocturna; costábales trabajo separarse, y cuando el uno se ausentaba, advertía el otro... -¿cómo lo expresaré?- el sentimiento extraño de algo descabalado, de algo que de repente entra en una existencia incompleta. Si uno de ellos salía a la calle por espacio de algunas horas, parecía llevarse consigo las facultades del hermano que quedaba en casa, el cual no acertaba a ocuparse sino en fumar, impaciente, hasta que el otro volvía... Y si pasaba la hora señalada para la vuelta, el cerebro del que esperaba poblábase de desventuras, catástrofes, vuelcos, transeúntes hechos tortilla, preocupaciones de tan siniestra estupidez, que le obligaban a ir y volver con agitación desde el extremo de su cuarto a la entrada de su alojamiento. Así es que sólo por caso de fuerza mayor se separaban; jamás aceptaba uno de ellos convite a que no asistiese el otro; y al repasar con la memoria todos los años de su común existencia, sólo recordaban haber pasado en cierta ocasión veinticuatro horas cada uno por su lado.

Importa añadir que aún existía un resorte más poderoso para estrechar la fraternidad de los dos hermanos. Su trabajo se confundía de tal modo, y hasta tal extremo se mezclaban sus ejercicios, y lo que hacían era tan de ambos, que nadie elogiaba a

ninguno de ellos en particular, sino a la sociedad, y alabanzas y censuras se dirigían siempre a la entidad moral de la pareja. Así es que aquellos seres no tenían para los dos -hecho casi único en la historia de los afectos humanos- más que un solo amor propio, una sola vanidad y un solo orgullo, herido o lisonjeado a la vez.

Todos los días de Dios veían con simpatía los habitantes de la calle de las Acacias, asomados a sus puertas, ir y volver juntitos, a los dos hermanos, un poco rezagado el pequeño por la mañana, y un poco delantero por la tarde, a la hora de comer.

- XLVIII -

Vestían igual los dos hermanos, y gastaban sombreros muy chiquitos, cepillados con primor, corbatas cruzadas con alfiler de oro que figuraba una herradura, americanas cortas, de hechura de chalecón de palafrenero, pantalones color avellana, que en mitad de la rodilla señalaban con cuatro arrugas la rótula, y botas de doble suela con mucho cobre. Sus trazas eran análogas a las trazas de las gentes empleadas en las elegantes caballerizas de un Rotschild, y notábase en ellos algo de correcto, de britanizado, de serio y plácidamente grave en la apostura, que es propio de los acróbatas cuando no visten el traje de su profesión.

- XLIX -

Con todo, presentábanse ocasiones en que el fondo infantil del carácter de Nelo asomaba al través de su postiza gravedad, y el correcto caballero se permitía alguna diablura, realizada con seriedad propia de un ilusionista inglés. Al terminarse la representación del circo, sucedíales por ventura a los dos hermanos tomar el ómnibus de las Ternas para volverse a casa. Ya se sabe lo que es el público del ómnibus de las once de la noche, máxime si por añadidura se dirige a un arrabal: gentes buenas y candorosas, cansadas y soñolientas, envueltas en tinieblas que a cada instante

surcan relámpagos de luces; gentes de obtusa y embotada sensibilidad, de digestión generalmente laboriosa y a quienes el sacudimiento del coche, al bajarse un viajero, estremece en mitad de su sopor, dejándolas medio adormiladas. Estas honradísimas personas tenían, durante todo el viaje, la vaga percepción de llevar al lado dos caballeros bien puestos, de finas trazas, que habían alargado al conductor sus doce cuartos con distinción exquisita; cuando hete aquí que al doblar la esquina de la calle de las Acacias, en el semidespertar que produce la repentina detención del ómnibus, veían... Lo que veían era tal, que las doce narices de los viajeros que quedaban, repentina y fantásticamente iluminadas por los dos faroles, se tendían con movimiento simultáneo, como una sola nariz, hacia la oscuridad de la calle de las Acacias, entre la cual iba perdiéndose una espalda impasible.

Era que Nelo, al llegar al estribo del ómnibus, había pegado el salto mortal, y después de bajarse de tan inusitada manera, retirábase andando vertical y formalmente, como todo el mundo, dejando a sus compañeros de viaje que se preguntasen con los ojos, con afanosas e inquietas miradas, si habían sido, los doce a un tiempo, juguetes de rara visión.

- L -

-¡Ea, mayorazgo! -decía Nelo cierto día a su hermano, con cariñosa ironía:- ¡ánimo, qué demonio! Ya estamos al cabo de lo que pasa... Se te ha muerto otra criaturita y tenemos que cantarle el De profundis.

-¡Hola! ¿Con qué te hiciste cargo de que había novedades?

-¡Pardiez! Juanillo, si tú te clareas más que un vaso de agua... ¿Quieres que te explique cómo haces? Verás, verás. Por de pronto, dos o tres o cuatro y a veces cinco y seis días, me respondes sí por no, y viceversa. Adelante, pienso yo para mi sayo; crisis inventiva tenemos. Luego, una mañanita en que miras con tiernos ojos al desayuno, y parece que le estás dando gracias a todo cuanto manducas por saber tan bien... Después, una temporada en que cuanto ves lo encuentras barato, y todas las mujeres te parecen preciosas, y dices que hace buen tiempo cuando diluvia... Por

supuesto que los síes y los noes continúan trabucados... Este estado suele durar unas dos o tres semanas... De repente se te pone la cara de hoy, cara de eclipse total... y yo digo para mis adentros, sin chistar: ¡Ya falleció la habilidad inventada por mi señor hermano!

-¡Guasón de los demonios, más te valiera ayudarme... y hacer por tu parte algo en pro del invento!

-¡Cualquier día! Lo que tú discurras, corriente, lo ejecutaré, aunque me cueste desnucarme... Pero el idearlo es cuenta tuya: descanso en ti, como un patriarca... Yo no nací para secarme el meollo cavilando... Si me sacas de los adornitos y las tonterías con que sazono los ejercicios, sanseacabó... Me encuentro feliz y contento viviendo así; no tengo hambre ni sed de gloria.

-Después de todo, estás en lo cierto... soy un egoistón. Pero no puedo vencerme. Tengo una manía; estoy chiflado por encontrar algo que nos haga célebres... Algo que dé que hablar al mundo: ¿sabes tú?

-¡Amén! Pero, francamente, Juanillo, si me diese por rezar todavía, rezaría mañana y tarde para que no llegue el caso.

-Sí, ¡que no te pondrás tú más hueco que yo mismo!

-Será fácil, será fácil que me ponga hueco...; pero, bien mirado, ¡qué simpleza! Y es posible que nos cueste la torta un pan.

- LI -

Llevaban los dos hermanos vida sosegada, metódica, igual, modesta, casi puede decirse que casta. No tenían queridas, no bebían sino agua teñida de vino. Su mayor diversión era ir todas las noches a dar un paseíto por el bulevar, y pararse en todas las columnas, sucesivamente, a leer en cada anuncio sus nombres impresos, tras de lo cual regresaban a su casa y recogíanse.

La fatiga corporal de su trabajo en el circo y de los ejercicios que en casa ejecutaban diariamente, durante horas enteras, para que no se les enmoheciesen las junturas y el trabajo no resultase endurecido; la

incesante preocupación de su oficio y carrera de gimnastas; la perpetua tensión de sus cerebros, ocupados en discurrir novedades para su número, comprimían en ambos mancebos el ardor de la sangre y las tentaciones de libertinaje que engendran otros modos de vivir, no exclusivamente absorbidos por el cansancio del cuerpo y la preocupación de la mente. Eran además los dos hermanos conservadores de la pura tradición latina, la que hará unos veinte años ponía en boca de los últimos atletas que vivieron en tierra romana el axioma de que los hombres de su profesión deben ceñirse a una higiene sacerdotal, y que la fuerza no se conserva en toda su plenitud y todos sus recursos sino a costa de privarse de Baco y Venus: tradición procedente en línea recta de los luchadores y artistas musculares de la antigüedad.

Y si teorías y preceptos no ejercían autoridad bastante sobre la mocedad de Nelo, más ardiente y amante del placer que su hermano, vivía en los recuerdos infantiles del hermano menor, hondamente impreso como lo están las cosas que se graban en la memoria durante los primeros años, el cuadro del terrible e invencible Rabastens, tumbado patas arriba por el molinero del Bresa; y este espectáculo, que con pavor casi supersticioso evocaba Nelo, recordando la decadencia física y moral del infortunado Alcides después de la derrota, le había salvado de dos o tres deslices, al punto mismo de ir a caer en ellos.

- LII -

El cariño de su hermano preservaba también a Nelo, aunque tan lindo mozo, de las seducciones con que a cada paso tientan las cortesanas a los hombres que tienen por oficio lucir hermosas formas bajo un traje de punto. Las mujeres, por livianas que sean, no gustan de las intimidades entre varones, recelando que han de robarles mucha cantidad del exigido afecto: en resumen, la mujer enamorada teme a las grandes amistades masculinas. Nelo, por otra parte, cuando estaba entre mujeres, tenía la feliz desventaja de intimidarlas y quitarlas todo aplomo, con la risueña ironía de su semblante, con una sonrisa natural e involuntariamente burlona; sonrisa que, al decir de cierta hembra, parecía que mandaba a todo el mundo a paseo. Y por último -cosa escabrosa para dicha- en

algunas amigas de amigos de Nelo asomaban en ocasiones atisbos celosos, producidos por la índole de su belleza, y por lo mucho que tenía de robado a la hermosura femenil.

Una noche, cierto picador -que montaba a la alta escuela, ostentando unos muslos soberbios, ceñidos con calzón de ante, y a la sazón gozaba los favores de una horizontal famosa- llevó a Nelo a cenar en casa de su querida. Así que Nelo se retiró, el picador, que le quería realmente y había observado la frialdad y descortesía de la dueña de casa durante la cena, empezó a deshacerse en elogios de su compañero. Oíale su amante muy silenciosa, como mujer que no quiere soltar la lengua, entreteniéndose en dar vueltas a lo primero que encontraba, y mirando sin saber a qué en el aire. Él proseguía, fingiendo no advertir el mutismo de ella. -¿No te parece muy simpático este chico? -decía el picador, acentuando el interrogante. Callaba y callaba la señora, y en su frente se reflejaban ideas raras que no osaban producirse al exterior, y sus ojos seguían errantes por los espacios, y su piececito se agitaba impaciente.

-Pero, sepamos, ¿qué defecto le pones a este chico? -exclamó impaciente el amigo de Nelo.

-¡Que tiene boquita de mujer! -pronunció al cabo la querida del picador.

- LIII -

Con todo eso, había entre el personal femenino del circo una amazona que parecía mirar a Nelo con amoroso afán.

Era una americana de los Estados Unidos, la primer hembra que se había atrevido al salto mortal sobre un caballo, criatura famosa cuya celebridad en el Nuevo Mundo le valió casarse con un gold digger que tuvo la suerte de encontrar una pepita histórica, un pedrusco de oro, grueso como el tronco de un árbol. Rabiando con la forzosa holganza, la respetabilidad y el empaque de su opulenta boda, no bien perdió a su marido tras dos años de matrimonio, dedicose a recorrer los circos de Londres, París, Viena, Berlín, San Petersburgo,

que dejaba apenas se encontraba a disgusto, importándola un bledo pagar daños y perjuicios.

Muchas veces millonaria, la enérgica y extraña criatura adolecía de caprichos semejantes al de aquella meretriz que, antojándosele de pronto andar en trineo siendo verano, mandó enarenar con azúcar molido las calles de un parque: antojo cuyo despotismo revela un poquillo de sinrazón, demencia, insensatez, y, en cierto modo, la ambición de crear imposibles y cosas sobrehumanas, vedadas por Dios y la naturaleza -todo ello realizado con la brutalidad voluntariosa de la raza yanqui, dueña y depositaria del dinero. Verbigracia: al llegar a Europa, y en un palacete comprado en Venecia, la amazona quiso tener en su alcoba una máquina de hacer tormentas; y el mecanismo de esta tempestad a domicilio, con su rueda de hélice, que giraba en el agua, con su registro mayor y menor del ciclón y del huracán, con la adaptación de luz eléctrica, y todo lo demás que -al menos en la cuenta que le pasaron- imitaba el mugir de las olas, el estrépito del trueno, el viento desencadenado, el silbo fustigador de la lluvia, y el sulfuroso culebreo del relámpago, le costó la friolera de trescientas mil pesetas.

Bien pronto se cansó la Tompkins de los cuidados anexos a regir una casa montada en grande, y de la soledad de un edificio enorme, donde vivía sin compañía de ninguna especie; y ahora que se encontraba en París, habiendo depositado en el guardamuebles su máquina de hacer tormentas, alojose en un cuarto del Gran Hotel, pagando también el de abajo y el de encima, para que le permitiesen colgar del techo un trapecio, donde la camarera solía sorprenderla por las mañanas columpiándose desnuda y fumando cigarrillos.

Por lo demás, y aparte de sus ruinosos y secretos caprichos, la vida de la Tompkins parecía de lo más sencillo y metódico. Comía en la mesa redonda del hotel o en algún restaurante de segundo orden, próximo al circo. Usaba siempre la misma clase de sombrero, un fieltro a lo Rubens, y solía vestir ropas de lana cortadas en forma de traje de montar; no pensaba en trapos como las parisienses, y ni lucía vestidos creados por el gran modisto, ni encajes, ni joyas. Poseía, sin embargo, brillantes; un par de aretes no más, pero tamaños como tapones de botella; y cuando las personas que no los

creían falsos lo decían que ya le habrían costado buen dinero, respondía, como al descuido:

-¡Oh, yes! ¡Mi llevar en las orejas 111 pesetas diarias de renta!

Con nadie se trataba, ni siquiera con sus compatriotas, y no gastaba conversación ni aún con las gentes del circo; jamás asistía a bailes de actrices ni a ninguna cena en el café Inglés; siempre andaba sola, desdeñando el apoyo de un brazo masculino. Únicamente por las mañanas, cuando iba muy tempraro a caballo al Bosque, la acompañaba el duque Olao. Este arrogante mozo, conocido en todo París, príncipe, representante de una excelsa familia del Norte, y entroncado con las reinantes por su parentela de reinas y emperatrices, era un tipo original de magnate, enamorado de los caballos, y que llegó a tener en su casa un circo, donde obligaba a su esposa, hijos y servidumbre a hacer ejercicios de volteo -verdad es que, si escudriñamos el árbol genealógico del príncipe, toparemos con una abuela amazona de circo-. Inspiraba al duque la Tompkins un sentimiento complejo y dulce, en que se mezclaba y estimulaban recíprocamente la adoración por la mujer y la pasión por los caballos. Pero tenía que conformarse con el papel de escudero a la jineta y agente de negocios, sí a mano viene, pues la Tompkins le había cantado claro que no podía resistirle sino a caballo, que de otro modo era estiúpido, y que a ella le gustaba vivir sola, sola con sus pensamientos y su esplín.

De suerte que el paseo matutino era el único lazo que existía entre el duque y la estrafalaria amazona. Y los gacetilleros y biógrafos de la prensa, que investigaran el pasado de la Tompkins en Europa y América, no pudieron descubrir ni rastro de un escándalo, de una pasión, o siquiera de un devaneo.

Era la Tompkins personificación de la actividad muscular desatada. Por las mañanas -pues madrugaba mucho- ejercitábase en el trapecio, esperando a que el conserje del hotel abriese la puerta; luego montaba a caballo como un par de horas, y de allí iba al ensayo (los ensayos de saltos en pelo eran siempre antes del mediodía). De vuelta al hotel, después de almorzar, fumaba cigarrillos, agarrándose a cada instante a la barra del trapecio, que no dejaba parar nunca. En seguida cabalgaba de nuevo y correteaba por los alrededores de París, saltando cuantos obstáculos

encontrase. Y de noche, era curioso observar, en un cuerpo tan trabajado todo el día, el vigor, elasticidad y febril trepidación que lo animaban, y la furia intrépida con que la incansable mujer se lanzaba al riesgo de los más difíciles ejercicios, exhalando chillidos guturales, cuyas vocales roncas remedaban exclamaciones en dialecto de indios bravos.

Una cláusula de su contrata en el circo estipulaba que sus ejercicios, que se verificaban un día sí y otro no, hablan de colocarse siempre al final de la primera parte; de modo, decía ella, que pudiese acostarse a las diez y media todas las noches.

Cuando no estaba contratada, y los días en que no trabajaba, una berlina de alquiler aguardaba a la amazona a la puerta del Gran Hotel, a la hora de terminarse la comida, y la llevaba a cierta calle de los Campos Elíseos, frente a una vasta construcción, cubierta de vidrios, y en cuyo frontón se leía en letras medio borradas por la lluvia: Picadero de Hauchecorne. Al rodar el coche por la esquina de la calle, abríase una puertecilla en la desmantelada fachada, y un hombre introducía a la Tompkins apenas sentaba el pie en el suelo. Penetraba ella en el picadero oscuro, vacío y silencioso, donde sólo se entreparecían las siluetas de dos o tres individuos, provistos de linternas sordas e inclinados sobre tiestos de roja tierra. En el centro del picadero veíase extendida un tapiz oriental, legítimo, un trozo de terciopelo raso, que mostraba, como sobre reverberaciones de escarcha, flores y caracteres persas del siglo XVI, tejidos en la clara suavidad de tres matices solamente: plata, oro verdoso y lapislázuli. A un lado se erguía un rimero de bordados almohadones. Tendíase la norteamericana sobre el tapiz, deshacía la pirámide de cojines, los atraía y situaba bajo su cuerpo, sosteniendo espalda y brazos, y buscando lenta, casi voluptuosamente, una perezosa postura, reclinada en muelles puntales. En seguida la Tompkins encendía un cigarrillo.

Como si el punto ígneo que entre la oscuridad aparecía en sus labios fuese una señal, luces de bengala se alzaban de todos los tiestos y alumbraban un recinto tapizado de los más bellos cachemiras de Indias; invisibles surtidores perfumados difundían en el aire un polvillo líquido, irisado con el azulado y rojizo tono de las luces, y entraban dos palafreneros, llevando del diestro, el primero un

caballo negro, en cuyos jaeces brillaban menudos rubíes, y el otro un caballo blanco, cuyos jaeces constelaban chispas de esmeralda.

El caballo negro, llamado Erebo, tenía la piel bruñida y sombría como un mármol sepulcral, y sus fosas nasales espiraban fuego; el caballo blanco, llamado Nieve, parecía una ola de flotante seda, entre la que asomaban unos ojos húmedos. Los dos mozos de cuadra llevaban del diestro a los caballos, pasándolos y repasándolos por delante de la amazona, a quien sus cascos rozaban casi.

Inmóvil, aspirando distraídamente chupadas de tabaco, en el picadero que la gente creía público y era de la amazona, contemplando los caballos que jamás montaba en la calle y que paseaba mientras París dormía, en medio de la fiesta que se daba a sí propia no más, saboreaba la Tompkins el goce regiamente egoísta, el solitario placer de poseer en secreto objetos hermosos y únicos, desconocidos para el resto del orbe.

Pasaban los caballos del paso al trote, del trote al galope, y los palafreneros los hacían caracolear, y rielaban los brillantes reflejos de su piel, el liso raso de sus ancas, las esmeraldas y rubíes de sus arreos, entre los arabescos de los cachemiras, las luces de los fuegos artificiales, las irisaciones de la imperceptible lluvia coloreada. De cuando en cuando la Tompkins llamaba a sí a Erebo o Nieve, y sin moverse, alzando la cabeza, tendía al animal con los dientes un terrón de azúcar, y le besaba el hocico. Y seguía admirando, sin dejar de fumar, la braveza y el ardor de los indómitos brutos, alumbrados por luz fantástica.

En un momento dado se levantaba y tiraba la colilla del último papelito.

Al punto se extinguían los fuegos de bengala, se paraban los surtidores, se oscurecían los chales indianos, y la sala resplandeciente tornaba a su primitivo ser de miserable Picadero de Hauchecorne.

Un cuarto de hora después, la mujer de los aretes de ochocientas mil pesetas, la dueña de Erebo y Nieve, pedía al conserje del hotel la

llave de su cuarto, y se acostaba sin doncella que la ayudase a desnudar.

Al día siguiente reanudaba su modesta vida, y sólo cuando los periódicos trompeteaban la venta de un cuadro o mueble artístico inmensamente caro, fuese malo o bueno, mediano o magnífico, tomaba un simón, sacaba de la cartera la cantidad exigida, y se llevaba el cuadro o el mueble en la plataforma del cochecillo, sin decir su nombre. Y en su cuarto, que no tenía más muebles que la cama, la mesa de noche y el trapecio, trepaban por la pared, herméticamente clavadas y sobrepuestas, cajas de madera sin pintar que contenían las adquisiciones de la amazona, muy empaquetadas y a quienes su dueña no otorgaba una mirada nunca.

Aún tenía otros gastos la Tompkins, propios suyos. No bien se producía en cualquier punto de Europa un cataclismo de la Naturaleza, o se preparaba el espectáculo de una tragedia humana, metíase en el tren, andaba y desandaba cientos de leguas, dejaba a París con objeto de presenciar una erupción del Etna, así como había atravesado y vuelto a atravesar varias veces toda Europa, cuando moraba en San Petersburgo, a fin de gozar, durante una hora o un segundo solamente, la atroz sensación de una riña a puñadas en Londres o una ejecución en la plaza de la Roquette.

Pero si el derrochar todo el dinero imaginable importaba poco a la norteamericana con tal de satisfacer un capricho, aún le importaba menos tratándose de librarse de la contrariedad más leve, del menor estorbo, de un hilo que se cruzase en el camino de sus deseos, aficiones y manías. En el primer impulso de su exasperación contra el individuo u objeto que la contrariaba, importunaba o desagradaba, instintivamente, y en cualquier coyuntura, acostumbraba pronunciar una frase altanera, muy propia de su tierra, frase donde se revelaba toda la insolencia del vil metal: «Mi comprarlo» decía, hablando como los negritos, pues se desdeñaba de expresarse correctamente en lengua francesa. Para este género de gastos en que no suelen despilfarrarse las gentes ricas, mostrábase la Tompkins real y verdaderamente excéntrica: tenía larguezas y generosidades singulares, adquisiciones raras e incomprensibles. Sin ser música, compraba la Tompkins muy caro un piano, cuyo anuncio, al aparecer diariamente en El Entreacto, le atacaba los

nervios; subvencionaba asimismo, a precio exorbitante, la demolición de cierto quiosco que hacía un efecto disgracious en el jardín del establecimiento balneario adonde solía concurrir; por último, obtenía -mediante la contribución de un billete de mil francos al dueño del restaurante más próximo al Circo- que despidiese a un dependiente, el cual, según la derrochadora, tenía el defecto de parecerse, ¡vaya usted a saber en qué rasgos!, «a un vendedor de barómetros».

Pero la anécdota que da mejor idea de lo dispuesta que estaba la Tompkins a pagar caro el librarse de la más mínima contrariedad y estorbo en sus hábitos y gustos, es lo que acababa de sucederle con el director del Circo. Habiendo un acomodador notado olor a tabaco en el pasillo, empujó la puerta del cuarto de la Tompkins; y como viese a la amazona fumando tendida en el suelo, le dijo, asaz descortésmente, que estaba prohibido fumar y que apagase inmediatamente el cigarrillo.

-¡Aoh! -pronunció la Tompkins, que continuó fumando sin responder más.

En vista de lo cual fue avisado el director-gerente, que allí se encontraba, y subiendo al cuarto, con toda la amabilidad debida a una artista de great attraction que proporcionaba a la Empresa tantos llenos, la explicó en afectuosas frases que en el edificio había mucha madera, muchas materias inflamables, y un cigarrillo podía ocasionar incalculables pérdidas.

-¿Cuánto dinero las pérdidas de todo, señor? preguntó, interrumpiéndole, la amazona.

-Señora, en caso de incendio, el Circo está asegurado por unos cuantos cientos de miles de pesetas.

-Very well, very well... Haber en París, yo creo, una Caja de Depósito y...

-De Depósitos y Consignaciones querrá usted decir, señora.

-Oh, yes, eso mismo... y el dinero de las pérdidas de todo... estar mañana en la caja del... delos... que usted decir... Usted tranquilo... mi seguir fumando... Páselo bien, señor.

¡Tenía la Tompkins un cuerpo admirable! Alta y esbelta, de formas gallardas, de líneas prolongadas, pero mórbidas, eran sus carnes apretadas y firmes; su seno breve y turgente, de intacta doncella, nacía muy arriba; al mover sus redondos brazos se le formaban en los omóplatos juguetones hoyuelos, que embellecían los hombros; sus manos y pies, un tanto grandes, terminaban con las gentiles arborescencias de las estatuas de Dafne convertidas en laurel. Y en este cuerpo soberano giraba impetuosa la sangre, y ascendía y descendía una vitalidad ardiente, la jubilosa salud de una nueva generación; salud que, cuando la Tompkins saltaba desde el caballo a tierra, bañada en sudor, derramaba en torno suyo un sano olor de centeno y pan caliente.

Se unía a este cuerpo, por una garganta altiva, la cabeza de correctas facciones, con naricilla recta y corta, labio superior que, al sonreír, se le aproximaba mucho; pero cabeza a la cual la cabellera de un rojo encendido, los ojos grises que resplandecían como el acero, las duras claridades de la trasparente tez -claridades semejantes a las que cruzan por la faz de las irritadas leonas-, daban un aspecto de fiera hermosísima.

Las ojeadas que lanzaba la Tompkins al payaso no revelaban ni coquetería ni ternura; posábanse en él casi con dureza, escrutando su perfección anatómica con algo de la lucidez mercantil que tiene el mirar de un eunuco negro al feriar esclavos en el mercado. Mas no importa: el caso es que la pupila de la Tompkins no se desviaba de Nelo mientras éste se hallaba en el circo; fijábase constantemente en el mancebo, que sin poder explicar la causa experimentaba hacia la norteamericana instintiva antipatía, y rehuía sus miradas, andando sobre las palmas de las manos, y dando a su adoradora, con las piernas vueltas sobre la cabeza, acrobáticos palmos de narices.

- LIV -

Una mañana, bajo el enverjado del pabellón de música, al acabar de comer los dos hermanos, Juan dijo a Nelo, mientras cargaba su pipa con beatífica lentitud:

-Hemos acertado con ello, hermanillo... y de esta vez está cogido y no se escapa.

-¿El qué?

-Nuestra habilidad... ¡Ya sabes!

-¡Diantre! ¡Pues apenas será entretenida la cosa!... Y si no, confiésalo francamente. ¿A que la comodidad del busilis se puede dar por dos cuartos?

-Ea, no te me insubordines ya... Y a propósito: sabrás que alquilo el desván del rejista.

Acababa el rejista de heredar una casita y unas tierras en su provincia, y partiera hacía cosa de tres o cuatro semanas, encargando a Juan que, si aparecía comprador, le vendiese el pabelloncito.

-¿Y para qué necesitamos su desván?

-Te diré... Es que para mi negocio, el taller del carpintero es muy bajo... de manera que haremos levantar el techo y así dispondremos del edificio hasta las tejas.

-Pero, hombre... ¿por casualidad has resuelto que yo salte a pies juntillas sobre la torre de Santiago?

-No..., sólo se trata de saltar a lo alto cosa de unos catorce pies.

-A lo alto y perpendicularmente, como si lo viera... ¡Eso no se ha saltado desde que el mundo es mundo!

-Razón tendrás; pero ahí está el toque... Y ha de ser con un trampolín.

-¡Vaya, cosas tuyas!... No le dejas a uno vivir en paz un instante.

-Nelo, por Dios y sus santos... Lo tomaremos con calma; no es puñalada de pícaro... y, con buena voluntad, a todo se llega.. ¿No te acuerdas de que papá anunció que llegarías a saltar?...

-En resumen, ¿te contentarás con eso? ¿Podrá uno después descansar tranquilo? ¿No se te meterá en la sesera, cada día, una diablura nueva y recién salidita del horno?

-¿Cuánto te parece a ti, hermanillo, que podemos saltar en el momento presente?

-¡Nueve o diez pies... y gracias!

-Sí; cuatro pies hay que ganar.

-¿Te dignarás decirme de qué se trata?

-Ya te lo diré, cuando consigas pasar de los trece pies; porque si no los saltas, mi habilidad fracasó; y si te explicase ahora el intríngulis, te parecería tan difícil, que... te conozco, ibas a desesperar del resultado para siempre jamás.

-¡Bueno! ¡Magnífico! No te conformas con el saltito a secas, y aún quieres bordarlo, de seguro, con equilibrios y vértigos de violín... y el diablo y su madre... y tal vez huesecitos rotos...

De pronto, en mitad de su lamentación, Nelo vio que el rostro de Juan se nublaba y entristecía, y se interrumpió diciendo:

-¡Tonto, si yo haré cuanto se te antoje...! ¡Como si no estuvieses harto de saberlo! Pero, al menos, déjame gimotear un poquito... Así me voy animando.

- LV -

Ocho días después estaba derribado el barracón, y colocado en el suelo un trampolín de dos metros y veinte centímetros. Enfrente, y casi pegado a él, entre dos montantes de quince pies, fijos en la removida tierra, y semejantes a esas graderías donde se escalonan floridos tiestos en los jardines, subía y bajaba una plancha movible,

que una cremallera permitía alzar pulgada a pulgada. Y para amortiguar las caídas, había debajo de la plancha un lecho de capas de heno mullido.

Todas las mañanas, Juan despertaba tempranito a Nelo, y los dos hermanos se ejercitaban en saltar la plancha, que cada día de los primeros iba ascendiendo algunas pulgadas. Por la tarde los dos estaban desencuadernados, con agujetas en el vientre, estómago y lomos, y el médico del Circo explicaba a Nelo que eran producidas por la relajación de los músculos rectos del abdomen y trapecio de la espalda. Y Nelo, sin desistir de tratar a Juan, a cada rato, de «hermano imposible» y de embromarlo, entre risueño y quejumbroso, con los males de los músculos rectos, seguía esforzándose en alcanzar el salto que requería el ejercicio.

- LVI -

El salto, vuelo que momentaneamente desprende de la superficie terrestre a un cuerpo denso, blando, musculoso, compacto y material, que no posee para sostenerse en el vacio nada del contrapeso gaseoso, del flotante aparato de los seres voladores; el salto, digo, cuando alcanza extraordinaria elevación, raya en prodigio. Porque para conseguir saltar, necesita el hombre realizar, sobre el pie estribado en el suelo, la flexión oblicua de la pierna y el muslo, y sobre el muslo la del torso. Y en este escorzo del cuerpo, en este descenso del centro de gravedad, en el semicírculo de los miembros plegados y recegidos como los extremos de un arco con la cuerda tendida, requiérese un súbito disparo de los extensores, análogo al escape de un resorte de acero, que con un solo empuje venza la adhesión de los dedos gruesos, atados al suelo por la gravedad, enderece en rígida tiesura piernas, muslos, columna dorsal, y proyecte la masa corpórea hacia el cielo, mientras los brazos, con los cerrados puños tendidos, lanzados hacia el límite externo del desarrollo, hacen, según frase del médico Barthez, oficio de alas.

Esforzábase Juan en auxiliar y provocar de todas las maneras imaginables el disparo de los extensores que habían de determinar la proyección de un cuerpo de peso de ciento treinta libras a cerca de

quince pies de altura aérea, y, por añadidura, perpendicularmente. Mucho tiempo obligó a Nelo a que buscase, al pasar corriendo por el piso del trampolín, el modo de colocar los pies de suerte que la plancha adquiriese el mayor péndulo posible. Constriñó a su hermano a que estudiase la fuerza relativa de sus dos piernas, para que, al lanzarse, se apoyase en la más fuerte y de ella recibiese el impulso. Y también lo acostumbró a saltar, teniendo en las dos manos pequeñas pesas, a fin de levantar y lanzar a lo alto el cuerpo con más bríos.

- LVII -

En el ejercicio que habían de ejecutar ambos hermanos, Juan no necesitaba elevarse más que a nueve pies de altura. Casi inmediatamente había conseguido este resultado, y ahora se ejercitaba, no ya en saltar sobre una plancha, sino sobre una barra, conservando en ella el equilibrio.

En cuanto a Nelo, al cabo de un trabajo de tres meses, que le había reventado todas las venillas de las piernas, consiguiera saltar trece pies, pero el pie y algunas pulgadas que faltaban para el éxito completo del ejercicio, no salían: permanecía fijo en sus trece pies, por mucha energía, obstinación y esfuerzo que desplegase, anhelando satisfacer a Juan.

Entonces, con desaliento colérico y pueril, declaró a su hermano que estaba loco, loco de atar y encerrar, y que se gozaba en hacerle intentar cosas que de antemano sabía ser completamente imposibles.

El mayor, que conocía bien a su hermano, su móvil e impresionable condición, su facilidad para animarse y desanimarse, no entró en discusión con Nelo; fingió aprobar y convenir, y durante algún tiempo manifestó tácitamente haber renunciado por completo a la famosa habilidad.

- LVIII -

Mucho se había divertido el joven payaso con el enfado y contrariedad que se pintaban en el rostro de la Tompkins al darle él sus acrobáticos palmos de narices. Como Nelo seguía siendo chiquillo, y travieso y pesado a la manera que los chiquillos lo son, discurrió convertir la pausa que se concede en el Circo, durante las representaciones nocturnas a amazona y caballo para que respiren -pausa que se entretiene con los jocosos requiebros y galanteos del payaso a la artista- en un largo intermedio, semicruel. Dirigiéndose a la Tompkins prodigaba ademanes de admiración, en que casi se desnucaba del modo más extravagante; éxtasis en que se postraba de rodillas con grotesco pasmo; deseos amorosos que declaraban sus piernas por medio de un trémolo imposible: manos apoyadas en el corazón con contorsiones inauditas, y, por último, adoraciones y súplicas que ponían en caricatura todos los músculos de su cuerpo, por cuyos nervios brotaba a chorros la acre sátira plástica. Haciendo guitarra de una de sus piernas vueltas, remedaba, mirando a la dama, las más seductoras hipérboles de las serenatas amorosas. Y cada día variaba de programa, y lo aumentaba y bordaba un poquito más; y aún solía, con objeto de prolongar la desazón de la norteamericana, agarrarse a la cola del caballo cuando arrancaba ya, y realizar movimientos que eran otros tantos epigramas, y actitudes del espinazo llenas de ironía inexplicable. Era a modo de pantomima ejecutada por un Deburau mozo, lindo, distinguido y fantástico; pantomima nada canallesca, ni siquiera grosera, sino rápida, delicada, bosquejada en el aire, delineada por medio de la burlesca silueta de un cuerpo satírico, y entendida perfectamente por el público de las localidades de primera, que ya iba dando en concurrir al Circo por ver aquel croquis gimnástico tan gracioso. En realidad, creían asistir a una alegre escena de comedia muda, en que el joven payaso, con espaldas, piernas, brazos, manos, y también, en cierto modo, con el ingenio de la destreza física, oponía, riéndose, al ardor de una hembra -y algunos concurrentes asiduos conocían a esta hembra muy bien- la indiferencia más burlona, el desprecio más mofador, el desdén más jocoso.

No se contentaba Nelo con tan poco. Algo engreído por el éxito de su malignidad, y otro poco por las excitaciones de sus compañeros, resentidos con la altanería de la amazona, se deslizó a arañar a su

apasionada en el lugar más sensible de su vanidad femenil y en la fundada presunción que hacía de sus formas encantadoras. El suelto y elástico cuerpo de la Tompkins carecía de la serpentina ondulación que distingue a los de las parisienses: tenía la columna vertebral británica, un tanto rígida, y que, aún descoyuntada y quebrantada por la profesión, no se prestaba a graciosas flexibilidades. Decía cierto escultor que vivió largo tiempo en Inglaterra y los Estados Unidos, que jamás pudo encontrar, entre todos los esbeltos y elegantes bustos femeninos de ambos países, un torso de modelo capaz de servirle para estudiar la inclinación de una Hebe que alarga la copa a Júpiter, de una Cipris tendida, con las riendas en la mano y arrastrada por un tronco de palomas. Nelo, pues, remedaba en caricatura la tiesura graciosa de la Tompkins, entre la hilaridad general, exagerando las inflexiones ásperas y las anquilosadas reverencias del cuerpo juvenil y hermoso de la norteamericana, cuando daba gracias por sus aplausos al público.

Y cuanto más veía irritarse a la amazona, más gozaba en mortificarla el travieso payaso. Ya no se contentaba con las noches de función; la perseguía con sus bromas pesadas y tercas, en los ensayos y en todas partes, sin dejarla punto de reposo. Si la norteamericana, a la entrada del pasillo de la derecha, se preparaba a su ejercicio ecuestre con brincos, que terminaban en cruzadas cabriolas, al punto veía aparecer, en la entrada del pasillo de la izquierda, a Nelo, que, encaramado sobre uno de esos altos taburetes blancos con listas coloradas, que sirven para el salto de las banderolas, le dirigía, rodeado de un círculo de acomodadoras que celebraban el chiste, mil estrambóticas morisquetas.

Dos o tres veces, en medio de estas chocarrerías, y en ocasión de hallarse bastante próximo a la amazona, la había visto Nelo apretar, con mano próxima a descargar el golpe, el puño de su látigo, que era una cabeza de hipocampo de cristal de roca; y al verlo, esperó, como rapaz a quien tienta el deseo de recibir el cachete que le amaga; pero al instante mismo, la otra mano de la amazona empuñaba el látigo por el medio, y lo deslizaba muy despacio entre sus dedos crispados, arqueándolo por cima de su cabeza como doblegada rama; y después de un seco y extraño «¡aoh!», la mujer recobraba su impasible aspecto y la fijeza de su mirar.

Porque es de advertir que la Tompkins seguía mirando a Nelo todo el tiempo que estaban juntos en la pista; sólo que ahora su mirada expresaba un rencor alarmante.

-Mira, déjala en paz -dijo una noche a Nelo el payaso Tifani-. ¡Yo que tú, te lo aseguro, tendría miedo a la mirada de esa moza!

- LIX -

En sus primeros ensayos del nuevo ejercicio, los dos hermanos se servían de un trampolín de madera sin pintar, hecho por un carpintero de la vecindad; el rudimentario trampolín de los saltimbanquis. Juan, sin que Nelo lo supiese, encargó en casa de un especialista, vigilando él mismo la construcción, un trampolín, en que reemplazó el pino con el fresno de las islas, madera que los norteamericanos conocen con el nombre de lance vood. Era un trampolín levemente modificado, que tenía algo de la batuda inglesa, y medía tres metros de largo, con una inclinación del piso que lo levantaba cuarenta centímetros del suelo al punto en que el saltarín toma vuelo para lanzarse. A fin de prestar mayor elasticidad a la plancha, Juan la mandó adelgazar hasta el punto crítico en que aún podía doblarse y ceder sin fractura. Y, al cabo, terminado el trampolín, sustituyó el último montante de madera con una barra de acero envuelta en un trozo de alfombra, que obedecía a la percusión del gimnasta, comunicando extraordinaria fuerza propulsora al salto.

Colocado en las Ternas el trampolín, rogó el hermano mayor al menor que lo probase. En el salto primero, dado sin entusiasmo, ganó ya Nelo medio pie. Y de seguida, tras cinco o seis ensayos del brinco, hechos sin levantar mano, antes que el mayor hablase de lo que más le interesaba, el menor le gritó, en mitad de un vuelo, que ya estaba arreglado el asunto, que con aquel trampolín haría lo que Juan tanto ansiaba. Algunos días después, Nelo alcanzaba el salto de los catorce pies de altura. El ejercicio entraba en el terreno de lo posible, de lo factible a breve plazo.

En vista de ello, Juan conferenció con el director-gerente; díjole que era llegado el momento de llevar a feliz término cierta habilidad

extraordinaria, nunca vista, y que le suplicaba licencia por un mes, a fin de perfeccionar debidamente la invención.

Juan gozaba fama de descubridor. Tiempo hacía que el Circo, lleno de curiosidad, aguardaba algo, y algo estupendo, que daría de sí, por fuerza, el constante ensimismamiento, del payaso. El director compartía la confianza de los compañeros de Juan; vino, pues, muy de grado en lo que se le pedía, añadiendo que otorgaba todo el tiempo preciso.

- LX -

La perfecta ejecución de la habilidad, en todo su conjunto y detalles, requería más tiempo del que Juan calculó al pronto. Ambos hermanos trabajaron seis semanas cerrados en su gimnasio en miniatura: cuando los rendía el cansancio, se arrojaban sobre el heno que mullía el piso, dormían cosa de una hora, y vuelta a empezar. Era menester que el éxito, logrado una vez por feliz casualidad, y erigido casi en costumbre merced al esfuerzo y labor cotidiana, pasase a ser acierto infalible, seguro, constante, sin fracaso posible: y esta continuidad y permanencia del éxito, indispensable para que una habilidad pueda producirse ante el público, a veces la inutiliza. Además, así que Nelo llegó a saltar la altura apetecida, resultó que el salto no había de realizarse en espacio abierto y libre: Juan lo encerraba en el círculo estrecho de dos aros de bramante, figurando la boca y el fondo de un tonel: empresa nueva. Y, por último, ya tenía Nelo que saltar sobre los hombros de su hermano, cuyos pies descansaban en un estrecho tallo de hierro en figura de semicírculo; y la horrible dificultad de la persistencia de ambos acróbatas, el uno bajo el choque, el otro teniendo que quedar afianzado y a plomo sobre una base de músculos, de carne agitada, exigía infinidad de tentativas, ensayos y pruebas. Cuando Nelo creía todo definitivamente arreglado, resulta que Juan quería coronar la invención por medio de una serie de saltos mortales de los dos acróbatas al mismo tiempo, el uno debajo del otro, y para los cuales -sobre puntos de apoyo imposibles- necesitaban unir, a una igualdad y concordancia de movimientos extraordinaria, la recta destreza del viejo Auriol, ducho en caer del cielo metiendo los pies dentro de sus zapatillas.

Faltaba todavía discurrir la invención estética, en que, según añeja costumbre, querían engarzar su trabajo los gimnastas. Nelo, el poeta acostumbrado de los ejercicios fraternales, había ideado caprichos muy graciosos, un marco risueño y fantástico, y trozos de música que eran a la vez ecos de huracanes, y de suspiros de la Naturaleza. Pero llegado el último instante, ambos hermanos observaron que el adorno y floreo del aparato escénico encubría y oscurecía lo osado del ejercicio. De común acuerdo, resolvieron ser por una vez gimnastas, y nada más que gimnastas, reservándose más tarde adornar la habilidad con sus inventos poéticos, para refrescarla cuando se anticuase.

- LXI -

A la caída de una tarde veraniega salieron los dos hermanos de su reducido gimnasio, haciendo ademanes de enajenados, y resplandeciendo en su semblante indecible felicidad. Detuviéronse repentinamente en mitad del patio, y, mirándose cara a cara, ambos pronunciaron a un mismo tiempo la frase: «¡Cosa hecha!» Luego volaron a sus habitaciones, donde se vistieron, arrancando los botones de la camisa, rompiendo los cordones de las botas -con la torpeza que comunican al tacto y al juego digital de quien se arregla precipitadamente, las grandes emociones- y sintiéndose empujados hacia fuera por inexplicable y apremiante necesidad de salir, circular y moverse. Y al vestirse se miraban palmoteando y riendo y, por turno, canturreando, se decían: «¡Cosa hecha!»

Arrojáronse en el primer coche que encontraron, y como les pareciese que no corría bastante y no encontraban gusto en un género de locomoción en que se sentían inmóviles, al cabo de diez minutos pagaron al cochero, bajándose.

Echaron a andar a paso redoblado, tomando el centro de la calzada para disfrutar de más campo libre, y al mirarse casualmente, sorprendiéronse, reparando que ambos llevaban en la mano el sombrero.

Comieron en el primer figón que se les presentó, sin saber lo que metían en la boca; y al preguntarles el mozo qué querían que les

sirviese, contestaron: «Deme usted lo que toma ese señor que está ahí cerca.» Lo que es aquella noche, no era Nelo más locuaz que su hermano.

Luego se echaron a buscar los sitios donde se entra y sale de bureo, donde el cuerpo se agita, donde pudiesen esparcir y pasear su calentura. Penetraron en bailes y conciertos, y allí, entre la multitud y bajo la luz deslumbradora, empujados por el remolino de los demás, en maquinal paseo, que giraba sin tregua alrededor de un ruido musical, iban y volvían incesantemente sin ver ni oír cosa alguna, con el cigarro apagado en la boca, ausentes moralmente del lugar, del mundo y de los objetos exteriores, entre los cuales rondaron la noche entera..., pero volviéndose de tiempo en tiempo el una hacia el otro, y diciéndose, sin más lenguaje que la expresión beatifica de su semblante: «¡Cosa hecha!»

- LXII -

Al día siguiente, los dos hermanos reanudaron sus faenas en el circo. La interior satisfacción de Nelo redoblaba su malignidad, sus diabluras contra la Tompkins. Juan, por su parte, llamó a capítulo al director, y le convidó a presenciar la realización del nuevo ejercicio descubierto por él y su hermano. El director, que no sin impaciencia esperaba el anuncio del éxito completo, respondió a Juan que al otro día, a cosa de las diez, estaría sin falta en las Ternas.

En efecto, a la hora señalada, allí se encontraba el director, con las manos sepultadas en los bolsillos del pantalón, de pie ante el trampolín del reducido gimnasio. A medida que veía desarrollarse el trabajo de los dos hermanos, su rostro adquiría la cerrada expresión, la represión, por decirlo así, del entusiasmo, que suele notarse en el frío rostro de un aficionado a objetos de arte cuando le enseñan inestimable curiosidad y teme que le exijan por ella exorbitante precio.

Ya habían terminado los dos hermanos, y Juan, un tanto cohibido por el silencio del espectador, preguntole:

-¿Qué opina usted?

-Es cosa buena, buena de verdad... Más me gustaría en invierno... Pero de todos modos, siempre alcanzaremos a anticiparnos a la caza y las vacaciones... Sí, sí, me parece que con esto se va a lograr un triunfo... Sólo que se necesita crear atmósfera... Lo que el ejercicio tiene de notable, no lo entiende al pronto la gente... Esto no hace el efecto de lo que se ejecuta allá en el friso... ni produce el escalofrío de la muerte chiquita (y aquí el directer imitó el juego de unos codos que se ciñen a un oprimido pecho). Es necesario que la prensa se tome el trabajo de explicar al público y darle mascado el peligro inminente, mortal de ese ejercicio... ¡Nada como la prensa..., no se puede prescindir de ella! Y ustedes, al estrenarse, no la tuvieron muy de sobra... Vénganse ustedes pasado mañana a estar conmigo, para que encarguemos los accesorios y organicemos la sección de reclamos; yo me ocuparé en eso desde hoy mismo... Y ahora descansen ustedes; les eximo de todo servicio... Por supuesto, si el ejercicio sale bien, me tienen ustedes dispuesto a introducir ciertas modificaciones en la contrata... Pero, como ustedes comprenden, hay que ver de montar esto lo antes posible.

Y ya en el umbral de la puerta, a despecho de todas las restricciones que trataba de añadir a su felicitación, el director no pudo menos de volverse, exclamando:

-Es cosa buena, vamos; de recibo.

- LXIII -

Los días que faltaban hasta el de la representación, transcurrieron para los dos hermanos entre el dulce y vago transporte cerebral que causan a la mísera humanidad los impensados favores de la suerte, la realización de lo inesperado, las sorpresas gratas que reserva el destino. Sentían que llenaba su cabeza un calor, una llama, que ardía en el vacío de una atmósfera de dicha. Interior y nervioso júbilo les cortaba el apetito, con tanta eficacia como podría cortárselo una desazón profunda. Pisaban las piedras de la calle con la obtusa sensación del que anda sobre alfombras. Y todas las mañanas, al despertar, al ver la claridad interrogaban a la suerte para cerciorarse de su real presencia, y en la incertidumbre del primer tránsito del dormir al velar, le preguntaban: «¿No eres un sueño?»

- LXIV -

Acababan de salir el carpintero y el cerrajero, llevándose las instrucciones de Juan a fin de construir el aparatito necesario para la ejecución del nuevo ejercicio en el circo, y, desde el umbral, se habían comprometido nuevamente a que todo estuviese listo en el término de cinco días.

-Sepamos si han leído ustedes la prensa teatral -pronunció el director interrogando a los dos hermanos, al mismo tiempo que recogía, y juntaba los periódicos esparcidos por su pupitre, en los cuales había párrafos rodeados de una raya de lápiz rojo-. Ya empieza el tole-tole respecto a su invento de ustedes; la cosa fermenta, como dicen en las subastas públicas... Entérense ustedes..., vean lo que estampan aquí tirios y troyanos.

«Háblase de un ejercicio nuevo y altamente extraordinario...» «Se comenta mucho un ejercicio que las gentes del oficio tienen por imposible, y que en breve se realizará en el Circo de Verano...» «Según se afirma y repite en los círculos acrobáticos, París presenciará en breve un ejercicio digno de parangorarse con los del famoso Leotard...» «Un salto en tales condiciones y con tal atrevimiento, que no lo había intentado la antigüedad misma...»

-Me parece que no está mal anunciado el asunto, ¿eh? Ya a todo el mundo le pica la curiosidad...; ahora es necesario precisar, salir de anuncios vagos... y ha llegado el momento de lanzar al público un cacho de su biografía de ustedes, verdadesa o verosímil... Hasta ahora convenía el atractivo de lo desconocido; hoy interesan más los informes exactos... Importa que París se entere del pasado de ustedes, de sus costumbres y de la historia de su ejercicio...; que sean ustedes de esas personas cuyo retrato anda por todas partes, y que así, conociéndoles, la gente simpatice con ustedes y se entusiasme de antemano... Por supuesto, que esta vez me figuro que les nombraremos y anunciaremos en todas partes como lo que son, como hermanos... Es cosa convenida, ¿verdad? Los hermanos Bescapé.

-No -dijo Juan.

-¿Cómo que no?

-No -repitió Juan-. Bescapé es nuestro nombre de titiriteros; pero tomaremos otro, que nos queremos crear nosotros mismos.

-¿Y cuál es?

-Los hermanos Zemganno.

-¡Zemganno! ¿Y sabe usted que el tal nombre es efectivamente muy original? Tiene al principio un diantre de una zeta que imita un toque de clarín... ¡Hombre! Parece las sinfonías que tocan aquí en el Circo, cuando hay un repique de campanillas entre un redoble de tambores.

-Pues ése es el nombre que usábamos antes.

-¡Calle! Cierto. ¡Maldito si me acordaba!

-Tuvo éxito en Inglaterra - añadió Juan -, y por eso pensé reservarlo para el día que... Luego, yo estoy encariñado con ese nombre, no sé por qué razón... Mejor dicho, sí que lo sé. -Y Juan articuló el resto del período como si hablase consigo mismo.- Somos bohemios de origen..., y yo dudo muchas veces de si habré inventado o no ese nombre... Más bien me parece recordarlo como un murmullo sonoro siempre en labios de nuestra madre... siendo yo muy pequeñito.

-Conque quedamos en Zemganno -murmuró el director-. Y... ¿qué tiempo necesitan ustedes para ensayar en el Circo?

-Tres o cuatro días, a lo sumo... Lo necesario para probar el trampolín nuevo.

-Bien... Con les cinco que piden el carpintero y el cerrajero... la cosa puede arreglarse para dentro de diez días. ¿Dónde han nacido ustedes? ¿Dónde?...

- LXV -

El día de la función comieron ambos hermanos a las tres, y se dirigieron al Circo cuando estaba entrando el público.

-Juanillo, ¿te acuerdas del portón del Circo de Invierno? -dijo de repente Nelo a su hermano, despues de caminar largo rato silenciosamente.

-¿Por qué?

-¿Te acuerdas del día en que nos estrenamos, con los alrededores oscuros y desiertos de gente, la contaduría y el despacho de billetes sin un alma, y allí delante un coche de punto... más tronado? El cochero dormía como un lirón. ¿Te acuerdas que nos pusimos, antes de entrar, a mirar todo eso con gran tristeza, pensando en que teníamos bien mala sombra en este mundo? ¿No parece que está uno viendo todavía, a los lados de la puerta de caballos, las dos estatuas con las ancas cubiertas de nieve, y aquella noche tan fea, y el edificio todo oscuro, y por los cristalazos distinguíamos iluminado únicamente el fondo, todo rojo, y encima, inmóviles, los sombreros de los cobradores, y el chacó de un municipal apoyado sobre una valla..., y en todo el vestíbulo no había otra alma viviente?

-Bien, hombre..., ¿y qué?

-¡Que si hoy en el Circo de Verano nos sucede dos cuartos de lo mismo!

Juan volvió los asombrados ojos hacia su hermano, como si en él, de ordinario tan confiado, le sorprendiesen semejantes dudas acerca del próximo triunfo; apretó el paso, y al encontrarse frente al circo, le contestó:

-Mira.

- LXVI -

En aquella hermosa noche, cuando iban ambos hermanos a estrenar ante el público el ejercicio inventado por Juan, notábase alrededor del Circo de Verano la animación, la calentura al aire libre, digámoslo así, que caracteriza las representaciones teatrales si en ellas se juega un destino, un porvenir, la vida de un artista notable, y a las cuales acude el parisiense con la esperanza vaga y secreta de comer carne humana en un teatro de la capital. Infinitos trenes

particulares hacían crujir el húmedo asfalto de la gran avenida, y saltaban a la calzada elegantes señoras. Los vendedores de programas, animados por la bebida, anunciaban, vociferando, el espectáculo, y al lado de los despachos de billetes, asaltados por intermirable cola, bullía una tribu de ágiles pilluelos, de gimnastas en infusión, de los que se ejercitan anónimamente en las canteras de las cercanías de París, que acudían allí a saber noticias, esperándolas a la puerta.

Bajo la tranquila luz del gas, en marcos de fundición, sobre anuncios amarillos acabaditos de imprimir, se leía en letras enormes:

ESTRENO

DE LOS HERMANOS ZEMGANNO

Dentro del Circo, al pie del ancho friso etrusco que tendía alrededor del recinto los ejercicios gimnásticos de la antigüedad; bajo un primer techo ornado de trofeos y escudos, atravesado de picas y coronado de cascos; bajo un segundo techo que representaba, en medallones lanzados sobre entreabiertas cortinas, cabalgatas de amazonas desnudas sobre indómitas yeguas, la luz flamígera de todas las lucernas, suspendidas en mitad de las arcadas, de endebles columnas de hierro, descendía de las bóvedas a las galerías como por vasto embudo, mostrando sobre el rojo terciopelo de las banquetas y la madera pintada de blanco de los respaldos, una muchedumbre masculina, entre la cual se eclipsaban los claros trajes de las damas; una negra multitud, más negra que en cualquier otro teatro, en que los rostros hacían manchas de un rosa sucio.

Esta multitud parecía aún más apagada, más tenebrosa, por el contraste que producía al destacarse sobre ella el equilibrista, vestido de brocado de plata y ejecutando habilidades al extremo de una escala de cuarenta pies; la niña que trabajaba en el trapecio, envuelta en el girar de sus claros faldellines; la amazona que apoya su pie en el muslo de un Hércules derecho sobre dos caballos, y que se echa atrás con un movimiento de sílfide, entre el vuelo y frescura de una blanca falda sobre un traje de punto incoloro, que lo finge la carnación pálida y sonrosada de una figurita antigua de porcelana de Sajonia.

En verdad que el público del Circo -en su confusa aglomeración, su tropel, la apretura y hormigueo de tanta gente, y al par la luz que hace difusos los rostros y que bebe y absorbe el paño de los ropajes- recuerda las admirables litografías de Goya, el hacinamiento de las corridas de toros, las turbias multitudes, tan vagas y a la vez tan intensas.

También es de diferente género la expectación del Circo que la de otras partes. Es grave, reflexiva; cada espectador se pertenece y concentra más. Los peligrosos ejercicios de la fuerza y la destreza, cuya grandiosidad es evidente e innegable, derraman en torno suyo la emoción misteriosa que oprimía en otro tiempo el pecho de los romanos durante los juegos del anfiteatro; y de antemano se siente la constricción del corazón, el frío especial tras de la nuca, que causan las audacias, las locuras, las insensatas proezas de los cuerpos en el friso; el solemne «¡Go!», el llamamiento que se lanzan unos a otros para encontrarse a través del espacio; ese terrible «¡Anda!», que acaso encierra la muerte.

Lleno estaba el Circo. En la primer banqueta de las galerías, a cada lado de la entrada, se agrupaban en montón muchos viejos altos y enjutos, de bigote y perilla blanca, de pelo cortado y corrido sobre sus orejas grandes y cartilaginosas: viejos con trazas de oficiales de caballería retirados, hoy directores de un picadero. En la misma banqueta, los ojos expertos podían discernir numerosos profesores de gimnasia, capitanes de bomberos en traje de paisano, artistas del género, entre los cuales se sentaba, andando trabajosamente y apoyado en un bastón, un joven extranjero, con gorra de astracán, que durante la función entera fue objeto de las atenciones del personal del Circo. Lo que es el paso para las cuadras -a despecho del cartel que reza que todo el mundo busque asiento en el circuito- estaba tan atestado, que impedía la salida de caballos y jinetes; inundábalo una cáfila de aficionados a la equitación y notabilidades del club, disputándose los dos banquillos donde puede uno empinarse para mirar, y donde se encontraba la Tompkins, que ese día no trabajaba, esperando con curiosidad, al parecer, el ejercicio de ambos hermanos.

Principiaba la representación entre la indiferencia del público, y no la señalaban más incidentes que, de tiempo en tiempo, la caída

grotesca de un payaso, y gentiles y frescas risas de chicuelos, que se escalonaba formando una serie de entrecortados ¡oh!, semejantes a jovial y menudo hipo.

El penúltimo ejercicio terminaba en medio de la distracción, tedio y cansancio del auditorio, el movimiento de inquietos pies, el desdoblar de periódicos que ya se habían leído y los aplausos de mala gana, como limosna que arranca la fuerza.

Por fin, recogido el último caballo y perfiladas las dos reverencias de la amazona que lo montara, entabláronse, entre los caballeros que se levantaban por aquí y cambiaban de sitio por allá, a ambos lados de la entrada particular del Circo, conversaciones en alta voz, cuyas frases sueltas dominaban el zumbido general y llegaban por fragmentos a herir el oído de los espectadores.

-Catorce pies; si le digo a usted que es de catorce pies el salto... Y si no, a contar. Por de pronto, la distancia del trampolín al tonel, seis pies; el tonel, tres más; el hermano mayor cinco pies, y me quedo corto... Se me figura que resultan catorce pies que tiene que saltar el pequeño, ¿si o no?

-¡Pero, caramba, si es de todo punto imposible!... Todo cuanto un hombre puede saltar, y eso con un trampolín fabricado por un carpintero de primer orden, es dos veces su estatura.

-Poco a poco. En saltos hacia delante, los hay muy sorprendentes. Por ejemplo, el de aquel inglés que saltó el foso del antiguo Tívoli, de treinta pies de anchura. El coronel Amorós...

-Los atletas antiguos saltaban perfectamente cuarenta y siete pies.

-¡Cáspita! Sería con un varal.

-Señores, ¿a qué están ustedes hablando de saltos hacia delante? Este va a ser hacia arriba, si no me equivoco.

-Con permiso de usted, he leído en un libro que el payaso Dovhurst, que, como ustedes saben, era un contemporáneo de Grimaldi, saltaba la altura de doce pies, pasando al través del tambor de un soldado.

-Corriente; un salto hacia arriba que se convierte en parabólico... De esos vemos a cada rato. Pero el de estos chicos va a ser completamente vertical. Es como subir de un salto por una chimenea arriba.

-Y hágame el favor: ¿por qué se le antoja ponerlo en duda, si lo veremos ahora mismo? El entreacto bien claro lo dice.

-Esas hazañas salen bien una vez por casualidad, y a la segunda... se acabó.

-Pues, señor mío, yo le puedo asegurar a usted, y lo sé por el director en persona, que en casa de ellos y aquí han repetido el ejercicio mil veces..., sin que nunca resultase mal.

-¿Y de dónde ha desenterrado la empresa a estos hermanos?

-¡Bah! ¿Pues no los conociste en la cuadra? Hace mil años que están aquí... Sólo que, según costumbre añeja cuando alguno se presenta al público con nuevas habilidades, adoptaron otro nombre.

-¡Catorce pies a lo alto y verticalmente! Ea, pues yo sigo jurando que no puede ser. Tanto más, cuanto que el tonel, según mis noticias, no es nada ancho, y así que el mayor este encima, maña ha de necesitar el pequeño para enhebrarse por él. Cualquier obstáculo...

-¿Y no saben ustedes una cosa? Aquí los toneles de madera son siempre de lienzo..., y éste no ha de tener de sólido y firme más que la parte delantera, donde apoya los pies el hermano mayor.

-También son ustedes famosos.. No hay día en que no resulte hacedero algo que hasta entonces parecía imposible... Si antes del estreno de Leotard...

-Lo mismo digo yo... Pero lo que es el menor... ¿Y es cierto que el ejercicio concluye en lo alto del tonel con una serie de saltos mortales simultáneos?

-¿Quieren ustedes sabor mi opinión? De aquí a una hora no cambio mi pellejo por el suyo, ni ganas... ¡Ahí vienen ya!

Este ¡ahí vienen ya! se extendió hasta el extremo del Circo, como grande y sordo clamor, hecho del murmurio de todas las bocas entreabiertas en beatífico pasmo.

Presentábase Juan seguido de su hermano, mientras los mozos del Circo empezaban a armar, entre el runrún de la concurrencia, las piezas de un tablado terminado por un trampolín, que nacía en mitad del pasillo de ingreso y avanzaba por la pista como unos veinte pasos. Cruzadas las manos a la espalda, vigilaba Juan, solícito y grave, la colocación y ajuste de los trozos de madera, y probaba, hiriéndolos con el pie, la solidez de los tablones, no sin dirigir a su hermano frases rápidas -que se comprendía eran para animarle-, y fijando de tiempo en tiempo sobre el lucido concurso miradas serenas y firmes. Su hermano menor le seguía paso a paso, visiblemente conmovido, estado psíquico que se traducía en turbación, en ademanes, por decirlo así, fríos, de esos que producen los grandes malestares del alma o del cuerpo.

Aparte de eso, no cabía nada más lindo que el joven gimnasta.

Vestía, para tan solemne ocasión, un traje de punto como imbricado de escamillas de breca, y sobre la vestidura, cada juego de los músculos hacía rielar corrientes de azogue por cima de resplandores nacarados; y los gemelos, clavados en las formas de aquel cuerpo resplandeciente y reverberador, admiraban la esbelta academia femenilmente mórbida, cuyos brazos redondos, sin saliente de bíceps, dejaban adivinar un vigor latente, interno, por decirlo así.

Colocado estaba el trampolín, y sobre el auditorio, vibrante de curiosidad, y en el cual se restablecía ya el sosiego, se erguían cuatro soportes, seis pies más altos que el trampolín, cuatro tallos de hierro, en forma de S, cuyos pies tocaban al suelo desviándose de él, y cuyas extremidades superiores se juntaban por arriba, reunidas por un círculo de superficie plana, que guarnecía un pequeño reborde. Juan, grave y pensativo ante la proximidad del instante supremo, puesta blandamente una mano sobre el hombro de Nelo, seguía observando los preparativos del ejercicio. En el mismo momento le llamaron desde el pasillo de la entrada. Y viéndose blanco de la atención general, y sintiendo que al hallarse ocioso e inmóvil en mitad del Circo le dominaba la misma cortedad que de pequeñito

experimentaba al salir a trabajar en el anfiteatro Bescapé, Nelo se retiró de la pista, yendo en seguimiento de su hermano.

Entonces, en medio de la inmovilidad silenciosa que se apoderaba de todo el mundo, fue colocado un tonel blanco sobre el círculo que coronaba los cuatro soportes; y súbitamente retumbó una música estruendosa y estridente, género de ruido con que suelen las orquestas de lugares semejantes espolear la energía de los músculos y animar a romperse heroicamente la crisma.

Al eco de la sinfonía, Juan, que iba a adelantarse por el trampolín para echar la última ojeada a la instalación del tonel, se retiró, prontamente al fondo, y al parar de improviso la música, en medio de un silencio tal que parecía suspendido hasta el hálito de la respiración, oyose sobre los tablones cimbreantes el andar poderoso del gimnasta, que surgía, por decirlo así, al mismo tiempo, apoyados los pies en los bordes del tonel, en perfecto equilibrio.

Entonces, al sonar otra vez la música, que celebraba el buen éxito del ejercicio, y entre el trueno de aplausos que sólo arrancan los rasgos de vigor, la multitud desorientada veía a Juan que se inclinaba hacia el tonel, examinándolo con sorpresa, mientras unos de sus brazos, tendido hacia atrás, semejaba querer detener el impulso de su hermano, que asomaba ya en la actitud veladora de la salida; en el aire ambos brazos, cayendo las manos a cada lado de la cabeza, como si aletease. Mas ya la música había parado, de ese modo bruscu y súbito que oprime el pecho; ya Nelo hiciera la última llamada sobre el trampolín, y Juan, enderezándose lanzaba por encima del hombro de su hermano un ¡go! vacilante, inquieto, desesperado, que tenía la entonación del ¡salga lo que saliere! pronunciado en los mortales momentos en que es necesario tomar un partido, sin tiempo para enterarse y medir la profundidad y extensión del peligro inminente.

Nelo cruzaba como un relámpago toda la extensión del trampolín, y sus pies corrían sin hacer ruido, rozando la superficie del piso resonante; sobre su pecho se veía rebrincar y resplandecer algo, semejante a un amuleto que se le hubiese salido del traje de punto. Hería con un golpe seco de ambos pies el extremo de la plancha elástica, y se lanzaba, llevándole y sosteniéndole en el aire, por

decirlo así, la tensión de tanto busto, de tanto pescuezo, de tanto rostro convertido y elevado hacia lo alto del tonel.

Pero ¿qué sucede durante el angustioso segundo en que la multitud busca y ya cree ver al joven gimnasta subido en hombros de su hermano?

Juan pierde el equilibrio y cae precipitado de lo alto, mientras Nelo, despeñándose del tonel y rebotando duramente contra la extremidad del trapecio, rueda a tierra, se endereza y vuelve a caer otra vez.

Brota del concurso inmenso y ahogado clamor, y antes que se extinga, Juan, tomando al pequeño en sus brazos, más que fraternales, paternales, se lo lleva. En los ojos del payaso se lee la inquietud horrible de los heridos a quienes sacan del combate, y cuyas miradas van preguntando cuánta es la gravedad de su herida.

- LXVII -

Al clamor hondo y ahogado, a la palpitante angustia que infundió en los corazones la caída del joven gimnasta, sucediera sombrío estupor, y en el circuito, atestado de espectadores, el estupor se manifiesta con el silencio, uno de esos silencios espantables, según frase de un hombre del pueblo, que derrama sobre las muchedumbres el minuto consecutivo a una catástrofe imprevista: y en medio del silencio, remotos, esparcidos aquí y acullá, se entreoyen llantos de niños y se comprende que los acallan sus madres apretándoles contra el pecho.

Hombres y mujeres permanecían inmóviles en sus localidades, lo mismo que si la función no hubiese tenido funesto término ya. Deteníales el acre deseo de ver al caído, verle un momento en pie, diciendo, con su presencia en los brazos que le sostuviesen, que no estaba muerto del todo.

La masa compacta de los picadores, como pelotón de soldados que tienen orden de aguardar a pie firme, interceptaba la entrada del pasadizo interior, apoyando las manos en la barrera y sin dejar

traslucir ninguna cosa en sus rostros vueltos. En mitad del redondel, el maderamen y accesorio del último ejercicio permanecían abandonados, sin que nadie se ocupara de recogerlos; los músicos no soltaban sus instrumentos, pero tenían suspenso el aliento y la mano, y era trágica y singular la repentina parálisis de tantos cuerpos, suspensión de la animada y ruidosa vida con que vive el espectáculo de los juegos de la fuerza.

Y el tiempo seguía corriendo, y no llegaban noticias. Al fin se destacaba del grupo un picador; se adelantaba como diez pasos, hacía tres saludos muy graves, y entre el sordo ¡ah! de satisfacción con que se dilataban los pechos, decía al público:

-La empresa pregunta si por casualidad hay un cirujano entre la concurrencia.

Los espectadores que estaban próximos trocaban miradas interrogadoras y graves, y leves fruncimientos de labios, y sacudidas de cabeza, de esas que entierran a una persona; y entretanto, un hombre joven todavía, melenudo, de pensativos y negros ojos, se abría paso por entre las banquetas, a través de la multitud, y se dirigía hacía el ingreso, seguido por cientos de ojos que se le clavaban en la espalda con cruel curiosidad.

El público permanecía sentado, sin resolverse a despejar el recinto, aguardando, y al parecer dispuesto a no moverse de allí hasta que Dios determinase.

Los mozos del Circo, con ademanes de persona muy preocupada, cuchicheando, desmontaban la armazón del trampolín, otros comenzaban a apagar el gas, y como la oscuridad que descendía sobre el recinto semitenebroso no hiciese levantarse a nadie, las acomodadoras empezaron a retirar los banquillos bajo los pies de los espectadores; empujaron, con suave violencia, a la multitud hacia la puerta, y al fin fue saliendo muy despacio, con el rostro vuelto hacia el sitio por donde se habían llevado a Nelo, mientras sobre el silencioso desfile se alzaba un confuso rumor, un zumbido vago, un indistinto murmullo que en los sitios de apretura y los estrechos corredores se convertía en esta frase:

-El menor se ha partido las dos piernas.

- LXVIII -

Rodilla en tierra, se inclinaba sobre Nelo el cirujano, y Nelo yacía tendido en el colchón de la batuda, el vasto colchón encima del cual salta toda la compañía en los ejercicios de volteo con que rematan generalmente las funciones.

En torno del herido giraban las gentes de la compañía, que después de fijar la vista en su pálido rostro, desaparecían o se ponían a charlar en voz baja por los rincones, del público que se empeñaba en no salir, de la inoportuna indisposición del médico del teatro, y además de la sustitución del tonel de lienzo, que había de servir para el ejercicio de los dos hermanos, con un tonel de madera que no se sabía de dónde había venido; todo entreverado de exclamaciones.

-¡Cosa rara!

-¡Da en qué pensar!

-¡No se comprende!

Transcurrido un buen rato, las manos inteligentes y tanteadoras del cirujano soltaron la pierna, a cuyo extremo, a través de la desgarrada malla de seda, pendía un pie torcido e inerte. Alzó la cabeza el facultativo, y dirigiéndose al director, que permanecía de pie frente a él:

-Sí -articuló-: hay fractura de ambas piernas, y en la derecha, aparte de la fractura del peroné, otra fractura conminutiva en la base de la tibia... Voy a darle a usted un par de renglones para mi hospital... Haré la reducción yo mismo, porque las piernas son el pan de este mozo.

-Caballero -pronunció Juan, hincado de rodillas al otro lado del colchón-. El herido es mi hermano... de veras; y le quiero lo bastante para pagarle a usted tanto como un rico... Andando el tiempo.

Miró el cirujano a Juan un instante, fijando en él sus ojos grandes, dulces y tristes, que parecían penetrar lentamente en los objetos y los seres; y ante el reprimido dolor, la deseperación profunda de

aquel hombre, más desgarradora para quien le veía con el traje de acróbata, y las lentejuelas de sus oropeles, exclamó:

-¿Dónde viven ustedes?

-¡Muy lejos, muy lejos!

-¿Pero se puede saber dónde? -reiteró el cirujano en tono casi rudo-. Bueno -repuso así que Juan le hubo dado las señas-; tengo una visita esta noche al extremo del barrio de San Hororato. Estaré en casa de ustedes hacia eso de medianoche... Provístase usted de tablillas, barrenos y cordones...; cualquier boticario le dirá a usted lo que le hace alta... Por ahí debe de haber en algún rincón unas parihuelas..., justamente forman parte de los accesorios...; con eso el herido sufrirá menos al trasladarle.

Ayudó el cirujano a cargar al joven payaso en las parihuelas, y mientras lo llevaban, sostuvo con suma precaución la pierna rota por dos partes, la colocó, la arregló, y dijo a Nelo:

-¡Ánimo por un par de horitas, hijo mío, que allá iré yo!

Con ademán de tierna gratitud, inclinóse Juan y trató de alcanzar y besar la mano del cirujano.

- LXIX -

Entre la oscuridad nocturna y los transeúntes que un momento le seguían con los ojos, durante el largo trayecto del Circo a las Ternas, Juan caminaba al lado de su hermano, con ese aspecto petrificado y automático que se advierte en toda persona que, anonadada, escolta a unas parihuelas cuando se dirigen al hospital al través de las calles de París.

Subieron a Nelo a su cuartito, y llegó el cirujano casi al mismo tiempo en que Juan y los dos cargadores del Circo acababan de depositarlo en el lecho.

Horriblemente dolorosa fue la reducción. Hubo que practicar la extensión del miembro, cuyos huesos se habían montado algún

tanto unos sobre otros. Juan se vio en la necesidad de ir a despertar a un vecino, y entre los dos se consagraron a estirar el miembro.

No revelaba Nelo cuanto padecía sino en las crispaciones de su rostro, y a pesar de los atroces dolores, sus miradas se fijaban en su hermano, le alentaban tiernamente, y parecían decirle, al notar su palidez: ¡ánimo!

Así que los fragmentos del hueso de la tibia volvieron a su natural posición, y estuvieron colocadas las tablillas y empezado el vendaje, el duro y estoico Juan, que hasta entonces había permanecido firme, de repente fue presa de un desmayo. No de otro modo los militares, ya veteranos y endurecidos por las batallas, suelen desmayarse a la vista de una sangría que hacen a su mujer, durante un embarazo.

- LXX -

Terminada la cura, habiéndose despedido el cirujano, y colocado encima del lecho un cubo de agua, que derramaba gota a gota su frescor sobre ambas piernas, las primeras palabras que pronunció Nelo, al sentir que se calmaban sus dolores, fueron:

-Oye, Juan: ¿para cuántos días dicen que tengo broma?

-No dijo nada el doctor... ¡Qué sé yo!... Aguárdate... Se me figura que cuando en Midlesborough el bueno de Adams..., ¿no te acuerdas?..., se partió una pierna..., fue cuestión de seis semanas.

-¡Tanto tiempo!

-¿Y qué haces ahora con pensar en eso? No te ocupes...

-¡Tengo sed... de beber!

Entonces comenzaba a abrasar todo el organismo de Nelo la tenaz calentura, y en ella sucedían a los agudos dolores de la fractura otros diferentes, pero a menudo intolerables: calambres, estremecimientos que un instante causan la impresión de otra rotura en los ya quebrantados miembros; la misma tirantez del talón inmóvil sobre el cojín, que a la larga produce en la carne y en los

nervios efecto cual si los barrenase un cuerpo duro; el propio enfriamiento del pie, sensación intolerable que origina el incesante gotear del agua. Y esta fiebre y estos dolores, que por las noches se recrudecían de extraña manera, determinaban en Nelo un terco insomnio por espacio de una semana.

- LXXI -

Seguía a las malas noches tal cansancio que Nelo dormía por el día algunas horas. Juan le guardaba el sueño; pero, en breve la triste inmovilidad de las piernas del enfermo, que contrastaba con la agitación del tronco, las contracciones del semblante, los gemidos involuntarios que se escapaban de la boca, cerrada a toda queja durante la vigilia, todo cuanto veía en aquel lecho de martirio y aquel doloroso descanso, se convertía en acusación tácita para Juan, y al cabo de breves instantes, levantándose de su asiento, andando en puntas de pies, tomando el sombrero con gran cuidado, salía, no sin rogar a una moza de a casa de vacas que velase a su hermano mientras él permanecía ausente.

Andando sin rumbo fijo, siempre iba Juan a dar al bosque de Bolonia, situado a poca distancia de su vivienda, y allí, huyendo de las grandes avenidas donde las gentes felices pasean alegremente su dicha, se perdía en alguna calle estrecha y solitaria.

Exaltado por la caminata, dejaba hablar alto y libremente a su dolor, que brotaba semejante a los gritos entrecortados con que suelen salir y derramarse del pecho, a solas, las grandes y hondas pesadumbres.

-¡Qué estúpido! ¡Estábamos tan bien!... ¡Tan bien como estábamos!... ¿Para qué se me habrá antojado aspirar a más? ¡Maldita, maldita la falta que nos hacía dar un salto como nadie lo dio nunca!... ¡Dejar atrás a todos!... ¡Infeliz de mí! ¡Lo que vino a resultar! ¡Yo fui, yo!... ¡Él no sentía este condenado afán de hacerse célebre! ¡Él que no... y yo que sí!... Y cuando la criatura se resistía, ¡dale con decirle que adelante! Él, obedecía... y seguía... y seguía... y lo hacía todo... Se tiraría de un balcón, ¡claro está!, si yo se lo mandase... ¡Quién nos diera otra vez en los tiempos de la Caravana...! Vaya si le diría... ¡hijo, titiriteros nacimos, titiriteros muramos!... ¡Sigamos con esta

vida aperreada hasta que se acabe!... ¡Yo fui, yo, yo solo! ¡Por mí sucedió la desgracia!...

Pensando detenidamente en la lozana juventud de su hermano, en su condición perezosa e indolente, en su inclinación a gozar dulcemente la vida sin molestarse, sin correr tras la gloria, acordábase de cómo por medio de su ejemplo, sus ansias de renombre, su duro celibato, había contrariado, estorbado y cohibido aquella vida sacrificada a la suya; y, por último, en medio de su cavilación, salía al labio, con el amargo sabor del remordimiento:

-¡Y luego... si era claro como el sol!... ¡Él cargaba con el mochuelo! ¿A qué me expuse yo?... Vamos a ver, ¿a qué? ¡Él en cambio... cinco pies más! ¡Cinco pies que saltar hacia arriba! ¡Y no ocurrírseme, bruto de mí, no cruzarme por el pensamiento que podía matarse! ¡Sí, sí, no está malo el negocio! Yo metiéndome las manos en los bolsillos, mientras él... ¡Rayo del infierno! ¡Merezco un presidio!

Y rompiendo a andar a paso redoblado, con mudo furor azotaba a diestro y siniestro, con su junquillo las altas hierbas de los linderos de la calle de árboles, encontrando -al doblarse sobre rotos tallos las infelices plantas del angosto sendero- alivio a su tortura.

- LXXII -

El cirujano había simpatizado con los dos hermanos, y su conmovedora fraternidad, y no faltó un día de la primera semana a levantar el apósito, aflojarlo, ceñirlo.

En su última visita dijo a Juan:

-No se ha movido ni alterado la posición del miembro... Toda hinchazón ha desaparecido... El callo se forma normalmente... ¿Y dice usted que sigue pasando malas noches? Pues lo que es calentura, no se la encuentro... En fin, ya que usted se empeña, le daremos algo para que pueda dormir.

Y escribió una receta.

-Salta a los ojos -prosiguió el cirujano- que su hermano de usted se aburre de estar quieto..., que el cuerpo se resiente de la malhadada interrupción de sus trabajos... Tiene frita la sangre el pobre chico; se consume. Pero viva usted seguro de que el estado general no ofrece nada de alarmante, y de aquí a pocos días desaparecerá la alteración nerviosa, la excitación, el insomnio. ¡Lo de las piernas será más largo!

-¿Cuánto tiempo opina usted que tendrá que estarse así?

-Me figuro que hasta pasados dos meses no podrá servirse de las muletas... Sobre cincuenta días más... Vaya usted, de todos modos, encargando las muletas; cuando las vea, tendrá esperanzas de andar pronto.

-¿Y cuando?...

-Ya, ya estoy... ¿Que cuándo podrá volver a su oficio, eh? ¡Amigo mío, si no fuese más que la fractura de la pierna izquierda! Pero las de la derecha... tan graves, y que interesan la articulación... ¡Qué diantre! -continuó al ver la tristeza que inundaba el rostro de Juan-. Lo que es andar, sí, andará sin muletas; pero... En fin, la naturaleza a veces hace milagros. ¿Y tiene usted algo más que preguntar?

-No -murmuró Juan.

- LXXIII -

El opio de las pociones calmantes que de noche tomaba Nelo, poblaba la calentura de su agitado sueño con raras visiones.

Soñaba que estaba en el Circo. Era el Circo y al mismo tiempo no lo era, como suele ocurrir en sueños, estado en que nos orientamos por sitios que reconocemos, aun cuando han perdido y mudado enteramente su forma y ser. El caso es que en la pesadilla de Nelo había alcanzado el circo proporciones colosales, y los espectadores, sentados en torno del redondel, le parecían borrosos y sin cara, como gentes vistas desde un cuarto de legua de distancia, y las lucernas, que parecían multiplicarse y reproducirse sin cesar, no podían contarse, y su luz era extraña y algo semejante a la de las

bujías reflejada por los espejos, y había una orquesta tamaña como un teatro entero y verdadero, y los músicos se zarandeaban como energúmenos, pero sin arrancar el más leve acorde o nota a sus mudos violines e insonoros instrumentos de metal. En el espacio infinito no se veían sino aéreos remolinos de corpezuelos infantiles, encima de pies de hombres invisibles, rápidas huidas de caballos que sostenían en su tendido crinaje al picador, parábolas descritas por cuerpos de gimnastas, que no se resolvían a caer y flotaban como si estuviesen exentos de obediencia a la ley de gravedad. Allá en lontananza se prolongaban y perdían callejones de trapecios que recorría volando un salto mortal nunca acabado; y se abrían calles interminables de círculos de papel, al través de los cuales pasaban eternamente mujeres vestidas de gasa, mientras impasibles y brincadoras funámbulas descendían de alturas no menores que la torre de la Catedral.

Todo se confundía y borrababajo el gas que palidecía, y al propio instante, desde las profundidades del Circo, se precipitaban mil payasos vestidos de negro, con un esqueleto bordado en seda blanca sobre su ceñida vestidura, y en la boca pedazos de negro papel que remedaban el oscuro agujero de los dientes faltosos. Encajados unos en otros, andaban balanceándose con movimiento único y simultáneo, y ondulando como luenga serpiente, daban la vuelta al redondel. Surgían de tierra delgadas columnas, y de improviso los mil payasos aparecían cada cual encima de su pilar, sentados sobre el borde de las nalgas, puestas las manos de plano en las plantas de los pies, que alzaban de cada lado más arriba de la cabeza, y mirando al público por entre piernas, con la inmovilidad de enharinadas esfinges.

Reanimábase otra vez el gas, y al volver la luz volvían a adquirir vida humana los rostros de los espectadores, antes espectrales, y desaparecían los negros payasos.

Entonces, y con saltos, volteos y brincos, cuyas lentejuelas pasaban dejando en el cielo un surco como de resplandor de estrellas erráticas, poníase en movimiento cuanto había en derredor, entre dislocaciones nunca vistas, miembros de goma elástica, que se anudaban en rosetas como cintas, anatomías gigantescas que se plegaban y cabían en cofrecillos; una pesadilla de cuantos

imposibles realiza el cuerpo humano. Y entre los absurdos del sueño, mezcladas y confundidas las cosas que había presenciado con las que su hermano le leyera, veía Nelo un juglar indio, que se sostenía en equilibrio de un modo incomprensible, sentado en la arandela de un ligero y gigantesco candelabro de dos brazos; un Alcides contemporáneo, levantando en vilo por el estribo, con la fuerza de sus mandíbulas, un ómnibus lleno; un acróbata antiguo saltando a la pata coja sobre un odre inflamado y untado de grasa; un elefante bailando y haciendo volatines, con aérea agilidad, sobre un alambre.

Volvía a disminuir el gas, y un rápido momento reaparecían los negros payasos sobre las columnas.

Y empezaba otra vez el espectáculo. Ahora lo alumbraba la claridad misteriosa en que los objetos pierden su color y reverberan con el brillo glacial y cristalino de las figuras y asuntos grabados en las lunas de Venecia. Era como blanco sol pirotécnico hecho de piernas femeniles, brazos masculinos, torsos de niños, ancas de caballos, trompas de elefantes; un movimiento rotatorio de miembros, músculos y nervios de hombres y bestias, cuya creciente rapidez causaba al dormido impresión de doloroso cansancio en todo el cuerpo.

- LXXIV -

-¿Estás mal? ¿Te ha dolido también esta noche? -dijo Juan entrando en el dormitorio de su hermano.

-No... -murmuró Nelo despertándose-; no... pero me parece que tuve un calenturón como un caballo... y soñé disparates.

Y Nelo refirió a su hermano la visión que había tenido.

-Figúrate..., figúrate que yo estaba sentado cabalmente en la localidad -¿te acuerdas?- donde estuve la primer noche que llegamos a París..., a lo izquierda -¿no sabes?- abajo y pegadito a la salida... ¿Verdad que es raro? Pues lo que sigue es más particular todavía... Cuando toda aquella cáfila de gente se retiraba al interior

del circo, me iban mirando a la cara, y sus fisonomías borrosas tenían así como una expresión seria; la expresión que toman en sueños los que quieren hacernos daño, matarnos... No, escucha otro poquito más... Aquellas fachas ridículas, al pasar a mi lado, me enseñaban muy de prisa -no duraría un segundo- una especie de cartel... Yo quería verlo... y no me daban tiempo a enterarme...; pero ahora sí que lo distingo... Un cartel en que estaba yo vestido de payaso..., con las muletas que me encargaste ayer.

Parose Nelo de repente, interrumpiendo la narración, y su hermano permaneció un minuto, minuto largo y triste, sin que le ocurriese contestar palabra.

- LXXV -

-Pero, y a usted... ¿no le ha dado a usted qué pensar de la aparición del tonel de madera en vez del de lienzo? Un tonel de madera que no existía en el circo, y que apareció allí como llovido del cielo; por ensalmo.

Era el director del circo, que, habiendo venido a saber de Nelo, hablaba a solas con Juan en el umbral de la casa de las Ternas.

-¡Tonel de madera! ¡Calle! Sí tal -dijo Juan como si escudriñase el fondo de su memoria-. Sí tal... Ya no me acordaba del tonel maldito desde que me ha caído sobre la cabeza esta desgracia... tan atroz. Espere usted, espere usted... En efecto, ¿por qué estaría allí esa mujer, ella que nunca asistía a la función cuando no le tocaba trabajar? Y de pie sobre un banco en el pasillo de entrada... Parece que la estoy viendo cuando lo atravesé con mi hermano a cuestas... Tenía la actitud del que acecha... Y luego, otro cabo: en el último momento, aquel hombre desconocido que decía traer una carta para mí, y a quien no encontré por ninguna parte.

-Veo que también usted sospecha de la Tompkins, igual que Tiffany, y que yo, y que todos. Y su hermano de usted, ¿qué dice?

-¡Mi hermano! ¡Pobrecillo! Fue para él una cosa tan pronta, que no se acuerda sino de la caída... Ni sabe si tropezó con un tonel de

madera o con otra cosa. El muchacho piensa que le salió mal el ejercicio como puede salir mal un ejercicio cualquiera, y punto concluido. Ya usted comprende que no he de ser yo quien vaya a enterarle...

-Parece probable... -continuaba el director del circo, sin atender a Juan y siguiendo el hilo de sus ideas-. Es casi seguro..., tanto más, cuanto que al bruto que colocó el tonel, y no hemos podido averiguar si estaba borracho de veras o lo fingía, lo habíamos admitido en las cuadras por recomendación de la Tompkins... He intentado confesarlo..., ¡que si quieres! Se dejó despedir sin chistar..., pero con una expresión tan siniestra en aquella jeta de idiota... ¡Ah! Lo que es la norteamericana es bien capaz de haberse gastado un dineral para armar esta celada... En suma, amigo mío, se hizo lo que se pudo; he abierto información... ¿Sabía usted que ella se largó de París al día siguiente?

-Dejemos a ese animal dañino... Si ella tuvo la culpa de la desgracia, todo cuanto usted la persiga no le ha de restituir a mi hermano sus pobres piernas -pronunció Juan, con uno de esos ademanes de quebranto profundo en que la desesperación no deja lugar al odio.

- LXXVI -

Los agudos dolores de los miembros fracturados ya empezaban a convertirse para Nelo en vagos escozores, sensación enervante del laborioso cosquilleo de la última soldadura del hueso. El hermano menor recobraba el apetito, dormía a su sabor, y, con la salud, tornaba a su organismo la alegría, la alegría sosegada y profundamente penetrada de felicidad de la convalecencia. El cirujano quitó las tablillas, rodeó la pierna derecha de un vendaje dextrinado, y fijó al encamado un día para levantarse y probar a andar con muletas por la habitación.

- LXXVII -

Al llegar el suspirado día en que Nelo había de salir de su quietud y de la posición horizontal que conservaba hacía dos meses notaba Juan que sus habitaciones eran muy chiquitas, que fuera hacía un sol espléndido, y proponía al convaleciente que intentase el primer ensayo de locomoción en el pabellón de música. Fue Juan a barrerlo en persona, y quitó toda mota de hierba, todo guijarro en que su hermano pudiese tropezar; hecho lo cual, condujo a Nelo al sitio donde el año anterior se habían dado el uno al otro tan deliciosas serenatas. Y el hermano menor rompió a andar, con el mayor al lado, siguiéndole paso a paso, pronto a sostenerle en sus brazos si los pies de Nelo flaqueasen o se torciesen.

-Mirándolo bien -exclamó Nelo desde lo alto de sus muletas- es cosa rara. Me hace el efecto de que soy un niño pequeño, y que empiezo a andar; sí, señor, los primeros pasitos. ¡Y apenas si ofrece dificultades esto de andar! Juanillo, ¿sabes que tiene chiste? Cuando no se le han roto a uno las piernas ninguna vez, parece lo más natural del mundo dar un paso hacia adelante. ¿Y piensas tú que se manejan fácilmente estos chismes? ¡Pues ya! Más fácil me era antes andar en zancos, mucho más... ¡Vaya, que si alguien me estuviese mirando, me estorbaría en grande!... ¡Qué figura tan célebre debo de hacer!... ¡Ay..., ay..., demontre..., demontre..., si parece que se hunde la tierra! Espera, espera, que ya se arregló el asunto... ¡Lo dicho; son de algodón en rama estas pobres patitas!

Doloroso era, en verdad, presenciar el esfuerzo y la dificultad de un cuerpo tan juvenil para sostenerse en equilibrio sobre los inhábiles pies, y las timideces y vacilaciones y temorcillos que le acongojaban en la acción rimada y penosa de echar un pie tras otro, o mejor dicho de dar un paso, adelantando siempre el pie de la pierna más enferma.

Nelo se empeñaba, no obstante, en seguir andando; sus pies, a despecho de la falta de aplomo, iban recobrando la costumbre de servir para algo, y tan leve triunfo alegraba los ojos del herido y traía la risa a su boca.

-¡Acúdeme, Juanillo, que caigo! -exclamaba en broma, de improviso.

Y cuando el mayor, asustado, le rodeaba el cuerpo con sus brazos y acercaba la mejilla a su boca, Nelo se la besaba mordiscándola, como un cachorrillo.

Pasose la tarde alegremente, entreteniéndola y animándola la graciosa charla de Nelo, que decía que antes de una quincena iría a tirar al Sena sus muletas, desde el puente de Neuilly.

- LXXVIII -

Seis o siete sesiones por el estilo corrieron en el pabellón de música, llenas con la dicha presente y la confianza en el porvenir. Pero al cabo de una semana, Nelo observó que no andaba mejor que el primer día. Y transcurrieron quince días más, sin que tuviese conciencia de haber adquirido mayor seguridad y fuerza. A veces intentaba prescindir de las muletas, y al punto se apoderaba de él un terror, un susto indefinible y semejante al extravío, como el que se pinta en el rostro de los niños pequeños que van hacia unos brazos extendidos, y de repente se paran sin atreverse a adelantar, y próximos a romper en llanto: un miedo que le obligaba, aún no bien soltaba las muletas, a asirlas de nuevo con ávida mano de hombre que, al estar ahogándose, logra alcanzar un tronco.

A medida que se deslizaba el mes en que había principiado a andar, los cotidianos ensayos de Nelo se volvían más graves, silenciosos y tristes.

- LXXIX -

Terminaba la comidita de los dos hermanos, cuando el menor dijo al mayor:

-Juanillo, antes de acabarse la temporada en los Campos Elíseos, yo quisiera ir al Circo una vez.

Meditó Juan en la hiel que tragaría su hermano en semejante noche, y respondiole:

-Bueno, cuando gustes... Pero aguardaremos unos días.

-No, hoy mismo, quiero ir hoy mismo; hoy, sin falta -replicó Nelo con acento que subyugaba, el acento con que otras veces solía persuadir a su indeciso hermano a hacer cuanto se le antojase.

-Corriente -pronunció Juan con acento resignado-. Voy a decir a la casa de vacas, que nos traigan un cochecillo.

Ayudó a su hermano a vestirse, y al presentarle sus muletas, no pudo menos de indicar:

-Hoy te has cansado bastante; mejor sería esperar a otro día cualquiera.

Con sus labios entre risueños y halagadores hizo Nelo el mohín de un chiquillo caprichoso que implora no ser regañado.

En el carruaje fue alegre, hablador y lleno de ocurrencias divertidas, entreveradas con otras amables e irónicas.

Llegaron al circo. Juan tomó en brazos a su hermano, le ayudó a bajar, y cuando le vio montado en sus muletas, y ambos iban a cruzar la puerta, dijo Nelo:

-Aguarda.

Y se puso serio de pronto, al ver el edificio con sus rosetones que derramaban luz, y oír las sonoras bocanadas de música que de él salían.

-Aún no. Hay aquí sillas. Sentémonos.

Era un día de fines de octubre, en que había llovido desde el amanecer, y al acabarse no se sabía de cierto si no llovería mucho más; de esos días otoñales de París en que su cielo, su suelo, sus paredes, semejan derretirse en agua, y en que, de noche, los reflejos del gas sobre la acera parecen una llama que pasa sobre un río. En la avenida desierta, donde dos o tres siluetas negras se sumergían en las lejanías acuosas, hojas enlodadas, levantadas por las ráfagas de viento, corrían hasta los dos hermanos, y en torno de sus pies, las redondas sombras del asiento de innumerables sillas de hierro

proyectaban sobre el mojado suelo la apariencia de una de esas temerosas legiones de cangrejos que escalan el margen de una página en un álbum japonés.

De repente sonó dentro del circo el estruendo de los aplausos, de esos aplausos populares que retumban como si un rimero de platos rotos se despeñase desde la bóveda a los asientos de primera fila.

Nelo se estremeció, y su hermano vio que fijaba los ojos en las muletas puestas a su lado.

-¡Está lloviendo? -exclamó Juan.

-No -respondió Nelo como hablando o pensando alto consigo mismo y sin atender a lo que le decían.

-¿Entramos o no, hermanillo? -Preguntó Juan, transcurridos unos minutos.

-Se me ha pasado la gana... Me daría vergüenza verme al lado de los demás... Busca un simón, anda... y a casita.

Al regresar, no consiguió Juan sacarle otra palabra del cuerpo.

- LXXX -

Comenzó el hermano menor a pasar los días, completamente abatido, negándose a dar un paso, y echando las veinticuatro horas tumbado sobre la cama, diciendo que no estaba de humor para otra cosa.

Llevole Juan a ver al cirujano que le había asistido. Éste aseguró nuevamente que Nelo llegaría a andar sin muletas, pronto, en día no lejano. Pero al mismo tiempo pronunció palabras vagas, hizo preguntas en tono receloso, tuvo uno de esos soliloquios en que los hombres de ciencia hablan consigo mismo, y soltó frases en que se trataba de la solidificación de la articulación tibio-tarsiana, de lo difícil que sería en lo sucesivo la flexión de la pierna derecha sobre

el pie. Y Nelo, volvió a las Ternas con la inquietud de no poder saltar nunca más, ni realizar los ejercicios que piden flexibilidad, manejo ágil de la parte inferior de la pierna.

- LXXXI -

Lentamente, y sin que se cruzase entre los dos palabra alusiva al caso, ambos hermanos sentían insinuarse en su mente la idea desconsoladora de que la labor y el objeto de su vida, la asociación en que mancomunaban el cariño y la destreza de sus cuerpos, tocaba a su fin. Y este pensamiento, que empezó por ser relámpago que cruza un cerebro, la medrosa aprensión que dura un segundo, la duda, siniestra y fugaz, rechazada instantáneamente por las fuerzas amantes y esperanzadas del recíproco afecto, iba ya consolidándose, creciendo en el fondo del alma, y con el curso de los días, no mejorando la situación, volvíase convicción firme y decidida. En el espíritu de ambos hermanos se urdía la misma negra trama que en torno del lecho de un enfermo de enfermedad mortal. Al principio no la juzgaron tal ni el paciente ni el enfermero, pero los sustos de cada semana, lo que está escrito en el rostro de los amigos, lo que dejan traslucir las reticencias de los médicos, lo que acude a la memoria meditando en horas sombrías y rumiando durante el insomnio; todo lo que alarma, todo lo que disipa la ignorancia, todo lo que en la silenciosa cámara susurra: «¡Muerte, muerte!» todo, todo en fin, va transformando poco a poco, mediante lenta serie de crueles adquisiciones y sugestiones que abaten el alma, la vaga y pasajera inquietud del primer instante, en certidumbre absoluta de que el uno va a expirar y el otro a presenciarlo.

- LXXXII -

Yacía Nelo tendido sobre la cama, muy estirado, con una manta oscura sobre las rígidas piernas, y no contestaba a lo que le decía su hermano, sentado allí cerquita.

-Eres muy muchacho, estás empezando a vivir... -murmuraba Juan-.

Te repondrás, criatura... Todo será pasarse un año o dos sin ejercer... Nos armaremos de paciencia... Así y todo, tenemos por delante una ración regular de años de trabajo...

Nelo seguía mudo.

La noche, que blandamente iba apoderándose del moribundo día, borraba y confundía objetos y muebles del cuarto de los hermanos, y entre las tinieblas de la hora melancólica, no se distinguían sino pálidas manchas, los dos rostros, las manos del menor cruzadas sobre la manta, y en un rincón su plateado traje de payaso colgado de una percha.

Levantose Juan con ánimo de encender la bujía.

-Deja, espérate, estaremos así un poco -suplicó Nelo.

Volvió a sentarse Juan cerca de su hermano, y reanudó la conversación, queriendo sacarle a Nelo una palabra de esperanza para lo futuro, aunque fuese un futuro muy remoto.

-No -interrumpiole Nelo de repente-. Lo que es trabajar, ya sé que no he de volver a trabajar nunca... nunca, ¿me entiendes?, nunca... -Y el desesperado nunca que repetía el menor ascendía en tono cada vez más irritado, especie de crisis de cólera sorda. Hiriose al fin los muslos, y con dolorosa amargura de artista que tiene conciencia de haber enterrado vivo su talento, exclamó el mancebo infeliz:

-¡Te digo que a estas patas se las llevó el demonio para el oficio!

Volviose de cara a la pared como intentando dormir, o impedir que su hermano siguiese hablando. Mas en breve se exhaló de su cuerpo vuelto y de la faz pegada al muro una voz, donde luchaba una voluntad varonil contra la filtración de femeniles sollozos.

-¡Qué entrada aquel día! ¿Te acuerdas? ¡El circo de bote en bote... y todas las miradas fijas en nosotros! ¡Y la emoción que uno sentía aquí... y que la comunicaba a los demás! Y fuera, ¡qué cola de gente! En los anuncios, nuestro nombre en letras de a cuarta... Juan, lo que me decías tú siendo pequeñito... Un ejercicio nuevo, de nuestra invención... Pensabas tú que yo no me hacía cargo... ¡Vaya si me lo

hacía!... Y esperaba lo mismito que esperabas... Te embromaba para hacerte rabiar, pero la procesión andaba por dentro... ¡Y ya, cuando lo tenía uno conseguido... que nada, que para mí se acabó..., adiós aplausos!

Volviose entonces bruscamente, y tomando las manos de su hermano, díjole con cariñosa entonación:

-Me complaceré en los tuyos... Ya lo sabes... Del mal el menos.

Y Nelo no soltaba las manos de Juan, y las oprimía, como si quisiese hacerle una confianza que no acertaba a salir de su boca. Al fin suspiró:

-Sólo una cosa te pido, hermano... Pero me la vas a prometer... Que trabajarás solito... ¡Otro contigo... me dolería tanto! Me lo juras, ¿eh? ¡Nunca..., nunca con otro!

-Yo -dijo sencillamente Juan-, si no curas del todo, no trabajaré ni solo ni acompañado.

-No te pido tanto, no -exclamó el menor con un movimiento de alegría que desmintió sus palabras.

- LXXXIII -

Desde aquella tarde, al hablar de los objetos y ejercicios de su profesión, ya sea conversando con su hermano o con los compañeros que solían venir a verle, Nelo no volvió a servirse del tiempo presente del verbo. Jamás volvió a decir, por ejemplo: «Esto lo hago así... Realizo la habilidad del modo siguiente... Preparo la maquinilla de esta manera... » Sino que decía «Esto lo hacía así... La habilidad la realizaba del modo siguiente... Preparaba la maquinilla de esta manera... » Y el cruel pretérito, repetido a cada frase, parecía en su boca frío reconocimiento de su muerte como payaso, su esquela de defunción artística, digámoslo así.

- LXXXIV -

A medida que se deslizaba el tiempo sin que llegase ni el día en que a Nelo le fuese posible prescindir de las muletas, notábanse en el hermano menor distracciones, ensimismamientos, abstracciones mudas, y en su dulce rostro, que ya no sabía sonreír, asomaba un no sé qué tan doloroso, que no cabe explicarlo. Cuando su hermano le dirigía la palabra, Nelo, sumergido y sepultado en sus propios pensamientos, respondía con un ¿eh? semejante al que pronuncia el hombre a quien despiertan en mitad de una pesadilla. Casi nunca le sucedía responder directamente a las preguntas de Juan.

-¿Por qué estás hoy tan abatido? -solía preguntarle el hermano mayor.

-Léeme un poco el Arcángelo Tuccaro -articulaba el menor después de algunos instantes de silencio.

Y el mayor tomaba el libro; pero bien pronto cesaba de leer, advirtiendo que Nelo no se enteraba siquiera, que se hallaba sumido en tal tristeza y dominado por tan negros pensamientos, que Juan sentía la fuerza del contagio y tenía ganas de llorar, sin atreverse a preguntar cosa alguna. En los días que enteros pasaba al lado de su hermano, ocurrió casualmente que Juan se apartó un rato de Nelo, y por la abierta ventana de su habitación oyó éste, durante un cuarto de hora o media hora, el retintín de las anillas del trapecio en torno al cual giraba Juan.

Cuando éste regresó, encontró en su hermano algo de extraño y como una manía de contradecir y de alterarse por lo más leve. Y una tarde que Juan dejó el trapecio lanzado a todo su impulso y que el retintín tardaba en extinguirse en el gimnasio, después de volverse dos o tres veces con impaciencia sobre su lecho, Nelo dijo repentinamente a Juan:

-¡Páralo!... ¡Qué ruido tan cargante! No lo sufro.

Comprendió Juan, y desde aquel día abandonó por completo sus ejercicios.

- LXXXV -

Momentos había en que la tristeza parecía atacar hasta las cualidades del amante corazón de Nelo, y en que Juan creyó no encontrar en su hermano el afecto de los pasados tiempos, de las épocas de intimidad y ventura. Aquel cariño, aquel cariño que era la mejor porción de su dicha terrestre, aquel cariño se mudaba, se alteraba, disminuía.

-Comprendo que no me quiere como antes, no -pensaba Juan; y a pesar de cuantas reflexiones hacía para conformarse, la conciencia de que el estado moral de su caro inválido le robaba afectos que jamás pensó perder, le causaba pesadumbre colérica y amarga, que le imponía la necesidad de agitarse y moverse, para entretenerla.

- LXXXVI -

Nelo se despertó cierta noche.

Por la puerta que comunicaba las dos habitaciones, y que permanecía abierta siempre, de modo que el hermano que no dormía podía escuchar respirar al otro, ningún rumor sintió pasar Nelo.

Sentose en la cama y prestó oído. Nada, nada. En el cuarto de su hermano sólo resonaba el ruido de la vieja cebolla de su padre, que carraspeaba a fuer de reloj antiguo.

Presa de uno de esos temores irracionales, fruto de la hora nocturna y el repentino despertar, llamó a Juan una y dos veces. Nadie le contestó.

Saltó de la cama Nelo, y sin tomar sus muletas, cogiéndose a los

muebles, andando como pudo, llegose a la cama de su hermano. Hallábase vacía, y las mantas amontonadas y revueltas decían a las claras que Juan se había levantado después de creer dormido a Nelo.

-¡Cosa rara! -pensó éste.

Su hermano, que no le ocultaba lo más mínimo..., ¿por qué habría salido así, de tapadillo y haciendo misterio? Cruzó por su cerebro una idea, y dirigiéndose hacia la ventana, escrutaron sus pupilas las tinieblas del antiguo taller de carpintería.

-¡Poco alumbra..., pero allí hay luz, es evidente!

Bajó la escalera y cruzó el patio, arrastrándose sobre palmas y rodillas.

Estaba la puerta entreabierta; a la luz de un cabo de vela, puesto en el suelo, se ejercitaba en el trapecio Juan.

Nelo entró tan despacito, que el gimnasta no advirtió su presencia. Arrodillado, el hermano menor veía al mayor volar por los aires, con la agilidad furiosa propia de un cuerpo que rebosa vigor y unos intactos miembros. Mirábale, y al verle tan suelto, tan diestro y fuerte, comprendía que le era imposible renunciar a los ejercicios acrobáticos, y esta idea trajo a los labios de Nelo desgarrador sollozo.

Sorprendido el mayor en mitad de su vertiginoso giro por este sollozo, dejose caer sentado sobre el trapecio; adelantó la cabeza para distinguir la masa informe y dolorida que se arrastraba entre las tinieblas; con violenta sacudida arrancó el trapecio, que lanzó al través de los cristales de la ventana, haciéndolos saltar en pedazos; corrió a su hermano, y lo alzó, estrechándolo contra su pecho.

Y los dos, así abrazados, rompieron a llorar, y lloraron buena pieza sin pronunciar palabra.

Por último, consagró el mayor la postrera ojeada a los chirimbolos de su profesión, despidiéndose de ellos con abnegación suprema;

hecho lo cual, exclamó en voz alta:

-¡Un beso, chiquillo!... ¡Aquí yacen los hermanos Zemganno!... Nuestro porvenir es rascar el violín..., y lo rascaremos muy sentados en sillas.

Freeditorial